

Año XI Tomo XXVII Núm. 110

Atenea

Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



SUMARIO

Agustín Edwards M. C.	<i>Puntos de vista</i>
J. Lagos Lisboa	<i>La cuestión de la plata (II)</i>
Alejandro Vicuña	<i>Éter</i>
Aldous Huxley	<i>La muerte del Magnífico</i>
Jorge Gustavo Silva	<i>Revisando a Esopo</i>
P. Sebastián Englert	<i>El trabajo impedido y el impedimento del trabajo.</i>
Eugenio Labarca	<i>El finado Don José Dolores Carrasco</i>
	<i>Delmira Agustini</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS — SEÑALES — ASTERISCOS — LOS LIBROS
LIBROS RECIBIDOS

Precio \$ 2.50

Agosto de 1934

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes

Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA.—LUIS D. CRUZ OCAMPO
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que edita desde este año, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERÍA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Agosto de 1934

Núm. 110

Puntos de vista

El Dolor de América

El tajo abierto en el Chaco lleva ya más de dos años de estéril hemorragia. Nada ha hecho América por cerrar esta herida por la que dos naciones se desangran lentamente. Sobre el parapeto alto de la meseta están acodados los demás países mirando el espectáculo de horror en la baja zona chaqueña. Todos los americanismos e hispano americanismos con que nos han martilleado los oídos desde hace más de medio siglo; todos los propósitos de paz y de solidaridad con que las cancillerías han derramado por el mundo, en documentos oficiales, su tinta protocolar; todos los entorchados rumbosos y faltos de autenticidad que han desfilado por los salones dorados, en cortejos de vanidad, han sido inútiles, vanos y pueriles. La guerra continúa. El hambre continúa entre los beligerantes y por un pedazo de tierra, en este continente que padece de sobra de tierra, que tiene tierra para alimentar la voracidad de media Europa envejecida, se están aniquilando los pueblos, en los cuales se ha encendido el chauvinismo estúpido de la guerra.

Subsisten viejas disputas que remontan su origen al nacimiento de las nacionalidades. Con lo cual demuestra América su error de perspectiva y su ingenuidad. No sólo ha sido este continente, pasto de las disensiones internas, sino comida de fieras exteriores. América ha sido crisol de razas y además principio y morada de brutales imperialismos extranjeros. Aquel Calibán de que hablaba Waldo

Frank, tan sutil para combinar con los Calibanes sudamericanos, las maniobras de la extorsión pacífica, ha desencadenado profundos e irremediables males. Pero este Calibán banquero, ávido y tentacular, por lo mismo que poseía la suprema razón del oro, actuaba con suma sutileza sobre la mentalidad deprimida y arrivista del criollo. El Calibán está en todas las nacionalidades fuertes, en todos los grandes imperios financieros. También se le encuentra en las zonas vírgenes de la América «que aun reza a Jesucristo y aun habla en español». El Calibán criollo ha aprendido a obedecer... Ha adquirido la sabiduría de la intriga silenciosa, la gran lección de Vautrin el héroe balzaciano a sus discípulos: «el oro corta la leche de las conciencias más puras».

El dolor de América es este dolor de no haber aprendido nada en su propia defensa. Ni siquiera el ejercicio noble y auténtico de la paz. Menos aún el de haber sabido dar a sus tierras amplias un sentido de viva humanidad y de cordialidad. Por la tierra han venido todas las disputas internas y por la tierra que es urna de tesoros, —sangre negra, sangre blanca, sangre amarilla,— todos los horrores de la guerra. Entre guerras civiles y entre guerras de fronteras que también son guerras civiles, la vitalidad se ha derramado estérilmente. Muy pocos frutos: pobreza interna, miseria de nativos sobre sus propias opulencias, y riqueza para los extraños. Y en el parapeto alto como una ironía, continúan acodados, los felices mirando como dos de ellos menos afortunados, juegan a aniquilarse...

Una Semana Retrospectiva

Una semana abrió la Biblioteca Nacional de recordación de la prensa vieja. Como quien dice de los balbucesos por la libertad. Se exhibieron los periódicos del nacimiento hasta los periódicos de la formación de Chile. Es decir, desde LA AURORA, del fraile Camilo Henríquez, hasta «El Hambriento» de los días negros de Portales. Fué un torneo y una evocación. En el amplio salón de conferencias, pasaron evocadas por la palabra de los oradores, todos las

incidencias del primer ciclo de luchas y de alternativas que Chile padeció luego de emanciparse. La primera manifestación de que el pueblo vivía fueron sus periódicos, pequeñitos es cierto, tal como convenía a un país que recién había nacido, pero díscolos y a veces, voluntariosos, igual que los niños. Estaban hechos con las sobras de las ideas europeas, pero daban la impresión de que eran grandes por el contenido. Allí comenzaron a verse los males de que padecemos: negación, crítica, descontento. Ya desde los albores, una mano fuerte oprimía y centenares de manos se agitaban tratando de cortar la que quería cerrarse para dominarlas a todas. Esta lucha, contemplada a través de su prensa, anticipa ya todas las que sobrevendrán más tarde. No varían sino los hombres, las decoraciones. Una colonia que se sobrepasa en su medida, puesto que quiere extenderse en espíritu sobre los tiempos nuevos, y unos tiempos nuevos que no quieren de ningún modo, tolerar el tutelaje de aquel espíritu, por otra parte, tan profundamente enraizado en la mentalidad. Tal es, o tal ha sido con ligeras variantes, en América, el sentido interno de las luchas, que comienzan su camino de dramas, desde la independencia. La Semana retrospectiva de la prensa chilena fué un excelente motivo para renovar la impresión de este duelo, que se reviste al avanzar hacia el futuro, de distintas formas. Queda en pie la condición crítica negativa del carácter criollo, de violento individualismo.

El concurso un éxito y un buen manjar para los curiosos y eruditos.

Peripecia del escritor

Las sociedades hispano americanas, en general, reniegan de los escritores, pero los aprovechan para darse tono; hay un duelo singular y silencioso en estos países entre los hombres de pluma y los políticos. Triste odisea la del hombre de letras que no se entrega a la política, como en Chile por ejemplo, en tiempos anteriores a la revolución del 91, cuando el escritor era tribuno, orador, caudillo y hasta revolucionario. Todo lo era. Pero a veces era escasa-

mente escritor... Hay que oír las lamentaciones de Lastarria contra la sociedad de su tiempo y contra la indiferencia del ambiente para con los hombres de pluma. La sociedad siguió su curso, rodó como un río sin importarle gran cosa de los que en las orillas clamaban encima de esa corriente fría, que helaba y aplastaba. ¿Qué es un escritor? No un hombre como todos. Al menos en estos países. Por el contrario, es el que en sí mismo, agranda todos los defectos del burgués. Si un burgués es enamorado, el escritor debe o tiene que ser un lujurioso. Si el burgués bebe una copa de vino en el almuerzo o en la comida, el escritor beberá o deberá beber cinco botellas. Es la creencia. La leyenda. Así como en todos estos países la leyenda hace de los hombres públicos fieras o bandoleros, hace de los escritores tipos de perversión o de agotamiento. La bohemia antigua imaginó al escritor como a un hombre de genio insoportable con las melenas hirsutas, las ropas remendadas, descuidado, indolente, sin capacidad alguna para el trabajo. Suspiraba o contemplaba la luna. La luna estaba entonces de moda, y siendo como era una figura literaria o decorativa, los enamorados de la burguesía criolla, también se daban a la tarea de poner los ojos en blanco para mirarla en las playas, en los jardines o en las alamedas. Los burgueses pedían versos a los poetas que despreciaban, para firmarlos ellos. Y se los enviaban a las novias. A veces ni siquiera tenían la cortesía de pedirlos. Los tomaban de las revistas, los copiaban y les ponían su firma. Y la novia suspiraba, satisfecha.

Se daban tono. Como los políticos se han dado tono más tarde copiando en los escritores lo que convenía para sus discursos. La peripecia del escritor americano es triste. No se le estima porque está colocado en un punto de observación independiente, aun cuando las contingencias de la vida lo lleven a situarse en un terreno peligroso. Las revoluciones últimas, en Chile, han envuelto en sus oleadas a muchos escritores y han ensombrecido su destino. Es lamentable. Muchos han tomado posición, sin saber que posición tomaban, arrastrados por el torbellino que no ha dejado nada en su sitio.

Volverán los tiempos de serenidad. Volverán los días diáfanos para los que en uno u otro lado, se han creído a sí mismos héroes o instrumentos de otros hombres más hábiles y entonces se entenderá este fenómeno de la dispersión como una ráfaga quemante que agostó y destruyó el sentido mismo de la cultura y del arte en su más bella finalidad. Esperemos.

Agustín Edwards M. C.

La Cuestión de la Plata ⁽¹⁾

SEGUNDA CONFERENCIA

I. Dos palabras.—II. El romance chileno de la plata.—III. Los grandes consumidores del metal.—IV. El problema monetario contemporáneo y el rol de la plata.

I

Dos palabras



Antes de entrar a un examen sintético y rápido de las condiciones monetarias del mundo contemporáneo, echemos una mirada retrospectiva sobre nuestra propia historia como productores de plata, y examinemos en seguida, a grandes rasgos el consumo de ese metal en la industria moderna. Lo primero—nuestra historia como productores de plata—retemplará nuestro espíritu con el ejemplo de una generación que venció, con maravillosa tenacidad y energía, los más duros obstáculos para arrancarle su secreto a la montaña chilena, ya escondida entre arenas candentes,

(1) Conferencias leídas en el Teatro de la Universidad de Concepción el 22 y 23 de Junio.

ya encaramada en alturas inaccesibles, rodeada siempre del desierto con sus falanges invisibles pero formidables, que blandían el azote del hambre, la angustia de la sed, el mazo del cansancio, para cerrarles el paso y aplastarlos. Nos hará ver también que la plata ha sido, en Chile, más esquiva que el oro para entregarse, que ha tenido más influencia que el oro en la formación de nuestra patria, y que cualquier día, apenas el mundo reconozca que tiene abandonada voluntariamente una herramienta preciosa para el restablecimiento de su prosperidad, puede hacernos revivir los años realmente novelescos, de 1811 a 1870, cuando brotaban riquezas deslumbrantes del seno de Agua Amarga, de Arqueros, de Chañarcillo, de Tres Puntas, de Lomas Bayas, de Buena Esperanza y de Caracoles.

Lo segundo, el consumo de la plata en la industria, pondrá de relieve hasta qué punto ha influido e influye ese metal en las satisfacciones de la vida diaria, en nuestra salud, en nuestro recreo, y nos enseñará a apreciar mejor el don magnífico que hemos recibido de Dios y de la Naturaleza cuando nos proveyó de ese metal, que, dos generaciones atrás, conservaba intacto el magnetismo que ejerció sobre los hombres, desde el Génesis.

II

El romance chileno de la plata

En Chile se conoció el oro mucho antes que la plata, y es probable que nuestros aborígenes, que, según algu-

nos cronistas, pagaban al Imperio de los Incas un tributo de catorce quintales de oro al año, no ignorasen la existencia, pero sí el uso del metal blanco. Según el padre Diego de Rosales, que escribió su historia a mediados del siglo XVII, entre los indios pehuenches estimaban más el hierro que la plata, «porque no se les resquebraxa».

La entrega del tributo de oro se hacía, según cuentan esos cronistas, una vez al año, con cierta solemnidad; en canastos de caña cuidadosamente tejida, se colocaban los panes de oro y se marcaban en forma de seno de mujer, para distinguirlos de los que provenían de otras regiones. Cada uno de estos canastos, cubierto con las armas del Inca, era llevado en hombros por cuatro indios y resguardado por cuatrocientos flecheros. A su paso por pueblos y caseríos, la procesión del tributo de oro era festejada con gran júbilo y algazara.

Ningún cronista de los primeros tiempos de la Conquista habla de tributos de plata. La joyería araucana que admiramos hoy, comenzó a trabajarse en el siglo XVIII, después que el Parlamento de Lonquilmo, de 1784, autorizó a los indígenas para comerciar libremente, y éstos empezaron a recibir plata de los españoles en pago de productos. La industria de la platería araucana tiene, según parece, sólo siglo y medio de existencia y es, por lo tanto, relativamente moderna.

Hasta fines del siglo XVII no se trabajaron minas de plata en Chile, aun cuando el acta del Cabildo de Santiago del 5 de Agosto de 1550, dice que un tal

Antonio Núñez fué nombrado para regir y gobernar «las minas de plata que se han descubiertas».

Allá por el año 1692 vino a descubrirse en el Cañón de Maipo la mina de San Pedro Nolasco, la primera de importancia en la producción de plata en Chile.

La explotación de una mina era, en aquellos tiempos, una faena complicadísima. Aparte de la falta de herramientas y de conocimientos, tropezábase con estorbos mentales, hijos de la superstición. El mismo padre Diego de Rosales dice en su pintoresca y vivaz Historia que ⁽¹⁾ «lo que haze más horribles y espantosas las minas, es que muchas vezes se encuentran con fantasmas y terribles estantiguas de demonios subterráneos...» «Tal fué—agrega—aquel maligno espíritu llamado Anebergio, que en Alemania, en una rica mina de plata, apareciéndose en forma de caballo, mató, en un bufido, más de doze hombres que trabajaban en sacar metal, por lo cual cessó su labor».

Aparte de la extracción difícil y costosa del mineral, la refinación, por el único procedimiento conocido entonces, de la amalgama con azogue, era caro e incierto porque debía traerse de las minas de Huancavélica en el Perú, o de Almadén (la célebre y antigua mina española de azogues situada en la diócesis de Toledo, descubierta en la época de la dominación romana) y pagarse, cuando llegaba a conseguirse, a ciento veinticinco pesos de la época, el quintal, aun cuando oficialmente se

(1) Se ha respetado la ortografía original.

anunciaba el precio de ochenta y cuatro pesos y tres reales. No es, pues, sólo en nuestro tiempo que ocurren diferencias apreciables entre las cotizaciones oficiales y el costo en el mercado.

En cambio, la explotación y producción de oro no ofrecía dificultad alguna. Cuando don Diego de Almagro llegó a Chile en 1535, encontró en plena actividad, aunque pobrísimos en rendimiento, los lavaderos de oro, y cinco años después, cuando don Pedro de Valdivia le siguió con mayor fortuna y perseverancia en la empresa de conquistar un Reino, encontró los lavaderos de oro de Marga-Marga, que daban—según el padre Rosales—tanto oro «que se pesaba con romana», y puso en ellos trabajo, confiándole la dirección a los mineros españoles Herrera y Delgado. Oigamos al cronista Oviedo relatar el procedimiento de explotación:

«Ponen ciertos indios a cavar la tierra en la mina
« dentro, y aquello llaman escopetear (que es lo mismo
« que cavar); e de la tierra cavada hinchen bateas de
« tierra, e otros indios toman aquellas bateas con la
« tierra y llevándolas al agua, en la cual están asenta-
« dos las indias e indios lavadores; é vacían aquellas
« bateas que trujeron, en otras mayores que tienen los
« que lavan en las manos, e los acarreadores vuelven
« para más tierra, en tanto que los lavadores lavan
« aquellas que primero se les trujo».

Compárese este sencillo procedimiento para producir

oro, que poco ha variado cuatro siglos después en el año de gracia de 1934 en que vivimos, con el difícil, pavoroso y carísimo procedimiento para extraer la plata, y se comprenderá por qué Chile tardó casi dos siglos en comenzar una explotación regular de plata en los ricos yacimientos de este mineral, descubiertos los más en pleno siglo XIX.

Permitaseme de paso recordar que, según don Alberto Herrmann, en Marga-Marga, un individuo obtenía como valor de su trabajo, en tiempos de don Pedro de Valdivia, 0.62 centavos de 48 peniques por día, o lo que es lo mismo casi 10 pesos de 3 peniques, más o menos lo que pueden aspirar a obtener como término medio los que trabajan en los lavaderos de oro de nuestra época.

En las minas de plata ricamente fabulosas de Potosí, descubiertas en 1545, había que calcinar, primero; moler, en seguida, en un trapiche; pasar el polvo por un cedazo de alambre, ponerlo en un cuero de animal, hacer una pasta con agua, mezclarla con cierta cantidad de sal y de azogue, trillar en seguida con caballares dos veces al día, durante una semana, para que la plata se amalgamase con el azogue. Y venía, en seguida, la operación de colocar la amalgama en una maritata; canal de ocho a diez metros de largo, y unos cincuenta centímetros de ancho, con el fondo cubierto con pellejos de carnero, por el cual se hacía pasar una corriente de agua, que se llevaba el polvo metalífero y dejaba la amalgama de plata y azogue libre de impurezas. Por

fin, era necesario meter la amalgama en bolsas de lienzo para estrujar el azogue y ponerla, en seguida, al fuego para evaporar el ingrediente.

Nada tiene de extraño que tan engorroso proceso invirtiese en Chile el orden establecido en la mineralogía, y que el metal escaso fuese, hasta el siglo XVIII, la plata y el abundante, el oro; y que desde la Conquista hasta el año 1800 se produjesen, según cálculos basados en el impuesto del quinto real, 199,000 kilos de oro ⁽¹⁾ y sólo 200.500 kilos de plata ⁽²⁾ la mayor parte producidos en los últimos diecinueve años de ese siglo (entre 1781 y 1800)—y el resto entre 1721 y 1780). En el siglo XVII calcula el Dr. Soetbeer en 500 kilos la plata producida, y en el siglo XVI no se produjo ni una mala onza, si hemos de atenernos a deducciones basadas en el pago del impuesto de los quintos reales, aun cuando es probable que entonces, como ahora y como siempre, no faltasen quienes aguzasen el ingenio para no pagar ese impuesto, instituído por una Ordenanza Real sobre todos los vecinos y moradores de las Indias «que cogieren o sacaren, en cualquier provincia o parte de ella, oro, plata, plomo, estaño, asogue (sic) hierro u otro cualquier metal». Debían pagarle al Monarca «la quinta parte de lo que cogieren ó sacaren neto», aparte de otros impuestos creados después, entre los cuales cabe mencionar los que se denomi-

(1) Cálculo del Dr. Soetbeer de Goettingen, que don Alberto Herrmann cita en su obra: «La producción de oro, plata y cobre en Chile».

(2) Cálculo del Dr. Soetbeer y de don Alberto Herrmann.

naban de «quilca y avería», destinados a hacer frente a los gastos de Tesorería.

En el siglo XIX, de 1800 a 1900, la producción de oro aumenta en 28% en Chile, pues de 92.000 kilos del siglo XVIII pasa a 122.792 kilos en el siguiente; pero la producción de la plata crece fuera de toda proporción con el oro. De los 200.000 kilos del siglo XVIII pasa a 7.565.709 kilos en el siglo XIX. Los descubrimientos de minerales de plata fabulosamente ricos, y el perfeccionamiento constante de los métodos de extracción y refinación le dan a la minería de plata un vuelo no soñado. La producción de plata decae gradualmente en el siglo XX en que estamos, mientras la producción de oro toma un vuelo inesperado desde 1932 para adelante.

En efecto, en los treinta y tres años corridos del siglo XX llevamos una producción de plata que en total alcanza a 1.204.777 kilos, lo que daría para todo el siglo XX 3.612.000 kilos, si se mantuviese en los años que restan en el mismo nivel, lo que no parece ser el curso de los acontecimientos, ya que en los últimos tres años ha decaído a menos de la tercera parte. En conjunto, de 1930 a 1933 no hemos alcanzado a igualar la producción del solo año de 1930. En cambio, llevamos en el primer tercio de este siglo una producción de oro que llega a 35.025 kilos, y precisamente, en los últimos tres años, mientras la producción anual de plata disminuye a menos de la tercera parte, la producción de oro en 1933 aumenta en 700% con re-

lación a 1930. La relación de la producción de plata y oro en 1933 es de 1 a 2 aproximadamente.

A la vuelta de cuatro siglos, en el año de gracia de 1934, nos encontramos, pues, como en los tiempos de don Pedro de Valdivia, con los lavaderos de oro en plena actividad y las minas de plata esperando que llegue, como en el siglo XVII, no el azogue de Huancafélica o de Almadén, sino el espíritu y aliento del Presidente Roosevelt, que bien pudiera compararse con el azogue por su maravillosa propiedad para amalgamarse con todo lo que prometa resurgimiento y revalorización de la plata.

No somos, pues, ahora productores de plata, pero lo fuimos en grande escala en el siglo pasado. Llegamos en 1873, el año crítico que marca el comienzo de la decadencia de la plata, a producir 15.475% de la producción mundial, y ocupamos, por lo tanto, el tercer lugar entre los productores del mundo. Incluyendo Caracoles, produjimos en 1874, 305.622 kilogramos de plata y, según Paul Leroy Beaulieu, la producción mundial fué ese año de 1.974.967 kilogramos.

El siglo XIX es el siglo de plata de la historia de Chile. Al expirar el siglo XVIII ya se descubren algunas minas de cierta importancia: Chancoquín, cerca de Copiapó en 1770; Zapallar y Pampa Larga, en 1773; Checo en 1784. Son los primeros rayos del amanecer de la plata. Camilo Henríquez, en el número de «Aurora de Chile» del 14 de Mayo de 1812, publica un artículo que intitula «Scenia decora alta futuris», dando

noticia de haberse descubierto en el Partido de Guasco (sic) «en el cerro nombrado de Agua Amarga» ochenta y seis «betas» (sic), con leyes que detalla prolijamente. Poco más de dos semanas después el mismo Fraile de la Buena Muerte anuncia en el N.º 17 de «Aurora de Chile» (4 de Junio de 1812) que a catorce leguas de Santiago se han hallado varias masas de plata «masiza» (sic) «cubiertas de una película negra, de peso unas de cincuenta (sic) y otras de sesenta marcos». Es el llamado «papal de Rungue», porque un tal Martín Vega, arando, encontró trozos redondos de cloruro de plata, que a poco andar se agotaron. La afluencia de interesados fué, sin embargo, tan grande que alcanzaron a concederse 22 estacas, en su mayoría estériles.

El Fraile se inspira con el descubrimiento, y, contigua a la noticia, publica esta oda:

«Ya todo se reúne
a engrandecer la patria,
a sostener su esfuerzo
su vuelo y miras altas.
Copiapó, Guasco y Rungue
le presentan la plata
y en Pelvín se halla el hierro
para forjar sus armas.
Hay juventud valiente
Hay patriótica llama
Hay honor, hay ingenio,

Hay deseo de fama
 Y sangre antigua y limpia
 que será derramada
 si la Patria lo exige
 y su junta lo manda.»

Tanto entusiasmo despiertan en Camilo Henríquez los descubrimientos de plata que lanza en «La Aurora de Chile» la idea de establecer un «Banco de Rescate de Pastas de Plata en la Villa de Guasco». Carrera, hombre dinámico y progresista, acoge la idea del fraile de la Buena Muerte y con fecha 13 de julio de 1812 manda fundar el Banco, le señala un capital de \$ 25.000 y nombra administrador a don Manuel Antonio Luxan.

«Todas las platas»—dice el reglamento—«que compra el administrador serán pagadas en dinero efectivo de contado sobre tabla al precio de \$ 7.00 marco después de refogada la piña a su satisfacción». Tenemos, pues, que en 1812, el primer banco ideado en Chile se basa sobre compra de pastas y remesas de barras de plata.

Los descubrimientos van a sucederse con rapidez vertiginosa en los veinte años siguientes: el 10 de agosto de 1825, Arqueros, el riquísimo mineral con que un tal Pedro Cuellar topa casualmente y da lugar a ruidosos pleitos, en uno de los cuales informa don Manuel José Gandarillas, que sólo tenía un ojo, diciendo: «este es mi dictamen, y si hay abogado que anule la donación por uno u otro aspecto, le permito que me sa-

que el ojo». En 1827, Ladrillos; en 1829 «San Antonio» y en 1832 el más rico y afamado de todos «Chañarcillo» con su «Manto de Ossa» y su «Manto de Mandiola» de los cuales brotaron grandes fortunas chilenas. Conocida y vulgarizada como está la historia del descubrimiento de este famoso mineral de plata, no me detendré a describirlo.

Casi un mes después que Juan Godoy había descubierto, el 16 de Mayo de 1832, este rico mineral, el Mercurio de Valparaíso del 12 de junio de 1832, decía: «A los seis días del descubrimiento se elaboraban 14 vetas y muchas de ellas en barra». De sólo estas se habían extraído más de 6.000 marcos.

Cuan exacta es, hasta hoy, la frase de Jotabeche cuando describía el descubrimiento de Chañarcillo diciendo en un pasaje: «Excelente asunto para un sermón de cuaresma en que el orador se propusiese pintar lo perecedero de los bienes terrestres y traer a colación, sin necesidad de recurrir a parábolas, no sólo uno sino muchos hijos pródigos».

La época de mayor auge de Chañarcillo fué de 1843 para adelante. Se descubren entonces otras minas de plata de notable importancia: «Romero», viejo asiento mineral que en 1837 cobra nueva vida; «Cabeza de Vaca», contigua al «Retamo», que atrae por la cantidad de plata nativa que entrega a sus felices poseedores; en 1846 y en 1847 «Lomas Bayas», que da minerales de plata con ley de oro; «Tres Puntas» en 1848; «Los Bolds» en 1860.

Empero, el más extraño y novelesco de estos descubrimientos es, seguramente, el de «Tres Puntas», conocido más tarde con los nombres de «Buena Esperanza» y «Al Fin Hallada», nombre este último que le venía maravillosamente porque se buscaba en vano desde fines del siglo XVIII el rico mineral que un burrero, Fermín Guerra, había descubierto y revelado en artículo de muerte al cura de Copiapó, don Nicolás Prieto. Don Carlos María Sayago relata el episodio en su notable y pintoresca historia de Copiapó.

El cura Prieto, allá a fines del siglo XVIII (1792), según Vicuña Mac-Kenna, y antes de 1787, según Sayago, recibió de Fermín Guerra, moribundo, su confesión y estampó la parte relativa al descubrimiento en un «derrotero» que se conocía en Copiapó, pero que por lo remoto nadie había intentado seguir en una región tan inhospitalaria. El burrero le había dicho al cura que después de andar doce leguas por la quebrada de Paipote, se tomaba por un cajón que en la entrada tenía dos algarrobos muy gruesos y se seguía hasta un portezuelo con muchos cardones. Al otro lado del portezuelo se encontraría una aguada con un chepical muy grande. Debía andar en seguida por un llano que tenía mucha varilla hasta llegar a unas piedras muy grandes y torciendo a la derecha, se encontrarían unas lomas de arena desde las cuales se descubriría, mirando hacia el mar, un cordón de cerros en los cuales había tres portezuelos que se veían desde muy lejos. En el portezuelo de la izquierda se encontraría una veta y siguiéndola hacia la dere-

cha se hallaría una picada de una vara de hondura y, poco más allá, un crestón de plomería en el cual había una cruz hecha a cuchillo. Concluye diciendo: «Luego que encuentres esta riqueza mandarás decir una misa cantada todos los viernes del año por el alma del descubridor, Fermín Guerra, pagándosela al cura Prieto a razón de veinte pesos cada una, quién hará la limosna de echar a lo último un responso. Y te advierto que si no lo haces así, te irá mal».

Agrega el derrotero que Fermín Guerra había descubierto la veta por haberse perdido en un viaje de Chañaral y Pueblo Hundido y había traído de allí varias piedras que le había mostrado al cura y servirían para su entierro. Terminaba el documento con esta frase: «Al pié del portezuelo del mediodía hay una buena aguada donde es muy fácil cazar huanacos y burros chúcaros».

Don José Joaquín Vallejos, aquél célebre escritor satírico que las letras chilenas conocen por el nombre de «Jotabeche» publicó este derrotero en febrero de 1842, en un artículo intitulado: «El Derrotero de la Veta de los Tres Portezuelos», y lo que es más interesante, lo siguió descubriendo, uno tras otro, todos los puntos de referencia indicados por Fermín Guerra: los algarrobos, el portezuelo en los cordones, el chepical, el llano con la varilla, las piedras grandes y muy cerca el zanjón que debía seguirse rumbo a la derecha. El cansancio, el temor de verse privado de víveres en aquél páramo, en un viaje que duraba más de lo que se había

imaginado, le hizo abandonar la empresa al cuarto día, cuando en vez del mar que esperaba divisar desde las lomas sólo vió un inmenso horizonte de arena en el cual notó «cierta sombra o mancha que pegada a la tierra ofrecía un color más obscuro que el del cielo, lo cual si no era el cordón de cerro de los tres portezuelos, debía formar uno de los linderos del infierno».

Seis años más tarde, en 1848, otros exploradores—don Apolinario Soto, Guerra González, los dos Garín y un tal Osorio, descubrieron lo que Jotabeche no logró alcanzar, pero se encontraron con un tal Mateo Pérez (alias «Cabeza Larga»), otro individuo de apellido Martínez. y un indio, Juan Alcota, ya sobre el terreno.

Osorio, arriero que viajaba constantemente por el mismo camino que Fermín Guerra recorría en el siglo anterior, había encontrado aquella riqueza. Varias libaciones en la noche del 18 de septiembre de 1848, en una taberna del barrio de la Chimba de Copiapó, le despertaron cierta locuacidad; le comunica su secreto a una mujer que a su turno lo hace llegar a oídos de Soto, los Garín y un tal Guerra González que nada tenía que ver con el indio de 70 años antes. También lo saben Mateo Pérez y los otros, y se precipitan al desierto a ganar la partida. Felizmente, la riqueza era tal, que todos pudieron saciar su sed de fortuna.

Sin hombres esforzados del temple de Juan Godoy, del «Manco Moreno», y de otros más de envergadura intelectual como don José Santos Ossa, nacido en Huas-

co, que desde niño oía embelesado hablar de minas riquísimas a los indios changos y a su amigo, aquel don Diego de Almeida que a los 73 años de edad le servía de guía al sabio Philippi en su viaje al Desierto de Atacama, relatado en su notable libro publicado en 1860, todas estas riquezas habrían seguido ocultas a los ojos de los mortales. Con justísima razón le asigna Vicuña Mac-Kenna a los cateadores del desierto un sitio de honor en su romántico y erudito «Libro de la Plata» y entre ellos uno predilecto al guía de Philippi, a quien apodaban «el loco Almeida» por sus genialidades y su audacia. Fué, dice, uno de esos «locos» que canta Beranger en aquellas estrofas:

«Qui decouvrit un nouveau monde?
Un fou qu'on raillait en tout lieu.
Sur la croix que son sang inonde.
Un fou qui meurt nous legue un Dieu.

Si demain, oubliant d'eclorre
Le jour manquait eh bien! demain
Quelque fou trouverait encore
Un flambeau pour le genre humain».

Herederos espirituales de aquel indio Diego Gualca, que persiguiendo una llama descubre Potosí en 1545; de aquél pastor Huari Capca, que en 1630 descubre la riqueza de Pasco; de Juan Nahuel Paqui Lobo, que en 1744 descubrió Cachiyuyo de oro, en explotación hoy

día; de José Pati Licuime el descubridor de Agua Amarga en 1811, y de tantos otros, los cateadores del desierto, robustos de cuerpo, recios de espíritu, indiferentes al frío y al calor, al hambre y a la sed, oían referir secretos de derroteros de labios de un moribundo o en medio de una orgía, como quien oye un oráculo, y recorrían quebradas y serranías, precipicios y crestas de montañas, ya calcinándose en los rayos ardientes del sol, reverberando sobre la arena infinita, ya quemándose con las rachas heladas de la cordillera, en busca del indicio de la piedra blanca, de la cresta gris, del portezuelo extraño, del árbol solitario, del asomo de una vegetación raquílica, retoño degenerado de otra edad menos estéril, del agua verde, negra o amarilla; y casi siempre volvían con las manos y los estómagos vacíos, pero con el fulgor del iluminado en la mirada, prontos a recomenzar la jornada y a sufrir toda suerte de privaciones para alcanzar la riqueza, hacerse, como esperaban, de fabulosos millones y llegar de regreso a Copiapó a tirarlos por la ventana con una prodigalidad que desmentía con hechos rotundos e inmediatos que fuese a la avaricia que habían sacrificado su comodidad, y, ¡cuántas veces!, su vida.

Una mazamorra de harina tostada, con grasa y sal, cocida al calor de una fogata de estiércol de mula cuando se llegaba a una aguada, a veces después de un día de camino, un poco de charqui con cebollas, un poco de yerba mate, unas galletas y nueces e higos secos, he ahí el alimento. Una manta sobre la arena y la montura a

guisa de almohada, era la cama, y sobre ella solían pasearse las vinchucas y otros bichos, buscando también su bocado. El cielo raso, o cuando más las ramas de un árbol raquíptico era todo el aposento y, para llevar las provisiones y el equipo, odres de cuero de ovejas, calabazas y vasijas de barro.

Con razón dice Vicuña Mac-Kenna en su «Libro de la Plata», que el «cateador necesita ser tan frugal como los santos y haber sido forjado de hierro en el molde de los soldados antiguos».

Casi sin excepción los cateadores y descubridores de las más ricas minas de plata de Chile, murieron en la pobreza, porque como decía una estrofa de aquel Canto del Minero, que publicó «El Minero de Freirina», en 1863:

«... y cuando a la fonda bajo
con mi bolsa y mi culero
«Aquí está—digo—el minero
¿no hay alguien con quien gastar?
y a la niña
cariñosa
si es hermosa
doy mi amor
y sereno
de pesetas
dejo lleno
el mostrador »

No circunscribían sus correrías al territorio de Chile. En la edad de plata de Copiapó, la que es hoy provincia de Antofagasta, no era, por lo menos jurídicamente, chilena, aunque lo era por el trabajo y la inteligencia de nuestros compatriotas, y allá llegaron cinco cateadores chilenos a descubrir el 24 de Marzo de 1870, el celebérrimo mineral de plata de Caracoles. Eran José Ramón Méndez, más conocido por el apodo de «Cangalla», un guía Saavedra, un peón Reyes, un criador de gallinas de Petorca llamado José Porras, y un arriero de Limache de apellido Sagredo, enviados allí por don José Díaz Gana, a quién un indio, «Garabito», había dado un derrotero vago y equivocado, pero útil, porque gracias a él se hizo el descubrimiento. En once años que duró el auge de Caracoles, de 1870 a 1881, produjo 1.043.039 kilos de plata ⁽¹⁾.

Uno de los primeros en llegar a Caracoles, después del descubrimiento, fué don José Victorino Lastarria, que escribió desde allí en Octubre de 1871 sus «Cartas descriptivas del Mineral de Caracoles», dirigidas a don Tomás Frías, Ministro de Hacienda de Bolivia.

Imposible sería enumerar en el curso de una conferencia, todas las minas de plata que se descubrieron en Chile en el curso del siglo XIX. Si a las ya mencionadas agregó la «Arturo Prat», descubierta en 1881 cerca de Paposó, y la muy antigua de «Huantajaya», que con la anexión de Tarapacá quedó bajo la sobera-

(1) Datos compilados por don Alberto Herrmann, pág. 41 de su obra «La Producción en Chile de los metales y minerales más importantes».

nia nacional, me imagino haber hecho desfilar ante mis oyentes, todos los centros que han dejado huellas en los anales chilenos de la plata.

De estos centros, principalmente, salió en el curso del siglo XIX la suma respetable de 300.000.000 de pesos oro de 48 d., que representa hoy, más o menos, 10.000.000.000 de nuestros depreciados pesos.

El interés creciente que despierta en el mundo el problema de la revalorización de la plata, permite hacerse la ilusión de un resurgimiento nacional en la minería de este metal precioso que, acaso, pueda darnos en lo que resta del siglo XX, algunas de las satisfacciones que hace cien años no presintieron los heroicos y afortunados cateadores del desierto de Atacama.

III

Los grandes consumidores del metal

En todos los tiempos se ha empleado la plata en otros usos que el de simple unidad monetaria. Joyas de plata labrada de la época de la XVIII^a Dinastía Egipcia—1450 a 1350 años antes de Jesucristo—entre los cuales encontramos anillos, coronas, broches con jaspar y ámbar, se exhiben en los museos de Cairo y Europa. Nunca ha faltado a través de los siglos algún objeto de plata formando parte del tesoro de los magnates, ya sea como collares y broches, ya sea en forma de vajilla y de utensilios domésticos. La más vieja cucha-

ra de plata que se conoce es una encontrada en Sevington, Wiltshire, Inglaterra, del año 806 de la Era Cristiana. En compañía de un tenedor y de algunas monedas, puede admirarse en el Museo Británico.

Las cucharas de plata fueron durante varios siglos, no tanto utensilios domésticos como objetos conmemorativos. A mediados del siglo XV comenzaron a tener fama entre los pudientes las cucharas de plata, que llamaban de los Apóstoles, porque llevaban los nombres de aquellos santos. Las hubo también con nombres de personajes bíblicos o históricos como el Rey David, Judas Macabeo, Josué, Alejandro el Grande, Carlomagno, Julio César y otros. Era costumbre que al bautizarse un recién nacido, se le obsequiase una cuchara de plata del apóstol o personaje cuyo nombre se le daba.

En los tesoros de los Monarcas han figurado siempre fuentes, platos, ánforas, piezas de adorno, marcos, tinteros, vajillas de plata y otro tanto, aunque en menor escala, puede verse en las viejas familias de Europa, del Asia y de la América.

En Chile, aunque algo dispersados ya y en cantidades modestas si se les compara con los objetos que guardan las familias pudientes en Europa y en Asia, hubo en un tiempo cajuelas, estribos, espuelas y aun lámparas de plata, sin considerar los tesoros sagrados de algunos conventos e iglesias en donde todavía pueden admirarse verdaderas joyas del arte de la platería.

Empero, todo este consumo de plata en joyas y ob-

jetos de uso doméstico es pequeño en la gran masa de producción de plata de nuestra época. La producción mundial de plata de 1932, ya muy reducida por efectos de la crisis mundial, alcanzó a 160.000.000 de onzas con las cuales seguramente podrían fabricarse, si reviviesen los geniales plateros de otros siglos, muchos de los tesoros de este metal que la humanidad ha guardado, no tanto por su valor intrínseco como por su inapreciable valor artístico. En cambio, el consumo de plata en usos industriales, crece día a día. Lo ha fomentado la baja del precio.

Algunas de las propiedades de la plata son inapreciables en la industria química. Esa misma propiedad de no corroerse con los ácidos orgánicos que en presencia del aire atacan los metales no preciosos, que llevó a las gentes en la antigüedad a fabricar ollas, tinteros, cucharas, y útiles de cocina de ese material, es la que ha inspirado la idea de emplearlo en todos los procesos industriales en que operan los ácidos orgánicos como, por ejemplo, para hervir cuajos de limón o pulpa de manzana, en todo proceso en que intervenga el vinagre, y en la condensación y liquefacción del ácido acético. Su propiedad de no corroerse con el oxígeno a altas temperaturas, es uno de los atractivos que tiene para su empleo en la industria y como es maleable y ductil, puede usarse como forro delgadísimo sin grandes desembolsos.

Por lo demás, después de quedar inutilizado o anticuado el aparato en que se le emplea, conserva la plata

mayor valor que cualquier otro material. Su depreciación industrial es, en consecuencia, tan baja, que casi no cabe considerarla.

En la fabricación de productos químicos de superior y finísima calidad y de aceites esenciales, se usa la plata para palanganas, en los alambiques, condensadores, llaves, válvulas y autoclaves.

Es inapreciable este material en la fabricación de la cerveza para los tubos de pasteurización. En la industria eléctrica no tiene rival para fusibles y contactos en ciertos y determinados casos.

Empero, todos estos empleos, importantes como son, resultan insignificantes al lado de la magnífica contribución de la plata a una industria que aporta uno de los mayores agrados de la vida moderna. Me refiero a su empleo en la fotografía y en la cinematografía. La capa que cubre la hoja de celuloide con una gelatina impregnada de partículas de sales de plata consume cantidades que la Europa no estaría en situación de abastecer no contando con una sola mina de plata después de la de Laurium en Grecia, trabajada ya por más de 2,400 años y que hoy sólo entrega plomo, manganeso y cadmio, como expresé en mi conferencia de ayer.

Sólo un establecimiento—el Eastman Kodak de los Estados Unidos de América—consume 200 toneladas de plata al año. Y es interesante anotar que en esta fabricación se requiere plata refinada por electrolisis con la ley mínima de 99.95% a 99.99%.

Se calcula que la cinematografía por sí sola exige

660.000.000 de metros de película por año y que en cada 300 metros hay una onza de plata que desaparece totalmente. En la cinematografía y en la fotografía a la inversa de lo que ocurre con el empleo de la plata en otras industrias, la depreciación es completa. Se esfuma como el agua que se convierte en vapor y se esparce en el aire. En la séptima parte de la producción mundial de plata, he visto calculada la cantidad que hoy se substraerá definitivamente por este capítulo de las reservas de plata del mundo. A medida que se multipliquen las máquinas fotográficas y los cinemas y que crezca la industria química y la eléctrica, irán consumiéndose sin esperanza de retorno, mayores cantidades de plata a menos que se invente algún proceso químico que la recupere destruyendo el negativo en que está depositada.

IV

El Problema Monetario Contemporáneo y el Rol de la Plata

El concepto de moneda, como todas las creaciones humanas, ha sufrido transformaciones con el transcurso del tiempo y estas se han acelerado con la multiplicación de los canales en que corren cada vez con más prisa y mayor caudal, las aguas del comercio humano. La moneda de valor metálico intrínseco ha desaparecido de la circulación porque materialmente no puede llevarse de un lado para otro, sin gran sacrificio y costo, para

llenar la función diaria de medida y compensación de otros valores, y ha sido substituída por los billetes que representan un valor en manos del Estado o de instituciones que se llaman Bancos Centrales, o por cheques girados por individuos que tienen fondos depositados en un Banco, que, a su turno, representan un valor intrínseco que, en último término, reposa o en el Estado o en los Bancos Centrales. La moneda ha pasado, pues, a ser un signo, una ficción de contabilidad que reposa fundamentalmente sobre la confianza que inspira. No es un fenómeno moderno. Hemos visto ayer que en la China circularon por siglos los pesos mexicanos de plata porque inspiraban más confianza en su ley de fino que las monedas acuñadas allí después de 1890.

Aun cuando se restablezca en una nación determinada el patrón de oro no cabe decir, con propiedad, que su moneda es oro. Cuando más podrá decirse, como se dice hoy día para inspirar confianza en una moneda, que sus reservas de oro son tales o cuales, con lo cual se sugiere que hay buenas y razonables expectativas de conservar un valor intrínseco conservando el billete que representa la unidad monetaria. En otras palabras, prima la confianza y no el valor intrínseco, que ni se ve, ni se palpa, ni se exige, y agregaré que la confianza no se basa ni en la lógica ni en la razón, sino en una multitud de impresiones y reacciones mentales imposibles de clasificar y, por lo tanto, de regular con advertencias, consejos o datos. Tan cierto es esto, que si a un mismo tiempo todos los que poseen billetes se pre-

sentaren a canjearlos por oro, porque han perdido la confianza, el patrón de oro se esfuma como al contacto de una varilla mágica.

La moneda no es ni puede ser en nuestra época una unidad metálica. ¿Qué cosa es entonces? A mi juicio, simplemente, la unidad o ficción legal que se emplea, por ministerio de la ley, para solucionar todas las obligaciones contractuales que se estipulan en dinero. Mientras esas obligaciones se circunscriben a los límites de un país determinado, esa ficción legal, cualquiera que sea el grado de confianza que inspire, llena, materialmente y sin mayores entorpecimientos, su función primordial. No ocurre lo mismo cuando esas obligaciones contractuales tienen un carácter internacional y la unidad monetaria, o ficción legal de un país, entra en conflicto con la unidad monetaria o ficción legal de otro. Se producen entonces entorpecimientos graves, porque en el mejor de los casos ocurre una alteración de las obligaciones contractuales, con beneficios o pérdidas ilícitas y en el peor, una suspensión total de esas obligaciones por tiempo indeterminado, con desquiciamiento del comercio internacional.

El intercambio comercial en el mundo se hace cada día más necesario por la comunión, cada día más estrecha, en que vive la humanidad, gracias a la multiplicación de los medios de comunicación y de transporte. La moneda será, pues, cada día más internacional. La unidad monetaria de un país, por pequeño que sea, no puede serle indiferente a los demás países. Su alteración

tiene forzosamente una influencia, si bien puede no manifestarse en forma violenta e inmediata sobre el comercio con otros países. Tan cierto es esto, que hemos presenciado en los últimos tiempos una verdadera puja de varias naciones por desvalorizar su moneda para competir con los costos de producción de las demás. Debemos, pues, reconocer que la unidad monetaria del porvenir —y ojalá fuese del porvenir inmediato— debe ser universal si queremos que el mundo viva en paz económica, sin la cual no hay paz política.

Esa unidad monetaria universal ha de basarse, para que sea realmente una medida estable de los valores, no en el oro, de producción incierta, escasa, cada día más difícil y precaria, sino en el oro y en la plata, los dos metales preciosos que le han servido a la humanidad desde el Génesis hasta 1873, como signo monetario, en la proporción que indique el volumen de la producción mundial de los artículos más esenciales para el hombre: los que le sirven para su alimentación, para su vestuario, para su vivienda, para su comunicación y para su transporte. Hoy día tenemos anarquía en las unidades monetarias de todos los países, y la anarquía de precios y de salarios trae anarquía en el poder de venta y en el poder de compra. Es la Torre de Babel del mundo moderno: cada pueblo está hablando una lengua monetaria distinta y reina el caos.

Alrededor de la Sociedad de las Naciones o de otra entidad universal tendrá, a mi juicio, que crearse en el futuro el Banco Central del Mundo, que regule el sis-

tema monetario de todas las naciones y permita que todos los pueblos, grandes y pequeños, produzcan y trabajen en la certidumbre que ni su producción ni sus salarios van a quedar a merced de los vaivenes de monedas inestables que bailan fantásticas danzas contorsionistas con hilos invisibles que tiran, a distancias inmensas, individuos y pueblos que todavía creen que le es dado a un mortal enriquecerse con la pobreza de los demás.

El experimento monetario del Presidente Roosevelt es el segundo paso que una gran potencia da en el camino de ajustar las relaciones económicas con los demás pueblos. El primero lo dió Gran Bretaña, abandonando, obligada por las circunstancias, en 1931 su patrón de oro, medida que a su turno obligó a una gran parte del mundo civilizado a seguir sus aguas.

Entre uno y otro paso ocurre un hecho más notable: se reúne en Londres una Conferencia Económica Mundial, en la cual reina la más grande confusión de ideas y la más perfecta disparidad de opiniones en todo orden de materias, menos una: la necesidad de tomar medidas para regular el precio de la plata. Es la única cuestión que logra reunir unanimidad de pareceres. La Conferencia acuerda que el Gobierno de la India, el país que guarda en las insondables faltriqueras de los hindúes, cantidades desconocidas de plata y tiene, por lo tanto, en manos múltiples e incontrolables una palanca poderosa para regular su precio, no venda más de un término medio de 35.000.000 de onzas de plata por año, a más

de la que pueda exportar en pago de deudas de guerra. Resuelve también que la China, la otra incógnita por sus enormes reservas de plata, se comprometa a no vender cantidad alguna de plata desmonetizada. Acuerda, por fin, pedirle a los gobiernos de Australia, Canadá, Estados Unidos de América, México y Perú que no vendan cantidad alguna de plata durante cuatro años y absorban entre ellos 35.000.000 de onzas de su producción minera en cada uno de esos cuatro años.

El Gobierno de la India y el Gobierno Americano han ratificado esos convenios.

Gran Bretaña abrió el camino. El Presidente Roosevelt va más lejos y hace ver que no basta abandonar el patrón de oro. Después de grandes vacilaciones, fruto de los arraigados prejuicios de un poderoso núcleo de economistas ortodoxos y de financistas de alto coturno, se resuelve a abordar de frente la redención de la plata, proscrita de los sistemas monetarios del mundo por actos sucesivos y deliberados de los gobiernos en los últimos sesenta años, y si hemos de creer exactas las informaciones cablegráficas de hace dos días, ha promulgado una ley que le restaura a la plata su carácter de moneda primaria, dándole una proporción de 25% en las reservas metálicas de la nación, que autoriza la compra de plata a razón de \$ 1.29 la onza, hasta completar dicho 25% de reserva y que faculta al Presidente para nacionalizar ese metal e impedir su acaparamiento.

No es la primera vez que el Gobierno americano recurre a las compras de plata para aplacar la resistencia

que un gran sector de la opinión americana opone al patrón de oro. En 1878, una ley que se recuerda con el nombre de «Bland Allison Act», proveyó a la compra anual a precio de mercado, de 24 a 48 millones de dólares plata, y la ley Sherman, de 1890, aumentó esa suma a 54 millones de onzas por año.

A fines del año próximo pasado circulaban en los Estados Unidos de América no menos de 416 millones de pesos de plata y certificados de plata; así como 267 millones en monedas divisionarias de plata.

La medida del Presidente Roosevelt aparece, pues, como una regresión a los tiempos de la Ley Sherman, salvo que no limita el monto y fija convencionalmente el precio.

La relación de acuñación de plata es de $\text{Dl. } 1.29\frac{1}{2}$ por onza; de manera que el tesoro actual paga $64\frac{1}{2}$ centavos. Obtendrá un beneficio de 100% sobre toda la plata acuñada y puesta en circulación.

La producción de plata en Estados Unidos nunca ha excedido de 75 millones de onzas en un año; y en los años recientes ha sido bastante menos de la mitad de esa cifra. En consecuencia, la mayor cantidad de circulante de plata que habría de acuñarse y emitirse sería alrededor de 100 millones de dólares por año, cantidad insignificante si se la compara con las cifras astronómicas a que ascienden los gastos públicos americanos en estos momentos.

No es, pues, probable que la medida tomada por el Presidente Roosevelt afecte seriamente el precio de la

plata, a menos que la operación de compra se extienda al mercado mundial, en vez de limitarse sólo a la producción americana.

Error de magnitud sería interpretar esta medida como decisiva para la restauración y remonetización de la plata. Ningún país puede por sí sólo, por poderoso que sea, obtener la restauración monetaria de la plata ni aun del oro. Debe mirarse esa medida únicamente como un primer paso constructivo para llegar a la creación de una moneda internacional, que no se base exclusivamente en reservas de oro, sino que tenga, además, a su respaldo una proporción de otro metal que servía de única moneda, en época no lejana, en el mundo entero y que habría continuado llenando su rol, en relación con el oro, si una serie de medidas artificiales no lo hubiesen relegado a la categoría de simple producto mineral.

Para que la plata vuelva a llenar su función de moneda auxiliar, es preciso que medie un acuerdo mundial, que vendrá cuando todos los gobiernos se persuadan que el oro, como base única, es una amenaza constante para la estabilidad de los precios.

En los últimos tres años, de fines de 1930 a fines de 1933, el total de stock de oro del mundo subió de £ 2.354.000.000 (oro a 84 chelines 11½ peniques la onza) a £ 2.740.000.000, o sea, un aumento de £ 386.000.000; lo que da un término medio de £ 128.666.666 por año.

De las £ 2.354.000.000 de 1930 había en los Bancos Centrales y Tesorerías £ 2.271.000.000

y £ 83.000.000 en manos de particulares. A fines del año pasado, de las £ 2.740.000.000, la suma en poder de los Bancos Centrales y Tesorerías alcanzaba a £ 2.479.000.000 y el oro en manos privadas que lo ocultaban había triplicado y llegaba a £ 261.000.000.

Aparte, pues, de una producción que se mantiene estacionaria, y de la incertidumbre de nuevos descubrimientos, esta tendencia psicológica de la humanidad que la lleva a mirar el oro como un fetiche, que hay que esconder, como una varilla mágica que siempre abrirá las puertas en una hora suprema de angustia, convierte al oro en una base cada día más estrecha y movediza para construir sobre ella la pirámide del comercio del mundo. Parece más bien vértice que no base, y que la humanidad estuviese empeñada en mantener el equilibrio monetario desafiando las leyes de la gravedad.

El Profesor Warren—consejero financiero del Presidente Roosevelt—sostiene que los altos precios que prevalecieron desde 1921 hasta 1929, sólo habrían podido mantenerse si se hubiera operado algún cambio fenomenal en la eficiencia del oro para conservarlos a ese nivel. «Los precios en oro—dice—cayeron, en verdad, bajo el nivel anterior a la gran guerra». La actual producción de oro no es suficiente para mantener continuamente los precios de antes de la guerra, aun en el caso de usar el oro con la misma eficiencia de aquella época.

Es necesario conservar la facultad de variar el precio del oro, a fin de asegurarse que su valorización no envuelva una apreciación de la moneda, y provoque una baja en el valor de los productos.

¿Podrá conseguirse sin darle a la plata, su antiguo auxiliar, un rol eficaz en el mecanismo de los ajustes internacionales? El Presidente Roosevelt se lo ha dado ya en el mercado interno americano. Esa es la importancia capital de las medidas tomadas para crear lo que se ha dado en llamar «el dollar del Presidente Roosevelt». Todavía más, ha aceptado, como se ha visto, el pago de las deudas intergubernamentales de los Gobiernos Aliados de la Gran Guerra, en plata metálica. Las deudas de guerra en cuestión representan alrededor de Dls. 270.000.000, y a esa cifra alcanzaría la adquisición de plata por el Gobierno americano si las naciones deudoras se resuelven a pagar esas obligaciones. Hay un núcleo respetable de economistas de reputación mundial que resisten y condenan todo sistema monetario que no esté basado exclusivamente en el oro. Cuando más, algunos de ellos admiten la posibilidad de regularizar la estabilidad del signo monetario aumentando o disminuyendo la emisión de certificados o billetes que representen oro, en mayor o menor proporción, según sea el curso del precio de este metal en relación con los demás productos. En esta admisión hay a mi juicio un reconocimiento implícito de la falta de elasticidad del oro como unidad monetaria. Se busca manera de darle elasticidad mediante la creación de

efectos que en sí mismos carecen de todo valor intrínseco y reposan tan sólo en la confianza. Por esa pendiente es fácil deslizarse hacia la inflación desordenada porque, en verdad, depende más del criterio incierto y falible de los que dirigen la operación, que de la ley de la oferta y la demanda, única que ha operado invariablemente desde que existe la humanidad. Más lógico y seguro parece darle al oro, en su función de respaldo metálico del valor intrínseco de la moneda, su viejo auxiliar la plata en la proporción que corresponda, que puede regularse, ya que la producción de plata es un factor cierto y conocido, que mediante acuerdos mundiales podría reglamentarse a voluntad, agregando a las reservas de oro mayor cantidad de plata mediante una aceleración de su producción cuando aquél tienda a encarecer, disminuyéndola, cuando tienda a depreciarse.

Lo que perturba el problema, es la idea errónea de ligar la nueva idea de simetalismo con la vieja idea de bimetalismo y, sobre todo, con la relación antigua e inmovible de precio entre la plata y el oro, que se señala como una especie de dogma para cualquier convenio mundial en esta materia, cuando, en verdad, lo que se busca es una relación flexible del precio de la plata con el precio del oro, de manera que del ajuste resulte lo que el mundo anhela, esto es, una moneda estable, porque se equilibrará en el fiel de una balanza en la cual un platillo será el oro y el otro la plata.

Vendríamos, así, a volver al «electrum» de las primitivas monedas griegas, a que me refería en mi prime-

ra conferencia, y a los tiempos de Cartago y de Sicilia en los siglos V y IV antes de Jesucristo.

La base monometálica de oro de la unidad monetaria es una de las causas, y no de las menores, de la crisis mundial, porque su provisión insuficiente trajo la deflación, porque no ha permitido los ajustes internacionales de precios sin provocar dificultades monetarias internas en los países regidos por el patrón de oro, y ha estimulado en no poca medida el aislamiento económico que reina y, en fin, porque incita en época de deflación, como acabamos de verlo, a una competencia funesta y malsana para depreciar la moneda, cercenando los ahorros de las gentes a fin de reducir los costos de producción y competir con otras naciones.

Cualquier sistema monetario universal debe reunir, a mi juicio, estas condiciones:

- 1) No debe agravar los movimientos cíclicos de los negocios;
- 2) Debe impedir toda reacción de precios por concepto del mayor o menor rendimiento de las minas de oro;
- 3) Debe suavizar los vaivenes internos de los precios, causados por fenómenos económicos o políticos internos;
- 4) Debe regirse por un Instituto o Banco internacional mundial, que coordine las necesidades monetarias domésticas de cada país con las exigencias monetarias internacionales; en otras palabras, debe ser dirigido por un núcleo o centro mundial que controle la estabilidad.

Si no se busca una combinación determinada a base de oro y plata para esa unidad monetaria universal, que habrá de venir algún día, no consultaremos ni las costumbres seculares de la humanidad ni los intereses contemporáneos de los dos continentes más grandes del mundo, el uno, el Asia, el de más densa población, y, el otro, la América, el más rico en producción de plata.

No se trata de revalorizar la plata para subirla inmoderadamente de precio, sino, simplemente, de estabilizarla a firme, amarrándola con un vínculo mundial al carro de su viejo consorte, el oro. Un alza desmesurada de la plata que, por lo demás, no se ha operado sino en una proporción casi insignificante con las medidas Americanas, lejos de poner remedio al mal, provocaría en el lejano Oriente—principalmente en la China—una crisis profunda. En efecto, cuando recién se iniciaron las primeras gestiones para revalorizar la plata en los Estados Unidos de América, hubo alarma en la China, porque una rápida valorización habría traído, por una parte, la exportación en grande escala de su numerario y, por otra, habría encarecido considerablemente sus costos de producción. De allí que la Cámara de Comercio de Shanghai, señalase en aquella época en un documento de resonancia que la estabilidad de la plata tendería a mejorar el comercio de la China, pero que un alza artificial en su precio, sin un correspondiente incremento en el precio de los demás productos, disminuiría seriamente sus exportaciones, restringiría su poder comprador y causaría tan serias dificultades finan-

cieras, que acaso la llevasen a repudiar sus contratos y al desastre.

Es un hecho indiscutible que el patrón de plata salvó a la China de las más graves consecuencias de la crisis mundial, ya que el peor aspecto de la depresión fué la caída de los precios internos con relación al oro, al cual las monedas de casi todos los países estaban ligadas cinco años atrás. La China era el único país que mantenía integralmente su patrón de plata y este se desvalorizó, con relación al oro, acaso más que lo que se desvalorizaron los demás productos en relación con el mismo metal. La China vino a sentir la depresión del resto del mundo, cuando su dólar plata comenzó a apreciarse en Diciembre de 1932, con relación al dólar, a la libra, al rupee y al yen, por efecto del abandono del patrón de oro por los Estados Unidos, Inglaterra, la India y el Japón.

Cuando se habla, pues, de revalorizar la plata para darle al Extremo Oriente un mayor poder comprador, no se pretende alzar el precio si no, simplemente, darle a la plata, dentro del precio que actualmente tiene, tales garantías de estabilidad, que permitan restaurarle su poder liberatorio internacional.

El problema de la India es distinto y hay que contemplarlo desde un ángulo opuesto. La plata no es allí unidad monetaria hoy día, y sólo desempeña el papel de fondo de ahorro. Un alza de su precio estimularía a los que la poseen, a realizar sus ahorros, aumentando artificial y transitoriamente, su poder comprador, a cos-

to de una perturbación de hondo y general alcance. Saldrían de la India grandes cantidades de plata que ejercerían una acción deprimente de su precio.

Hay, pues, que aclarar bien el concepto de revalorización y remonetización de la plata: no se trata de darle, con medidas artificiales, un precio superior al que tiene. Se trata únicamente de darle, mediante un acuerdo mundial, el rol de moneda auxiliar y reguladora del oro, tomando medidas que le den, a los que la reciben en cierta proporción, en pago de todo género de obligaciones o productos, la seguridad de recibir algo que no se deprecia y que sirve, con la misma eficiencia que el oro, en la proporción señalada como supremo recurso en un momento de aflicción.

En los últimos cuatro siglos la proporción de la producción mundial de plata, en relación con el oro no ha variado grandemente de más o menos 15 a 1. En el momento actual esa relación ha disminuído todavía más a la de 12, lo cual no ha obstado para que el precio de la plata se mantenga bajo. Si tomamos, por ejemplo, el precio del oro a 126 chelines por onza y el precio de la plata a 18 peniques, encontramos que el precio de esta última, en relación con el oro, es de 84 a 1, aun cuando el hecho positivo es que la relación de producción entre la plata y el oro es sólo de 12 a 1. ¿No prueba esto que hay una situación artificial creada por la proscripción de la plata del sistema monetario tradicional del mundo, que es menester disipar? Es una de las tantas violaciones de la ley de la oferta y la demanda

que han venido cambiando el curso natural de la vida económica.

Hace 232 años, un hombre de genio que la humanidad venera como uno de sus más grandes sabios y matemáticos, Sir Isaac Newton (1642-1723), nombrado por la Reina Ana, Superintendente de la Casa de Moneda del Reino Unido, se veía, como nos vemos hoy, atormentado por este preciso problema de la relación de la plata con el oro para el mantenimiento de la estabilidad de la moneda. Declaraba Newton, entonces, que la plata era la única moneda fija del país (Gran Bretaña) y como tal no podía ser alterada. La demanda de plata para ser exportada había alzado el precio de ese metal hasta siete peniques por onza, con relación al valor nominal de la moneda. El «Lord High Treasurer» Lord Godolphin se alarma y pide a Newton que le informe al respecto. Newton investiga, y el 7 de Julio de 1702, le dice que el oro está aproximadamente a un precio de 10 a 12 peniques más alto en la guinea, que lo que debiera estar y que como esto tiende a deprimir la moneda de plata, se imagina «humildemente» —expresa— que la manera de conservar esta última moneda es bajando el precio del oro en 6,9 ó 12 peniques en la guinea, de manera que el oro quede valiendo en Inglaterra lo mismo que en las naciones vecinas de Europa. Newton, en suma, recomendaba en 1702 para resguardar la moneda, entonces patrón de plata, las mismas medidas que la gran mayoría de las

naciones del mundo han adoptado 232 años después para resguardar su moneda, patrón de oro.

Con penetración maravillosa decía Newton en aquel informe:

«La seguridad e incremento de la moneda depende, « principalmente, de la balanza de comercio, que si está « en contra nuestra, provocará la fundición de la moneda « y su exportación para pagar deudas externas y seguir « el comercio a pesar de las leyes en contrario, y si está « a favor nuestro, esas leyes son inútiles y aun perjudi- « ciales».

¿Sería osado de mi parte terminar estas conferencias, diciendo que es un error pensar que los tiempos de ayer, hoy o de mañana pueden alterar la eterna, inexorable ley de la oferta y la demanda, y que por haberla violado, a través de sesenta años, con medidas artificiales para desmonetizar y desvalorizar la plata, hemos precipitado al mundo en el caos monetario en que hoy se encuentra? ¿Sería exagerado decir que por haber dejado al mundo a merced sólo del oro, hemos condenado a las tres quintas partes de la población del mundo a meter su comercio en el zapato chino de las poquísimas naciones que disponen de reservas en ese metal, y nos hemos sometido a que su encarecimiento fatal, repercuta inevitablemente en la desvalorización de nuestros bienes, llámense éstos propiedades o llámense salarios? ¿Sería insensato que agregase, por fin, que estamos adorando

un falso Dios, porque el oro no es estable, ya que la «estabilidad» no es un concepto absoluto, sino relativo, y debería desterrarse del vocabulario monetario y reemplazarse por el concepto de «equilibrio», que cuadra mejor con la idea básica de evitar inflaciones y deflaciones de precio?

Entrego estas reflexiones a la meditación de todos los que han tenido la paciencia de escucharme, en la esperanza de haber contribuído a despertar algún interés en un problema, acaso el más hondo de todos, en esta anarquía económica, monetaria, social y, por reflejo, política, en que se revuelve la humanidad atormentada.

J. Lagos Lisboa

Eter

Pupilas glaucas, pupilas
que, exangüe, me encandilaran!

Vestía esa noche flores
de almendro la luna blanca
y por los poros abiertos
luna azul se me adentraba.

Palidecían las rosas,
el viento se sosegaba;
todo yo enfermo de luna
le sollozaba en la cara.

Amor, —dije,— la ensoñando,
seguiré por donde vayan
los nardos de tus colinas,
las hebras de tus albas.

Se me dormían los brazos,
el alma se adelgazaba:
íbame en su evanescencia
y en su aliento me quedaba.

Una claridad sin luces,
sin huellas y sin distancias
y a mi larga voz sin voces
nublándosele las alas.

Corazón... ¿me sigues? Vamos...
Y el corazón ya no estaba!

¡Ni en el aire ni en las rosas
 era yo el que suspiraba!
 De ella serían los ojos
 que latieran bajo el agua
 del surtidor enlutado.
 Zafiros eran arañas
 lueñes que fosforecían
 sobre mi ceniza ingrávida.
 Un frío viento invisible
 ludió al almendro una rama.
 Una nube se deshizo
 al vuelo de una campana.
 ¡Estaba mi madre orando
 y sollozaba mi hermana!

Vino

(Fragmento de «Día Patrio en el pueblo».)

Hablamos desencantados:
 Se fué el día, se fué el día...
 —Se fué, pero está en las fondas!
 cofrade rumboso invita...

Y de álamos y arrayanes,
 bajo la verde fajina,
 con trazas de enmascarado
 hallamos cantando al día!
 Esposo que huyó la alcoba
 por variar la compañía...
 Con su vestido estrellado
 la noche afuera suspira.
 Día, faroles chinescos;

día, pintadas mejillas;
fragancia de las poncheras,
senos con gajos de lilas.
Punteos de las guitarras
y las arpas engréidas,
rojos pañuelos de seda
con percalas de alegría!
¡Juerga de añejo abolengo,
plata de chafalonía!

Por entre las damajuanas
se alarman las serpentinatas,
que el viento como un ratero
se cuela por las rendijas.
Tres vueltas de punta y taco
piden tamboreo y huifa...
¡Mañana se acaba el mundo
Cayetano y Doralisa!
Lastre de penas mapuches,
candor de engañar la vida
con garabatos que el suelo
y el aire descompaginan.
¡Danza de rudo abolengo,
plata de chafalonía!

Fiebre de mosto serrano
con ojos de hechicería,
halda que arremanga el ruedo
y atormenta en la rodilla.
Brazos que anillan la espalda,
boca mojada en lascivia,
ceñudo rival que siente
que el puñal le hace cosquillas.

Mozo que trajo a la fiesta
la promesa de sus viñas...
Prendió una boca en su boca
brasa de sabidurías.
¡Plazuela de las ramadas,
cantoras de Loncomilla!

Cantan los gallos distantes
porque el alba se avecina
y el viento se tambalea
por la plazuela arrecida.
Huele a fiebre y huele a vino
el viento en la calle umbría
y afinando las vihuelas
nos sigue hasta la Avenida!

¡Viento que, al irnos, zumbón
hacías y deshacías
tonadas desentonadas
y luces desvanecidas!

LA MUERTE DEL MAGNIFICO (1)



LOS bronces de Florencia llaman con lúgubres tañidos a los habitantes de la ciudad, invitándoles a rezar por la salud del Tirano que agoniza.

Nada ha sido capaz de vencer la enfermedad, ni la ciencia de Pier Leone de Spoleto y de Lazzaro de Pavia, las primeras eminencias médicas de Italia, ni la pócima fantástica en que han diluído perlas y piedras preciosas y que ofrecen al moribundo como suprema tentativa de salvación. Lorenzo el magnífico se muere sin remedio, entre las grandezas y obras de arte de su villa de Careggi.

Con estoicismo admirable, digno de un príncipe florentino del Renacimiento, Lorenzo resuelve sus postremos negocios temporales.

Hace llamar a la cabecera de su lecho a su hijo Pedro, y según refiere Poliziano, testigo ocular, le habla en estos términos: «No dudo que tú te harás cargo

(1) De el libro «Savonarola» de próxima publicación.

« de la Autoridad del Estado de que yo he gozado hasta
 « ahora. Aunque la República forma un solo cuerpo,
 « hay en ella muchas cabezas, de modo que no debes
 « ilusionarte con alcanzar la aprobación de todos. Sigue
 « en toda ocasión una conducta integérrima y consulta
 « siempre los intereses de la comunidad antes que los
 « intereses particulares».

Aunque las malas costumbres y torpes manejos del Tirano lo han mantenido alejado de las prácticas religiosas, nunca la fe cristiana se ha extinguido en su espíritu, conservándose incólume la creencia en los dogmas y sacramentos de la Iglesia. Al expirar, quiere, pues, recibir los auxilios y consuelos postreros de la Religión.

Un hombre vulgar habría hecho llamar hasta su cabecera de moribundo a alguno de los ministros de Dios, que hubieran sido afectuosos en vida y complacientes con él. Lorenzo, espíritu superior, pide que lo auxilie el único hombre que lo ha resistido y hasta despreciado: Savonarola.

Acude el Prior de San Marcos a la villa de Careggi. Atraviesa con desdén los salones llenos de cortesanos, compungidos ante la posible pérdida de su situación; echa una mirada de odio sobre las obras de arte renacentistas diseminadas en aposentos y galerías y se aboca finalmente con Lorenzo el Magnífico en el último trance.

Llegado Jerónimo al lugar, dice Burlamacchi, e in-

troducido en la cámara de Lorenzo, lo saludó primeramente con la debida ceremonia, y luego, después de alguna conversación, dijo Lorenzo:—Padre, yo me que-rría confesar, pero tres pecados me arredran y casi me arrojan en la desesperación.

—¿Y cuáles son estos pecados? interrogó Jerónimo.

—Son los siguientes, responde Lorenzo, y yo ignoro si Dios me los perdonará. El primero es el saqueo de Volterra, donde muchas doncellas perdieron su virgini-dad y se cometieron innumerables excesos. El segundo pecado se refiere a la administración de ciertos fondos para dotar jóvenes pobres, de las cuales muchas se per-dieron por no haber recibido sus dotes. El tercer pecado es el asesinato de los Pazzi, donde cayeron muchos ino-centes.

—Lorenzo, replicó Jerónimo, no os desesperéis, porque Dios es misericordioso, y El os hará misericor-dia, si le hacéis las tres promesas que os formularé.

—¿Y cuáles serían esas promesas? insistió el mori-bundo.

—Es la primera, dijo el Confesor, que abriguéis una fe viva y firme de que Dios puede y quiere per-donaros.

—La tengo y muy grande, balbuceó el enfermo.

—Es necesario además, añadió Jerónimo, que toda cosa mal adquirida sea devuelta, en cuanto sea posible, dejando sólo a vuestros hijos una herencia suficiente para vivir como ciudadanos privados.

—También lo haré, dijo Lorenzo

—Es necesario, por último, terminó Savonarola, que se restituya a Florencia la libertad y su constitución republicana.

El Tirano miró al Fraile, reunió las últimas fuerzas físicas que le restaban, y sin decir una palabra, se volvió en el lecho y le dió las espaldas.

Jerónimo salió de la habitación, y quedó Lorenzo a solas con Dios y su conciencia.

Poliziano, amigo íntimo de Lorenzo, complementa el cuadro anterior, trazado por Burlamacchi, asegurando que en el momento supremo acercó el Tirano a sus labios un crucifijo ricamente cincelado, y en esa obra de arte de amor divino y humano imprimió un beso que arrastró consigo el último suspiro.

La imprudencia e inoportunidad de Jerónimo casi arrojan a Lorenzo en el abismo de la desesperación, salvándolo únicamente la solidez de su fe en los méritos infinitos de Cristo crucificado.

Savonarola, frente al cadalso, habría rehusado imprimir un beso en un Cristo finamente cincelado: hasta ese extremo lo habría arrastrado su horror al arte del Renacimiento.

Lorenzo el Magnífico, posiblemente no se hubiera movido al arrepentimiento ante una tosca cruz del tiempo medioeval: hasta ese punto lo llevaba su veneración por el arte y el buen gusto. ¡Cosas de Savonarola! ¡Cosas de Lorenzo! Extravíos del culto por las exte-

rioridades y de la ausencia de verdadera vida interior.

Basta para el creyente y hombre de sentimientos refinados que llegue a sus labios en el postrer momento la imagen que le acompañó siempre, el pequeño crucifijo de la infancia, testigo y confidente, forjado con lágrimas quemantes en la fragua de las penas y ansiedades diarias, y cincelado por las manos crispadas por el dolor y la angustia, o con mordientes besos de imploración y amor.

La muerte de Lorenzo va a tener consecuencias decisivas en el porvenir de la Italia y fijará rumbos definitivos a las actuaciones de Savonarola.

El talento y prudencia de aquel príncipe, muerto prematuramente—tenía sólo cuarenta y cuatro años—eran prenda segura de paz en la península y de buen gobierno para muchos príncipes italianos, que de él recibían inspiración y consejos. Su palabra era respetada hasta por sus enemigos. Fernando de Nápoles, al recibir la noticia de su muerte, condensó en una frase el juicio general sobre Lorenzo: «Este hombre había vivido bastante para su gloria, pero poco para la Italia».

El gobierno de Florencia cae en manos de Pedro, hijo del Magnífico, joven violento y sin carácter, de temperamento irascible, e incapaz de guardar siquiera las buenas formas para disimular sus injusticias y arbitrariedades.

Savonarola ve llegado el momento de intervenir en

la cosa pública de Florencia, de satisfacer los ardientes deseos que abriga desde tiempo atrás, pero que no ha llevado a la ejecución por temor a la astucia y fría violencia del hombre que acaba de morir.

Desaparecido Lorenzo, y hallándose el poder público en manos de un joven de veintiún años, inexperto y de inteligencia mediocre, Jerónimo juzga viable realizar sus aspiraciones de soberanía temporal, después de haber implantado su soberanía espiritual sobre la ciudad.

Como proceden siempre los ambiciosos místicos, busca una consigna para justificar su intromisión en asuntos que no le competen: todo se llevará a cabo en nombre de Dios y para implantar el reinado de Jesucristo.

Florencia, a la muerte de Lorenzo, siente el alivio de haber sacudido un yugo ignominioso, pero al mismo tiempo el dolor de haber perdido a quien le diera gloria y prosperidad. Con Pedro a la cabeza del Gobierno, sólo experimenta la repugnancia contra el Tirano, sin ningún sentimiento favorable que neutralice la aversión hacia el sucesor de Lorenzo.

Por otra parte, la falta de tino del nuevo Duque le resta cada día un amigo y le crea un nuevo enemigo. Los viejos partidarios de la República, los desterrados y perseguidos por el Tirano Lorenzo se dan pronto la mano con los lacayos de la Casa reinante, quienes van perdiendo poco a poco el afecto por el nuevo príncipe subido al Gobierno.

Se acerca la tormenta, que aventará la influencia de los Médicis en tierra florentina, y que erigirá a Savonarola en árbitro de la situación.

La muerte de Inocencio VIII y la ascensión al Pontificado de Rodrigo Borja, Alejandro VI, son nuevos factores de desconcierto en Italia, y sobre todo, en el seno de la Iglesia.

Aunque débil y nepotista, no era Inocencio un motivo de escándalo y tejedor de intrigas, como había de serlo su sucesor, Alejandro VI. Esta situación de quebranto en el gobierno de la Iglesia dará nuevas alas al espíritu intolerante y avasallador de Savonarola.

El Adviento ⁽¹⁾ de ese año, 1492, fecundo en tantos acontecimientos de trascendencia política y religiosa, fué predicado por Jerónimo en la Iglesia de San Marcos. Como de costumbre, enorme afluencia de público llenó las naves del templo.

Obsesionado el Predicador por la idea de la reforma de la Iglesia y la inminencia de los castigos para Italia, desarrolló en sus oraciones dicho tema, aterrorizando a su auditorio con nuevas profecías y visiones.

La frase *Gladius domini super terram cito et velociter* ⁽²⁾, habría sido vista por él sobre una mano fantástica, que sustentaba una espada, la

(1) Período de tiempo que precede a la fiesta de la Navidad del Señor.

(2) La espada del Señor sobre la tierra, pronto, sin demora.

cual pronto caería sobre la tierra, convulsionada entre rayos y relámpagos, esparciendo simultáneamente la guerra, el hambre y la peste entre los hombres despavoridos.

La visión anterior complementaba otra tenida meses atrás por el mismo Jerónimo: las dos cruces. Negra y siniestra había visto alzarse una cruz sobre la ciudad de Roma, junto a la cual brillaba la siguiente inscripción: *CruX irae dei* ⁽¹⁾. Rudo contraste con el pavoroso signo que coronaba la sede del Pontificado hacía otra cruz, blanca y esplendorosa, que con la leyenda *CruX misericordiae Dei* ⁽²⁾ protegía a la ciudad de Jerusalén.

Tanta conmoción y revuelo espiritual produjeron entre los florentinos las visiones y amenazas de Jerónimo, que pensaron los religiosos franciscanos aprovechar esa situación psicológica para destacar en otro púlpito de la ciudad a alguno de sus frailes, y ganar así para la Orden algo de la gloria y renombre que Jerónimo obtenía para la suya. Desde la Cátedra de Santa María dei Fiori, Fray Domenico Ponzo, franciscano, se dedicó a insistir sobre los castigos inminentes para Italia y la Iglesia, a causa de la maldad reinante y corrupción de las costumbres.

No se hizo esperar el resultado de esta competencia de pulpitos: desórdenes y aumento de confusión.

(1) Cruz de la ira de Dios.

(2) Cruz de la misericordia de Dios.

Pedro de Médicis, poco aficionado a las visiones y profecías, o atemorizado tal vez por ellas, ordenó a los dos frailes la suspensión inmediata de sus predicaciones, o por lo menos, el cambio de rumbo, bajo pena de ser expulsados de la ciudad.

Los dos oradores prefirieron callar.

Así terminó ese Adviento, en que Savonarola, so pretexto de explicar el pasaje bíblico del Arca de Noé, se refirió a mayor número de hechos y anuncios que las especies animales ingresadas en el arca del Diluvio.

Parece que Jerónimo tomó muy en cuenta las amenazas de Pedro, pues no sólo calló momentáneamente, sino que al año siguiente (1493) rehusó predicar la Cuaresma en Florencia, habiendo aceptado de antemano el ofrecimiento hecho desde Bolonia para que ocupase un púlpito de esa ciudad.

Cambiando de sitio y ambiente, no renunció el orador a sus ideas y modalidades.

Aunque al iniciar sus predicaciones ante el pueblo boloñés guardó mayor moderación en los términos y conceptos, concretándose al tema escriturístico que desarrollaba, poco a poco fué abordando el tema político y social, hasta producir en sus oyentes el mismo interés y apasionamiento despertado en Florencia.

Circunstancia inesperada casi hace terminar trágicamente la Cuaresma de Bolonia.

Atraída por la curiosidad, la mujer de Bentivoglio, Tiranelo de la Ciudad, ha acudido a las predicacio-

nes de Jerónimo, rodeada de fastuosa corte y ricamente ataviada. Seguramente por llamar la atención o hacer sentir en forma torpe la superioridad de su condición, llega día a día a la reunión cuando el predicador ha dado ya comienzo a su sermón, perturbando a Jerónimo y al público que asiste.

Es preciso haber sido víctima de tamaña majadería para explicarse la molestia de Savonarola y el atrevido paso que se resolvió a dar.

No obstante repetidas advertencias, hechas llegar discretamente a la dama sobre lo incorrecto de su proceder, se ha obstinado ella en hacer su entrada espectacular a la Iglesia, mientras predica Jerónimo y en fervoroso recogimiento el pueblo de Bolonia escucha su palabra.

No se necesita más para hacer perder la paciencia al impetuoso orador.

Como de costumbre, la mujer del Tiranuelo penetra cierto día al templo, y atraviesa entre la concurrencia con la inoportunidad acostumbrada, creyendo despertar la admiración general. Jerónimo interrumpe su predicación, y señalando a la impertinente, exclama: «Mirad, hermanos, he ahí al demonio que viene a perturbar la palabra de Dios».

Relucen las espadas en el recinto sagrado, y dos gentiles-hombres de la Princesa avanzan hacia el púlpito para castigar al insolente. Dice la crónica dominicana que una fuerza invisible les impidió ejecutar su cometido.

A otros dos sicarios, enviados más tarde por la Bentivoglio para dar muerte a Jerónimo en su propia celda del Convento logra dominarlos Savonarola, hasta el punto de arrojarse aquéllos a sus plantas e implorar entre lágrimas el perdón de sus malas intenciones.

Envalentonado Jerónimo por la forma como había burlado las iras de su poderosa enemiga, el último día de predicación dirigió desde el púlpito el siguiente desafío a sus perseguidores: «Partiré esta tarde para Florencia, sin más compañía que mi bordón de peregrino y una botella de madera. Alojarme en Pianora. Si alguien quiere arreglar algunas cuentas conmigo, que venga antes de mi partida. Por otra parte, yo no moriré en Bolonia, sino en otro lugar».

Y sin mayores advertencias o preparativos, ese mismo día emprendió viaje de regreso a su querido Convento de San Marcos, marchando a pie, según su costumbre, y no procurándose otro descanso o alimento que el indispensable para no desfallecer durante el viaje.

Cualquiera pensaría que estos disturbios en la vida de Jerónimo absorbían su atención y actividades, haciéndolo postergar el cumplimiento de los graves deberes anexos a su cargo de Superior del Convento de San Marcos; pero la admiración del observador por el dinamismo de Savonarola sube de punto al considerar la energía y caridad que le resta para dirigir a los religiosos de él dependientes.

El conocimiento personal de cada uno de ellos, de

sus modalidades e inclinaciones, le permite encaminarlos con tacto y oportunidad, cualidades de los grandes maestros espirituales.

Mientras se halla ausente de Florencia, él se comunica con sus religiosos por medio de frecuentes cartas, saturadas de caridad paternal y sinceridad de amigo. El consejo, la amonestación y la súplica brotan de sus labios o de su pluma con caracteres de tal desinterés personal y amor hacia sus gobernados que nadie es capaz de discutir y mucho menos de resistir sus órdenes. En San Marcos la obediencia de los religiosos es espontánea y llena de afecto por la autoridad que los gobierna. ⁽¹⁾

De regreso a su querido Convento, tras la accidentada Cuaresma de Bolonia, se dedica de modo especial a cultivar entre los suyos las virtudes propias de la vida religiosa. Empieza a poner en práctica su antiguo ideal de que los religiosos trabajen en artes útiles para ganarse la vida, e instituye con ese objeto escuelas de arquitectura, pintura, escultura y miniatura, donde se formen futuros artistas y artífices. Ellos darán más tarde al Convento honra y provecho con el ejercicio de esas pro-

(1) «Pienso constantemente en vuestro tierno afecto, escribe Jerónimo a sus frailes desde Bolonia, y hablo de ello a menudo con el hermano Basilio. Estamos muy solos aquí, como dos tórtolas que esperan la primavera para volver a los lugares cálidos, donde nos habíamos acostumbrado a vivir entre las flores y las gracias del Espíritu Santo».

fesiones. Realiza también otro de sus proyectos, estableciendo clases de lenguas orientales, para instruir a los religiosos y hacerlos aptos como misioneros en las tierras infieles.

Quiere que sus religiosos lleven traje de telas burdas, y él les da ejemplos, vistiéndose con hábitos toscos y raídos.

En cierta oportunidad llegan al Convento de San Marcos dos religiosos de Valleumbrosa, elegantemente vestidos, y sorprendiendo en Jerónimo una sonrisa maliciosa por las magníficas telas de sus hábitos, se adelantan los recién venidos a dar una explicación, diciéndole: «No os extrañéis de estas ricas telas; así las empleamos porque duran más tiempo.»—«Es una desgracia, replicó prontamente Jerónimo, que San Benito y San Gualberto no hubieran conocido ese secreto, pues se habrían vestido entonces como vosotros».

La estrictez y austeridad de vida implantados por Jerónimo, lejos de amedrentar a los posibles aspirantes a frailes, atraen gran número de valiosas vocaciones, subiendo hasta doscientos cincuenta la cantidad de religiosos, lo que hace necesaria la construcción de nuevos departamentos en San Marcos.

Para evitar el continuo cambio de personal en el Convento, y quizás con fines ulteriores, encaminados a favorecer sus futuras campañas políticas y religiosas, obtiene de Roma, con la ayuda de Pedro de Médicis, que se declare la autonomía completa de San Marcos,

desligándolo de la Provincia Lombarda, a que se hallaba incorporado. Así podrá realizar sus proyectos, sin que vengan a desviar su trayectoria de reformador un cambio intempestivo de residencia o imposiciones extrañas.

Con éxito obtiene que muchas casas de la Orden existentes en Toscana adhieran como filiales de San Marcos, y así ocho conventos de hombres y cinco o seis de mujeres quedan sujetos a la jurisdicción de Savonarola, que es aclamado Vicario por unanimidad, cargo en el que permanece hasta el momento de su muerte. Especial interés tiene Jerónimo en reformar la vida conventual de las religiosas, pues en su sentir, «las mujeres en los conventos eran peores que cortesanas».

La ciudadela espiritual de San Marcos, con su dotación disciplinada de frailes y el prestigio de su Jefe, se halla lista para iniciar la ofensiva contra la Ciudadela del Vaticano.

Un fraile sublevado, pero austero en su vida y costumbres, luchará contra un Pontífice, su autoridad Jerárquica, pero indigno de su investidura de Jefe de la Iglesia.

Roma y Florencia mantendrán un duelo, escándalo de la Cristiandad, que terminará con la muerte del rebelde honrado y el triunfo del principio de Autoridad.

Al medir sus armas Savonarola y Alejandro VI, el resultado de la contienda favorecerá al Pontífice Romano.

Tu es Petrus . . . Tú eres Pedro . . .

Aldous Huxley

Revisando a Esopo

Presentación de algunas de las antiguas fábulas morales con conclusiones modernas hasta ahora inéditas

I. La hormiga y el saltaperico



El saltaperico era un artista, cuyas obras, como la de la mayoría de los artistas, eran poco productivas, y cuyos ocios eran entretenidos y costosos. La hormiga, en cambio, era un pilar de su comunidad; iba con toda regularidad a su oficina, trabajaba catorce horas al día y guardaba cada centavo que podía ahorrar.

Fue pasando el tiempo. El capital de la hormiga aumentaba cada año, el del saltaperico disminuía cada año. Ese joven—profetizó la hormiga—va a terminar mal. Y suspiraba con hipocresía. En el fondo, estaba encantada. Porque, lo mismo que todos los insectos sin talento, trabajadores y sacrificados, sentía un odio cuajado de envidia por todos los que eran felices. Temía y odiaba a todos los que por naturaleza eran superiores en talento, en inteligencia y en calidad espiritual. Le

habría encantado que todo el mundo llevara una vida tan cansadamente laboriosa, tan aburridamente buena, tan absolutamente sin sentido y vacía como la suya. Nada la podía desesperar tanto, como el espectáculo del talento en otro sitio que no fuera el que a ella le parecía conveniente: el arroyo. La desesperaba, también, tener que ver alegría despreocupada coronada de éxito mundano, a pesar de todos los proverbios. La vista de una mariposa que había conseguido pasar el invierno sin sucumbir a las heladas, era suficiente para hacerle perder el apetito durante una semana.

Su placer más grande era observar los infortunios de aquéllos que eran menos virtuosos y más talentosos que ella, y sacar la moraleja halagüeña.

Cuando, por fin, se produjo el acontecimiento que ella tanto había esperado y predicho, cuando llegó, por fin, el saltaperico, arruinado, a solicitar un préstamo, la hormiga desahogó todo el rencor envidioso largamente acumulado, en un sermón lleno de indignación moral, de lugares comunes y de triunfantes yo-se-lo-había-dicho. En cuanto a ayudar al pobre saltaperico, no, no; en virtud de motivos altamente éticos y sociales, se negó rotundamente a prestarle un solo penique.

Pocos días más tarde, las arañas mandaron su histórico ultimátum a las abejas. Se declaró la guerra. Las avispas y los moscardones inmediatamente salieron en ayuda de las abejas; las hormigas y los termites marcharon con sus viejas amigas las arañas. Al poco tiempo, casi todas las especies de insectos del mundo estaban

envueltas en el gran conflicto. El saltaperico también se enroló. La hormiga se quedó en casa y logró doblar su fortuna en dos años, la cual invirtió (siendo el más prudente de los insectos virtuosos) en primeras hipotecas y en bonos del gobierno. Al terminar la guerra, era millonaria. Tres meses más tarde, después de la baja brusca de la moneda de Hormigalandia, sus millones acumulados habrían bastado justamente, siempre que el cambio no siguiera bajando, a mantenerla durante una semana a razón de pan y margarina.

Mientras tanto, a raíz de especulaciones alocadas, en la bolsa, el saltaperico había llegado a ocupar el cuarto lugar entre los hombres más ricos del mundo. La moraleja de esta historia, es que no siempre se premia a la prudencia y a la virtud (gracias a Dios, podemos cantar en coro) con lo que les corresponde.

Pero, la historieta tiene un *Post-scriptum*. Cuando vino la hormiga, empobrecida, a solicitar ayuda de su amigo poderoso, el saltaperico, que tenía fama de ser muy generoso, le entregó un cheque considerable, y no quiso saber nada de intereses. La hormiga dividió la suma prestada en dos partes. Con la primera sobornó a los periodistas y corredores de la Bolsa para que crearan un pánico en el mercado, y con la otra mitad se dedicó a comprar todas las acciones que el saltaperico, aterrado, se apresuró en vender a cualquier precio. Cuando volvió a subir el precio de las acciones, como era lógico, la hormiga volvió a ser extremadamente rica,

mientras que el saltaperico se vió reducido a una relativa pobreza.

La moraleja de esta segunda parte está bien clara: Los talentosos deben estar siempre en guardia en contra de los buenos que son sus enemigos naturales, y entre el talento de los primeros y la virtud de los segundos, hay y habrá siempre una guerra implacable.

II. Los sapos y su rey

Como los sapos estaban sin soberano, se dirigieron a Júpiter en demanda de un rey. Júpiter oyó su demanda y dejó caer una pesada astilla en el pozo en que vivían. La bulla de la caída produjo cierta alarma entre los sapos, pero una vez que las aguas se hubieron tranquilizado de nuevo, salieron de sus escondites a rendir homenaje a su nuevo soberano. La confianza pronto tornó su respeto en desprecio, y después de pocos días ya se veía a los sapos subiendo encima de su rey irresponsable, usándolo como trampolín o para darse baños de sol en su guata calentada por el sol.

Fué pasando el tiempo. Bajo el reinado bonachón del rey Astilla, los sapos aumentaron y se multiplicaron. Para gran satisfacción de los batracios patriotas, la población aumentaba a pasos agigantados. «Nuestra patria grande y floreciente», escribían los periodistas. «El aumento de la población es un signo infalible de grandeza nacional y progreso moral», y así se podían leer muchas frases por el estilo en los diarios.

Pero a medida que pasaban los años, el pozo comenzó a verse incómodamente atestado de gente. Los precios de gusanos y larvas, de huevos de mosquitos y caracoles comenzaron a subir en forma alarmante, lo mismo todas las demás necesidades de la vida. En los barrios aristocráticos, cerca de los nenúfares, los arriendos eran prohibitivos. En los barrios industriales, en el fondo del pozo, había una sobrepoblación terrible. En cuanto a los arrabales, en las raíces del sauce, eran horribles, más allá de toda descripción. Algunos sapos pensadores se desesperaban al ver que era en los barrios más bajos en los que se registraba mayor número de nacimientos. Entre las clases más holgadas, entre los profesionales, se notaba una notoria disminución de la fecundidad. Las prácticas preservativas comenzaban a estar en boga en esos círculos. Damas sapas que antes acostumbraban a poner seis o siete mil huevos fecundados, se limitaban a poner actualmente el mismo número de cientos de huevos.

Los habitantes de los arrabales, en cambio, seguían multiplicándose en forma alarmante. Hasta el espectador más desinteresado no podía dejar de sorprenderse por el número alarmante de renacuajos deformes, raquíuticos, cretinos y medio lesos que nadaban por todas partes. Era evidente que si las cosas seguían su curso, después de pocos años la degeneración habría aniquilado a toda la Batracia. Esta disminución de la calidad iría acompañada fatalmente por un aumento de la cantidad y, según los estadistas más autorizados de Batracia, no estaba lejos la época en que las condiciones del

pozo serían insuficientes para mantener a una población tan enorme. Se envió embajadas a tratar con el rey, pero la astilla no dió señales de querer evitar el mal; había sido educada conforme al «laissez faire» de la escuela de Bentham y de John Stuart Mill. Finalmente, el clero de Batracia hizo un llamado solemne a Júpiter. «Oh, Júpiter», oraron; «Tu rey no nos sirve para nada. Es inactivo, sus convicciones políticas están pasadas de moda, es incapaz de afrontar los problemas de la vida moderna».

Júpiter estaba indignado con lo que él consideraba ingratitude y mutabilidad de los sapos. Muy bien,—respondió,—si deseais otro rey, lo tendréis. Diciendo esto envió al pozo a una cigüeña enorme que, junto con llegar al pozo, se tragó al cardenal, arzobispo y a la mitad de los sacerdotes más representativos de Batracia. El resto saltó apresuradamente de las hojas de nenúfares buscando asilo en las profundidades del pozo. El apetito del nuevo soberano era indescriptible y en poco tiempo había reducido la población del pozo a menos de la mitad.

Júpiter, cuyo «sense of humour» es crudo y que no entiende bromas más que cuando son bastante pesadas, miraba la escena con una satisfacción no disimulada. ¿Cómo encontráis a vuestro nuevo soberano?,—preguntó algunos días más tarde al más sabio de los sapos. Con sumo desagrado tuvo que oír que el más sabio de los sapos y todos sus amigos estaban encantados con su inteligente rey.

—¿Encantados?—preguntó asombrado Júpiter que se había preparado a oír una nueva queja que le daría lugar a lanzar un hermoso discurso referente a la mutabilidad de los sapos.—¿Encantados? Pero si ha devorado a la mitad de vuestro pueblo.

Ese es, precisamente, el motivo por el cual estamos tan encantados, respondieron los sapos sabios. Los más fuertes y los más inteligentes de entre nosotros, consiguen fácilmente escapar a su voracidad. Únicamente los débiles de espíritu y de cuerpo son sus víctimas. Es cierto que ha devorado la mitad de nuestro pueblo, pero la mitad que queda, es la mitad privilegiada. Eliminando a los ineptos, ha salvado a nuestra raza de la degeneración, ha resuelto todos nuestros problemas políticos y ha eliminado la peor de nuestras plagas sociales, el arrabal; nos ha salvado del hambre, ha hecho bajar los precios y ha levantado el standard de vida. En pocas palabras, su reinado ha sido una única gran obra de bienestar. No podemos alabarlo lo suficiente ni agradeceros a vos, oh Júpiter, por habernos enviado un rey tan admirable.

—Estoy pasmado,—dijo Júpiter, sintiendo que se había puesto en ridículo.

III. La corneja y el zorro

Una corneja descansaba en la rama de un árbol. Un zorro pasó por el camino que corría al pie del árbol. El zorro estaba hambriento (los zorros son hambrien-

tos crónicos). La corneja sujetaba un pedazo de queso en el pico. No era un pedazo demasiado grande ni tampoco era el queso de una clase particularmente exquisita. Pero el zorro no era exigente, ni consideraba tampoco que estuviera por debajo de su dignidad el recoger las migas más insignificantes que habían caído; ese era el secreto de su éxito.

—Estimada señora,—dijo, mirando a la corneja en lo alto,—al primer golpe de vista he visto que tiene Ud. un alma altamente sensible y artística, obligada a vivir entre gente incomprensiva y en un ambiente, con el cual Ud. no congenia. Comprendo que le es imposible desarrollar sus talentos naturales.

La corneja miró con sumo agrado e inclinó la cabeza a fin de oír mejor.

—Permítame,—continuó el zorro,—que me presente. Me llamo zorro y la misión de mi vida es ayudar a mis compañeros. Las ramas del saber, a las cuales he dedicado preferentemente mis energías son el desarrollo de la Personalidad, la realización de felicidades naturales y la obtención de éxito. Todo lo cual estoy dispuesto a enseñar por una remuneración puramente nominal, personalmente o en cursos por correspondencia en que se devuelve el dinero si el sistema no ha sido eficiente. El caso suyo, señora, es uno de esos en que tengo completa seguridad de ser de gran utilidad. El alma no comprendida es una de mis especialidades. Permítame que le ayude a encontrar la expresión de su verdadero ser, y junto con ello, éxito, felicidad y fortuna.

—Con mucho gusto,—replicó la corneja casi imperceptible, porque no podía abrir el pico a fin de poder sujetar el pedazo de queso. Como todas las de su sexo, le encantaba que le hablasen de su alma; le halagaba que le dijeran que era incomprendida y que tenía una personalidad susceptible de ser incomprendida.

—Bien, entonces dígame cuáles son sus talentos especiales, y cuales sus ambiciones precisas. ¿Desea Ud. expresar su personalidad por medio de la pantalla o sueña Ud. con obtener fama y riqueza como escritora de Cuentos Cortos y de Propaganda?

La corneja movió la cabeza.

—Tal vez desea Ud. seguir el ejemplo confortante de Miguel Angel y de Dana Gibson,—prosiguió el zorro.—Si es así, le garantizo hacerla una de los Grandes de la Antigüedad en menos de seis semanas. Todo el que sabe escribir, también sabe dibujar; todo el que sabe manchar con salsa el mantel, también sabe pintar. Mi curso por correspondencia de buen gusto y de Bellas Artes es una garantía completa y científica...

La corneja volvió a sacudir la cabeza.

El zorro no se dejó desanimar.

—Si ambiciona Ud. una gran eficiencia comercial,—prosiguió,—o si es su sueño dorado llegar a ser dentista o matrona titulada...

—No, no,—dijo la corneja, hablando con mucho cuidado y casi imperceptible a través del queso,—mis aficiones son musicales.

—¿Musicales?,—dijo el zorro.—Se me podía haber

ocurrido. Música, la más divina de las artes. Mi sistema halitóxico de enseñanza del piano hace superflua toda la aburrida tarea de practicar.

—Pero yo soy cantante,—dijo la corneja.

—Tanto mejor,—replicó el zorro.—Siga mi curso de impostación de voz «Ganando durante el Estudio». He visto a la mayoría de mis discípulos tomando parte importante en óperas y operetas durante sus estudios.

—No diga,—dijo la corneja, demostrando un gran interés.

—Por cierto,—dijo el zorro con la expresión convincente del que cree ciegamente en lo que dice.—Pero antes de aceptarla en mi curso, tengo que oírla cantar algo. ¿No querría Ud. darme una prueba de su canto?

La corneja que ya se veía en el papel de Carmen y Margarita, de Isolda, Melisande y Mimi, echó atrás la cabeza y dejó escapar su Do de pecho. El queso también se escapó de su pico y fué recogido diestramente a su caída por el zorro, que lo tragó inmediatamente, después de lo cual tomó las de villadiego, relamiéndose. Mientras tanto, la corneja seguía cantando en éxtasis, olvidando todo a su alrededor, menos la música. Sus graznidos llegaron a oídos de un cuervo, que pasaba por las cercanías en esos momentos. El cuervo se instaló en un árbol cercano y escuchó atentamente el canto de la corneja. Bravo,—gritó, una vez que ésta hubo terminado y le ofreció al momento una buena ocupación en el cabaret de negros que él dirigía. La corneja aceptó encantada el ofrecimiento y en poco llegó

a ser una de las cantantes negras de más fama en todo el país.

Lo que demuestra que la imbecilidad combinada con un poco de buena suerte, suele ganar a la astucia.

Pero en la mayoría de los casos, sólo temporalmente, porque el zorro la demandó a pagarle el diez por ciento de su salario del primer año, basándose en que al darle el queso, había aceptado seguir su curso de impostación de voz, y que, al pagar algo por adelantado del curso, había aceptado las condiciones financieras del curso. Está demás decir que ganó el pleito.

Jorge Gustavo Silva,
Profesor de Derecho del Trabajo
en la Universidad de Chile.

El trabajo impedido y el impedimento del trabajo (a)

«La gran obra de cada hombre y
« de cada conjunto de hombres, que
« quieran mejorar las condiciones so-
« ciales, es la obra educativa, la pro-
« pagación de las ideas... Hasta que
« no pensemos correctamente, no
« puede haber acción recta; y cuando
« pensemos con acierto, la acción
« recta seguirá...».

HENRY GEORGE.

1.—Es el Trabajo, a la vez que el factor activo de la producción de cosas útiles y necesarias para el consumo, el primero y el último precio, la moneda original y genuina, por así decirlo, con que se paga todo lo que se adquiere para ser consumido.

Lógicamente, entonces, la Desocupación Involuntaria, que es, con otros nombres designada, la forzada

(a) Este Ensayo es síntesis y adaptación de determinada parte de «El Mal del Mundo», obra inédita, de índole crítico-económica,

suspensión de la actividad del Trabajo, el Trabajo Impedido, el No-Trabajo; la Desocupación Involuntaria, que, de inmediato, comporta, por lo menos, una limitación de la aptitud de adquirir para consumir, tiene que manifestarse, y se manifiesta, primero, bajo la forma de una disminución en la rapidez y en el volumen de los cambios por medio de los cuales las cosas pasan a manos del adquirente-consumidor; y, en seguida, bajo la forma de una disminución de las actividades productoras de cosas destinadas a ser adquiridas y consumidas.

Por eso, es posible y razonable sostener que, todo bien considerado, más que ser la Desocupación, Involuntaria y Numerosa, consecuencia o efecto de las llamadas Depresiones o Crisis Económicas, como generalmente se cree y afirma, esas mismas Crisis o Depresiones reconocen su origen central o primario—no el único origen—en la Desocupación, Paro, Cesantía, Desempleo, «Chomage». (b)

(b) He sostenido, en otras partes de esta obra, que «los pobres siempre están en crisis», y que se habla de crisis, se vocea la crisis, se reclaman y se adoptan medidas contra la crisis, sólo cuando se sienten amagados por ella los intereses de los ricos, o que tienen influencia de tales. Aquí empleo las expresiones crisis y depresión económica, para indicar el estado de perturbación y enervamiento generales de la vida económica (o sea, en el sentido, a la vez técnico y vulgar, que ahora se les da), pero sin rectificar mi concepto de que «los pobres, el mayor número, el 90% de la población

De pronto, puede esto parecer una aberrante paradoja.

Puede parecer una aberración, por lo mismo que estamos habituados (y aun se diría que se nos tiene enseñados y habituados) a mirar al Trabajo sólo como una carga o gravamen que, de un modo casi parasitario, pesa sobre el Capital; como una carga o gravamen parasitario que, de buena gana, eliminaríamos (y, de hecho, procuramos eliminar, mediante la rebaja de los salarios, la reducción del personal, el empleo creciente de la máquina, y la creciente simplificación racionalizante de las faenas), y no como el factor primero de la

del mundo, y de cada país, se hallan siempre en crisis», como más extensamente lo hago ver en mi Ensayo titulado «Examen del Nacionalismo Económico», que han publicado «Los Anales de la Universidad de Chile», y es también parte de la misma obra.

También tengo dicho que la palabra crisis no es empleada muy propiamente, que digamos, por los economistas-políticos, como quiera que ella significa, etimológica y gramaticalmente, según nos lo enseña, en «El Averiguador Universal», el ilustre publicista Pbo. Emilio Vaisse, el momento en que un asunto—un negocio, una enfermedad, una guerra—se juzga, se decide, se resuelve, sea para bien o para mal, y no, como los economistas-políticos la hacen decir, con aplicación a la vida económica, un «estado patológico».

Es que, para los economistas-políticos (por lo menos, para gran número de ellos), las crisis son una cosa inevitable, sujeta a casi regular periodicidad, una cosa normal. Para Leroy-Beaulieu, y algunos otros, las crisis son una cosa hasta conveniente...

generación de la riqueza; ni, cosa tampoco secundaria, como un adquirente y consumidor, como un grande adquirente y consumidor, como el más grande adquirente y consumidor, en conjunto o masa, de la riqueza que, con la colaboración de los otros factores de la producción, él «crea».

Puede ello parecer una aberración, sí, a aquellos que ignoran, o quieren olvidar, que, si bien las muchedumbres «paradas» son conglomerados humanos a quienes, para no tener que pagarles salario (c), se les ha dejado de pára, esas mismas muchedumbres paradas son—y esto es significativo—conglomerados humanos que ya no tienen con que adquirir sus consumos; conglomerados humanos de consumo mínimo o negativo; gigantescas masas de temporales no-trabajadores

(c) «El salario sale del capital». según las enseñanzas habituales de la Economía Política. «El capital no se emplea nunca en el pago de salarios», rectifica y prueba Henry George, en admirables páginas de «Pobreza y Miseria» y de su «Ciencia de la Economía Política». «El hombre que trabaja para sí mismo, por su cuenta, obtiene sus salarios en las cosas que recoge o produce, a medida que las produce o recoge; y cambia este valor en otra forma, cuando vende el producto. El hombre que trabaja para otro, por salarios estipulados en dinero, trabaja sujeto a un contrato de cambio. El crea también sus salarios, a medida que efectúa su trabajo... Durante el tiempo que está ganando sus salarios está adelantando capital a su patrón; pero, a menos que se le paguen salarios antes de que realice el trabajo, en ningún momento está el patrón adelantándole salarios a él».

y no-consumidores, cuya forzada abstención de consumir tiene que influir, y efectivamente influye, en un sentido de restricción o parálisis, sobre el proceso de la producción económica.

¿Fueron cayendo en no deseada desocupación algunos miles, un millón, varios millones, 25 millones de trabajadores?

Pues, el haber quedado sin trabajo esos 25 millones de hombres aptos para el trabajo y deseosos de estar trabajando—y ha habido, simultáneamente, mucho mayor número de «parados» en el mundo—significó, desde luego, el no-pago en salarios; la no-inversión en cosas de consumo; la no-lubrificante-circulación, por los canales económicos del mundo, de 525 mil millones de francos; astronómica suma de dinero con la que se habría podido alimentar a 72 millones de seres humanos; vestir a un mil de millones de seres humanos; construir 8.750,000 casas de habitación para seres humanos; instalar servicios sanitarios y de agua potable para 70 millones de familias humanas.

Eso significó, también, a causa de la cesación de las actividades y subactividades productoras de servicios higiénicos, de casas-habitaciones, de cosas de vestir y de comer (productoras de toda lo que la subsistencia animal y espiritual del hombre ha menester); eso significó, digo, de un lado, la limitación o total pérdida de las utilidades y rentas con que dueños de ingentes capitales y de dilatadas tierras habían soñado, en riente

perspectiva; y, de otro lado, la sumersión, en inercia ociosa y dañosa, en la miseria, en la desesperación, de nuevas y nuevas masas de trabajadores.

Lo cual mueve a reflexión provechosa.

Como invita a provechosa reflexión el hecho, ya no infrecuente, de que la implantación y adopción generalizadas, en una región o en un país determinado, de la maquinaria agrícola, origine allí, ineludiblemente (aparte de la inmediata desocupación de trabajadores racionales) una vasta desocupación, un vasto y definitivo desplazamiento, de irracionales trabajadores, y, como consecuencia de ello, o sea, a causa de la falta de consumidores irracionales (que ya han dejado de existir o no tienen ya para qué nacer) la crisis de la industria de los forrajes.

¿Qué sería del afanado mundo de los agricultores, industriales, comerciantes,—preguntémonos, «humanizando» súbitamente el ejemplo,—si, por cualquiera que fuera la causa, desapareciera, de pronto, la mitad de la población humana trabajadora; brazo y vientre, a la vez, del mundo: vale decir, a la vez productores y consumidores de todo cuanto los agricultores, industriales y comerciantes lanzan al mercado?

Invita, asimismo, a reflexión, ya penosa, el espectáculo, que a menudo el viajero domina desde la ventanilla del vagón en marcha, durante los períodos de crisis, a saber: el desfile, a la desbandada, de astrosos y famélicos seres humanos,—niños, mujeres y hombres de toda edad,—que, golpeando a las puertas y a los co-

razones, ambulan por los caminos, en demanda de la magra pitanza que la caridad les depare, mientras, por los campos adentro, millones de bestias, de gruesa carnadura y piel lustrosa, sestean al sol.

¡Sobre la Tierra, que es, por ley Providencial o natural, la morada y el común depósito de las provisiones a todos los seres vivos destinadas, los unos (aunque política y constitucionalmente libres, en su calidad de seres humanos) económicamente esclavos; los otros, (aunque, en calidad de irracionales semovientes, sujetos a la férula y a la cuchilla del amo) económicamente satisfechos!

2.—La Historia viene en nuestra ayuda para recordarnos y demostrarnos cuánta ruina y cuánto dolor trajeron a España—la España de Isabel y Fernando, de los Carlos y los Felipes—la expulsión de los judíos y la de los moriscos; de quizá cien mil judíos, primero; y de un millón de moriscos, un siglo más tarde: la expulsión, pues, de dos millones de laboriosas y hábiles manos y de un millón de bocas consumidoras.

Política inspirada y dictada por el fanatismo religioso y por el prejuicio mercantilista (el resultado, dadas iguales circunstancias, habría sido el mismo, si el impulso hubiera venido del fanatismo nacionalista o de otro error o pasión cualquiera) ella causó a España—es decir, a los españoles—graves y positivos males, y todo linaje de infortunios y vejámenes a los que, ni españoles ni católicos, fueron objeto de ella.

¡Qué de iniquidades y despojos! ¡Qué de horrores y lágrimas, de miseria y de dolor!

Muy poco después de su expulsión, los judíos que han logrado salvar con vida, y caer y arraigar en tierra no hostil, hacen allí maravillas de industriosidad, de labor paciente y ardua. Bayaceto, Emperador de Turquía, que les observa atento, y se complace en aprovecharse de ellos, no sale de su sorpresa; y, recordando al rey Fernando el Católico, a quien había admirado por su sabiduría para gobernar, pregunta a sus Ministros, algo desconcertado:

—«¿Puede llamarse buen rey a un monarca que empobrece su tierra y enriquece la nuestra?».

Más, mucho más, ocurre cuando la expulsión de los moriscos.

Al bullicio de las poblaciones, refiere un historiador, sucede el melancólico silencio de los despoblados; al continuo cruzar de los labradores y trajineros, por los caminos, el peligroso encuentro con los salteadores, que los recorren, y se albergan en las ruinas de los pueblos desiertos. El hambre se deja sentir en España. Vergüenza fué que un país tan favorecido por la Naturaleza hubieran de importarse once millones de fanegas de trigo, en dieciocho años, y que se diera una pragmática que declaró libre del derecho de alcabala al pan que, por mar, se trajera a Sevilla... (d).

(d) Esto habría sido llamado «crisis», en el lenguaje económico y en el lenguaje vulgar de nuestros días; una crisis, pues, determinada por la expulsión de «trabajadores-consumidores», en considerable número.

Entretanto, las tierras de los expulsados, debían, según reales disposiciones, ser distribuídas entre los «señores territoriales» y los pobladores con quienes vanamente se intentó reemplazar la mano de obra de aquéllos: tarea larga, que había de originar mucho papeleo administrativo y judicial. Faltaron el brazo y la inteligencia para el trabajo, y ello causó antes daño que beneficio: si hubo algunos señores que ganaron con «la herencia» de los expulsos, muchos más fueron los que perdieron, hasta el punto de haber tenido el Gobierno que señalar pensiones alimenticias.

3.—Lo mismísimo que un general de ejército nada puede contra el enemigo, sin la efectiva colaboración de sus soldados, que son los más—batallones de «trabajadores», en la faena abominable, anti-económica, anti-cristiana y anti-humana, de la guerra; lo mismísimo que, para hacer su negocio, el empresario de un teatro ha menester del concurso—mientras más numeroso, mejor—de los espectadores, «consumidores» de su espectáculo, lo mismísimo necesita el Capital, comprometido en empresas de toda índole, terrestres y terrícolas, marítimas y aéreas, de la doble cooperación de la muchedumbre humana, trabajadora al par que consumidora.

Y hasta el sol, con ser sol

Diez años se estuvo Zaratustra, sabido es, en la soledad de la montaña, sin sentir las acometidas, que bien pocas veces dejan de llegar, del aburrimiento. Pero en un bueno o mal día amanece displicente; y semblantea al sol; y le habla de este modo: «¡Grande Astro! ¿Qué

sería de tu felicidad si te faltaran aquellos a quienes iluminas?

(¿Qué sería de vosotros, ¡oh, empresarios de todo linaje y giro! si os faltasen aquellos con quienes y para quienes trabajais?).

Ese es el quid de la Nira.

Mas, como Mr. Roosevelt no ha osado remover la gran causa—aquella que, impidiendo al trabajo ejercerse libremente en la Tierra, deja paralizada (deja, pues, privado de la aptitud de adquirir para consumir) al Trabajo; como Mr. Roosevelt no ha puesto mano eficaz sobre el propietario territorial parasitario, por dispendiosas que sean—y van siéndolo en alto grado—sólo habrán de surtir efectos transitorios, y acaso, en algún grado, contraproducentes, las medidas que componen el Plan de Restauración Nacional de los Estados Unidos de América. (e)

Aunque Leroy-Beaulieu lo discuta, y la soberbia y la codicia mamonistas se empeñen en negarlo, es cierto, por un doble orden de razones—no obstante el maquinismo y la racionalización, ahora personales enemigos del trabajador humano—lo que Adam Smith escribiera: a la larga, y dentro de la estructura económica

(e) En los momentos de entrar en prensa estos pliegos, la prensa diaria viene publicando informaciones cablegráficas, según las cuales, muy serias y graves críticas se están haciendo a Mr. Roosevelt, a causa de lo que los críticos llaman ya el fracaso del Plan de la Nira.

vigente, el patrón no puede pasarse sin el trabajador mucho más de lo que el trabajador puede pasarse sin el patrón

El Patrón pone la Tierra, propia o arrendada, y el Capital; pone su Trabajo el trabajador.

Paga el Capital el salario (que no es todo lo que, en justicia verdadera, debe el Capital al Trabajo); invierte el trabajador su salario en la inmediata, si no anticipada, adquisición, para el consumo, de cosas que, porque les hace cuenta—no por sentimentalismo caritativo o filantrópico—el Capital y la Tierra le ofrecen y venden.

Intercambio, recíprocamente útil, de servicios, en el que el Trabajo, que tanto hace, no recibe, sino excepcionalmente, en proporción a lo que hace. Ostensible solidaridad a la que le falta ser más equitativa: fijar el nivel y trazar la línea de esa equidad, es tarea propia de la Economía Política, que la Economía Política viene retardando demasiado.

4.—La función social útil del trabajador no consiste sólo, ya lo sabemos, en producir: repitamos que también consiste en consumir; en destruir riqueza, para acicatear el impulso de producción de nueva riqueza.

Presumirán de aristócratas; presumirán de refinados; presumirán de . . . de lo que quieran presumirán, el gran fabricante de locomotoras, de automóviles, de calzado, de fideos, de corbatas, de lápices, de cigarrillos, de pajuelas fosfóricas, de biscochos, de lo que sea; el gran-

de editor de diarios, revistas, libros; el agricultor en grande escala—dueño de la tierra o no—; el gran vendedor, es decir, el vendedor al por mayor (que, en cuanto al vendedor directo y al por menor, no le es dable—insondable misterio—presumir de nada), de los más finos y de los más bastos productos (f); el ufano gerente y accionista del Gran Banco, de la Gran Compañía de Seguros, de Navegación, de Ferrocarriles; mirarán ellos en menos, pero muy en menos, al anónimo individuo de la anónima masa de trabajadores... Mas, entretanto ¿para quienes están ellos afanándose? De quienes, si no de los consumidores,—y los trabajadores constituyen la gran muchedumbre compradora y consumidora de la riqueza que, en conjunción tripartita, el Trabajo, los Dones Gratuitos de la Naturaleza, y el Capital, generan—; ¿de quienes depende si no de los consumidores, el éxito más o menos próspero que todos ellos alcancen en la gestión de sus planteles industriales,

(f) ¿Por qué es más «socialmente», en general, el dueño de Casa al por Mayor que el dueño de Casa Minorista? ¿Por qué, sin embargo, para los dueños-accionistas de casas comerciales que, legalmente, lo son al por menor, como la de Gath y Chaves, no rige la regla? ¿Por qué tampoco se rebajan los hacendados que, en las calles más populares, abren «puestos» o bodegas, para la venta al menudeo, directamente al consumidor, de sus leñas, vinos, quesos, mantequillas, etc?

«Nuestra nobleza es una nobleza de mostrador», escribió Alberto Edwards. Sobre ese «mostrador» hacían la venta al menudeo los fundadores de la futura nobleza chilena, según él.

de sus ediciones, de sus plantaciones y cosechas, de sus préstamos y descuentos, de sus travesías y transportes? A quiénes si no a los consumidores está destinada la llamativa y sugestionante nota de sus anuncios, que hasta los ápices del mundo, llevan, en horas, minutos y segundos, las aladas hojas de los diarios y la cuasi inmaterialidad movediza de la onda aérea (instrumentos de la difusión cultural e ideológica, cuanto queráis; pero también eficaces y bien remunerados órganos de la información interesada y a buena cuenta); las mil formas extravagantes o artísticas, coloridas, luminosas, sonoras, estridentes, y hasta detonantes, que las otras manifestaciones de las actividades del arte del anuncio comercial asumen, y que ellos aprovechan; y las costosas, clamorosas y pomposas *Exposiciones* que, un día aquí, otro día allá, están siempre pregonando, ora en tierra firme (donde se erigen torres máximas y Palacios que quedan), ora desde naves peregrinas (que, al tope la bandera nacional, gallardean por remotos mares), están pregonando la buena calidad, auténtica o mentida, de los productos que ellos elaboran, transportan, y ofrecen en venta?

Sí.

Esa es la verdad.

Se catea, se cava y se ara la tierra; se siembra; se recoge la cosecha; se echa el anzuelo o la red; se extrae y se elabora toda suerte de productos; se les embala, se les transporta, se les anuncia, se les exhibe;

se realizan, en suma, toda suerte de esfuerzos, con la mirada y el pensamiento puestos en el consumidor.

La demanda, según ella sea permanente o temporal, había observado el economista Say, determina la forma, extensión y duración del mercado: el almacén estable o la feria nómada. Lo que modernamente ha interpretado Pierre Vialles, diciendo que la demanda, o sea, el consumo, regla todas las condiciones del mercado, incluso su normalidad y su anormalidad... que es la crisis.

¿Por qué estrafalario destino, sin embargo, dando ejemplo de la lógica más invertida que en larga escala haya jamás exhibido la Humanidad—como advierte el Profesor norteamericano Pratts Fairchild,—durante siglos hemos vivido considerándonos en nuestra calidad de productores y no en la de consumidores?

Si el trabajador es, en efecto, un adquirente y consumidor de todo, un interés general (no un mero deber moral, de caridad o altruísmo, cumplido, como quien dice, desde arriba para abajo), ha de movernos a hacer que puedan trabajar los desocupados; que puedan los desocupados hallar trabajo normal, que ponga en normal actividad al proceso de la producción (y el del consumo, sin el cual todo el proceso de la producción carece de sentido y de objeto); un trabajo que reencienda la chispa del motor vital, es decir, del organismo económico; un trabajo que, para decirlo todo de una vez, dinamice al mundo, enervado en ruinosa depresión.

Porque «muchedumbres paradas» quiere decir—además de «prójimos hambrientos y desarrapados»—trenes que circulan a media carga y sujetos a descompasados itinerarios; naves ociosas en los puertos, o malográndose en descaecidos cruceros oceánicos; silenciosos y lúgubres talleres y usinas, donde, en estéril inacción, se oxida la máquina inhumana, a cuya sola presencia el trabajador humano hubo de tomar el camino de la calle, que es, para él, en casos tales, el mismo camino de la miseria; extensiones más o menos grandes de tierra con dueño pero sin cultivo, sin laboreo sin edificación; casas para las que no es posible hallar arrendatario, o cuyo precio de arrendamiento ya no puede el impecune inquilino pagar; capitales sin los usuales rendimientos; quiebras y más quiebras comerciales; contralores que se atraviesan (no a título gratuito, por supuesto) en el necesario proceso de los cambios internacionales, obstaculizando y prorrogando la restauración de la normalidad de vitales relaciones imperiosas; el suicidio, como desesperado final de existencias humanas, que acaso habían sido limpias, activas, generosas, optimistas: en todas partes, para toda clase de gentes, restricción, encogimiento, dolor, crisis general, crisis universalizada.

¡Qué diferente el panorama del mundo, cuando en él se restablece el imperio del Trabajo!

4.—Tan naturalmente como vuela el pájaro en el aire, en la Tierra opera, desde la inicial manifestación de la vida, el Trabajo.

Sin el espacio abierto a la actividad de sus alas, no puede volar el ave.

Privado del acceso a la Tierra, que de todo provee y sirve de asiento a todo y a todos, está impedido el Trabajo.

¿Dónde, si no en la Tierra; con qué, si no es con primeras materias de la Tierra extraídas, ejerce, ya directa, ya indirectamente, su creadora actividad el Trabajo?

El impedimento del Trabajo está, pues, en el monopolio de la Tierra.

En la apropiación, por unos pocos; en la propiedad absoluta, ilimitada, irrestricta, parasitaria, de la Tierra, está el impedimento del Trabajo.

La etimología de la palabra *privado*, cuya raíz se encuentra, también, en la palabra *privilegio* (*ley particular, ley de unos pocos*) nos enseña que en ambas se trata de haber *privado* de algo a alguien. En ambos casos, la raíz latina es *privus*, de donde nacieron *privatus* y *privilegium*.

«*Privare aliquem oculis*», «sacarle a alguien los ojos»; «*Privari aliquem somno*», «no dejar dormir a alguien»: en estas frases de Cicerón se deja ver bien el significado original y auténtico de la palabra *privado*, que tan lisa y desaprensivamente aplicamos ahora a la apropiación y a la propiedad de la tierra.

De no ser la apropiación privada de la Tierra el impedimento del Trabajo, ¿cómo puede explicarse—preguntaríamos, ampliando una interrogación formulada

hace cincuenta años por Henry George, con aplicación a los Estados Unidos de América, y que es válida para todos los países y para todos los tiempos—¿cómo puede explicarse que tierras como las nuestras, tan abundantes de recursos, estén llenas de hombres sin trabajo? ¿No es a causa de la facultad que las leyes dan a algunos hombres, para que puedan impedir a otros el libre acceso a la tierra en qué trabajar, y para que puedan, cuando no lo impiden, ejercer sobre otros hombres una parasitaria expoliación?

Tierra monopolizada, o de difícil y oneroso acceso al trabajador, equivale a Trabajo Impedido o cuasi impedido; gente sin trabajo o con muy limitadas y precarias posibilidades de él, equivale a imposibilidad, o casi imposibilidad de adquirir para consumir; consumo anulado o limitado fuera de razón, equivale a paralización o extrema restricción de las actividades productoras: he ahí el círculo vicioso y nefando de la Desocupación Involuntaria y Numerosa, que en el Parasitario Monopolio de la Tierra se origina, y de las Crisis Económicas, que se originan en la Desocupación Numerosa e Involuntaria.

Que la privación, impuesta al animal-hombre, del acceso a la Tierra, es una de las causas (y la liberación de la Tierra el principal remedio), de la Desocupación Forzada, se deja ver en algunos razonamientos del Profesor Pratts Fairchild.

Hay males sociales para cuya curación, lejos de valer y servir, son contraproducentes los remedios que po-

drían convenir a un individuo: la Desocupación, uno de ellos.

Es como si nos pusiéramos en el caso de un concierto sinfónico, que atrajera mil personas a una sala dotada sólo de ochocientas butacas.

Naturalmente, el remedio para Ud. y para mí, en nuestra calidad de espectadores, estaría en llegar muy temprano al concierto.

Pero eso no solucionará el hecho social: doscientas personas tendrían que permanecer de pie.

Y mientras mayor fuera el número de personas que adoptaran la conducta individual que he propuesto, más grande sería la confusión, y mayor el tiempo perdido en ociosa espera.

La única solución consiste,—concluye el profesor Pratts Fairchild,—en arrendar un teatro más grande, o en contratar los servicios de una peor orquesta.....

En la realidad de la vida económica—observaremos nosotros—no se puede contratar una peor orquesta, porque se trata, no de satisfacciones artísticas, o de placeres superfluos, sino de vitales necesidades imperativas.

Hay, pues, que «contratar un teatro más grande».

Que ensanchar el taller del Trabajo.

Que restituir al animal-hombre el acceso a la Tierra. (g)

(g) No se crea que por «restituir al animal-hombre el acceso a la tierra» entendemos nosotros algo como eso que llaman

Henry George habia concebido un símil análogo al del profesor norteamericano.

En un capítulo de «El Problema del Trabajo», que tituló «La Puerta Cerrada», dice George que la condición de las masas es actualmente la de hombres acumu-

ahora «la subdivisión por repartición gratuita, o por venta a plazo, de la tierra, y que tanto entusiasma a los Gobiernos y a los partidos.

Eso de la subdivisión se viene ensayando, sin éxito alguno, desde los más remotos tiempos: Esparta, Judea, Roma... Y en cien tratados se dan las razones para no insistir en «el sofisma de la pequeña propiedad».

De hecho (y por razones económicas fundamentales)—nos advierte el profesor universitario argentino Villalobos Domínguez, en su libro «Bases y métodos para la apropiación social de la tierra», (Buenos Aires, 1932)—un arrendatario no puede sacar, como producto de su explotación, más que lo indispensable para los gastos de producción, para vivir, y para el arriendo. Si a este último se le carga una suma para amortización, el agricultor está en déficit y en bancarrota. Los agricultores que entran en el plan (de colonización y subdivisión) quedan en desventaja para competir con los que están como arrendatarios, en el mismo país o en otros países. Arrastrarán sus compromisos durante uno, dos o tres años; pero tendrán que sucumbir. El plan es prácticamente irrealizable, sobre la base de venderles tierras, por más plazos y facilidades que se les quieran otorgar. Es casi un imposible financiero, aunque se piense en ello «para formar, en defensa de la Bastilla de la gran propiedad territorial, una cintura de pequeños propietarios, una trinchera».

Contra lo que generalmente se afirma, Villalobos Domínguez informa que, en los países balcánicos, donde, a fuerza de tramposa parcialidad oficial, se ha hecho una violenta subdivi-

lados en una habitación, cuya entrada es franca, a la que van llegando constantemente más y más personas, pero cuyas puertas de salida están cerradas.

Si se impide el alivio de la general presión (o sea, el abrir las puertas, cuyas cerraduras y cerrojos son la

sión de la tierra, y donde se supone que ha sido resuelto el problema agrario, la situación agraria es tanto más apremiante, o peor, que en cualquier otro país.

En Bulgaria, donde se repartieron tierras de los latifundistas, de conventos y del Estado, vendiéndolas por parcelas de extensión limitada; donde las expropiaciones se hicieron a un precio muy inferior al valor real de las tierras, a pretexto de ser engañosas las evaluaciones del registro de contribuciones; y donde el Gobierno para facilitar el pago, entregó a los compradores, bonos con interés de sólo 2%, cuando la tasa corriente era del 15%... «las consecuencias de esos amañes y violencias no se hicieron esperar: a los cuatro años se levantó una reacción que asesinó a los jefes agrarios; pasó a cuchillo a 25.000 campesinos, obreros e intelectuales (que no serían, supongo, excesivamente inteligentes) y destruyó toda la reforma. La crisis general es ahora agudísima en Bulgaria; y las finanzas públicas están en desastrosa situación».

El destino necesario a la pequeña propiedad es que no puede subsistir como tal... A la vuelta de dos o tres generaciones, los agricultores norteamericanos o franceses, ya son, en su mayoría, solamente propietarios nominales de sus tierras, pues los verdaderos propietarios son los acreedores hipotecarios. Unas cuantas instituciones hipotecarias y otros tantos grandes hipotecantes, son dueños de la mayor parte del suelo de esos países de «pseudo-pequeños propietarios». Francia, (país prototípico de la llamada pequeña propiedad) es un país de los latifundios partidos

propiedad privada de la Tierra), ninguno de los seres humanos podrá mitigar la presión que sufre, sino derribando a otro, o a otros, y el más débil tendrá que ser estrellado o estrujado contra el muro.

Esto ocurre, tiene que ocurrir, aun entre «compañeros» de asociaciones obreras o sindicatos: al realizar esfuerzos por encontrar ocupación, cada socio tendrá necesariamente, que desplazar a otros.

5.—De *Gea*, es decir, de la *Tierra*, en amorosa conjunción con *Caos*, es decir, con el *Espacio*, nace la *Vida*; nacieron y siguen naciendo todos los seres: tal es el sentido profundo, tal la lumínica enseñanza del Mito Helénico.

Gea, la *Tierra*, es, a un tiempo mismo, el seno maternal de los seres y su tumba siempre abierta; el principio y el fin; en incesante proceso de renovación, la fuente original de todo, y el depósito en que todo acaba.

Hay más: los *Titanes*, que moran en sus entrañas, y, rugientes, en ocasiones la estremecen; *Ponto*,

en muchos dispersos pedacitos. La política de la subdivisión de la propiedad es un círculo vicioso.

En fin, hay sobra de razones para opinar en contra de la mentada subdivisión, gratuita o no, sin que por eso, claro está, se haya de opinar a favor del actual modo de ser de la propiedad territorial. Lo advertimos, sin poder entrar a mayores desarrollos (que podrán verse en el libro a que este Ensayo pertenece), a causa de la necesaria limitación del espacio.

la extensión palpitante y casi infinita del océano; y *Urano*, el mundo poblado de mundos, que es el firmamento, hijos son de la *Tierra*, de *Gea*.

Para el honor filosófico del genio griego, *Gea* es, pues, en la máxima amplitud de la expresión, la *Madre-Tierra*; la *Tierra*, *Madre de todo y de todos*.

Y para la *Mitología Romana* ¿qué representa la *Tierra*, sino el estupendo y poliforme machihembraje del potente impulso de la fecundación viril, con la femenina potencia de la concepción?

«*Cereris sunt omnia munus*»: de la *Tierra* provienen todos los dones.

La *Tierra* es, pues, (bajemos de la zona azul de la *Mitología* a la realidad económica), la fuente original y única de todas las materias con que opera el *Trabajo*, y, a la vez, el taller del *Trabajo*.

Sin ella, no habría ni barro, ni paja, ni madera, ni cal, ni piedra, ni hierro, ni mármol, con que levantar la vivienda: rancho o palacio.

Ni pan que llevar a la boca.

Sin las primeras materias de que la *Tierra* y sólo la *Tierra* provee, ¿cómo podría la industria fabril elaborar sus productos: el artefacto necesario, lo mismo que el objeto de lujo; la conserva alimenticia, lo mismo que la cuna en que gozosos recibimos a nuestros hijos; lo mismo la tela, fina o burda, con que cubrimos nuestros cuerpos, en vida, que la urna cineraria en la cual ellos han de yacer después de muertos.

Sin esas primeras materias, elaboradas o no; sin eso que la Tierra suministra para el consumo directo o inmediato, o, a fin de dejarlo apto para ulterior consumo; sin eso que es la universalidad de la riqueza económica ¿qué función habrían de desempeñar Casas de Comercio, los Planteles Industriales, los Bancos de Crédito, cuyos edificios altos y lujosos como palacios, son, a la vez, el adorno y la ufanía de las grandes urbes? ¿Qué función habrían de desempeñar la locomotora que infatigable atraviesa, ahora, las montañas, para ella horadadas, y devora desérticas distancias? ¿Y la nave a vapor, capaz, ahora, de dar la vuelta al mundo en semanas, poderoso y andante instrumento del intercambio de los productos de las más diversas y opuestas zonas del planeta? ¿Y los dirigibles y los aviones, que han concluído por hallar en la inmaterialidad del aire, vías de comunicación no menos seguras, y sí más cortas y más rápidas, que las de tierra firme y que las vías oceánicas?

De la Tierra, que económicamente abarca no sólo la superficie o la profundidad terráquea o térrea, sino además el mar, los lagos, los ríos, el aire, el calórico, en suma, todas las fuerzas y oportunidades naturales; de la Tierra, que es, al decir de Joaquín Costa, el manantial de toda riqueza y la oficina de todo trabajo, y, al decir de Augusto Comte, el surtidor de que emana todo lo que el hombre necesita; de la Tierra, así concebida, que es el modo normal, racional, y científico, de concebirla, surgen todas las materias que sirven de inme-

diato, o mediante manipulaciones y transportes ulteriores, a la satisfacción de las necesidades y de las pasiones, buenas o malas de los hombres: el ave y el pez, lo mismo que el grano de trigo y la «pellita» de oro; la gema preciosa, la sal marina, y la olorosa fruta del huerto; la piedra y la madera de construcción; la hulla blanca y la hulla negra; la energía eléctrica, que ilumina, que transporta, que mueve gigantescos mecanismos, que da vida a los enfermos, que mata, obediente a la voz imperativa del magistrado judicial; la impulsión del viento que infla, bajo la comba del cielo, los blancos velámenes; la presión del agua, hecha vapor en las calderas y agilidad en las ruedas de la locomotora; el petróleo, ese oro negro, prepotente y ubícuo dinamizador del mundo moderno; la maravilla temible de los «rayos cósmicos», portentoso reciente descubrimiento, cuya «fuerza» es capaz de perforar una montaña con la misma facilidad con que se sopla el polvo desde la superficie de una mesa, y de destruir, desde el seno de un avión, ejércitos enteros, fortalezas, ciudades, países, mundos; la sedaña caricia del traje nupcial; las provisiones más variadas que la farmacopea recoge, combina y utiliza; la inasible sombra del árbol, que es reposo, frescor, belleza y ensueño o pensamiento; el perfume quinta-esenciado con que la flor «*gaudium arborum*», aroma la sutilidad de la atmósfera

6.—Sobre la Tierra, y con materias primeras de la Tierra extraídas, opera el trabajo, y no puede el Tra-

bajo operar sino sobre la Tierra y con primeras materias extraídas de ella.

Consiste el Trabajo en la aplicación de las fuerzas y la inteligencia del hombre a las materias por la Tierra suministradas; y no puede el Trabajo sino consistir en esa aplicación, a las materias primeras suministradas por la Tierra, del esfuerzo y la inteligencia de los hombres, para hacerlas útiles o aumentar su utilidad (f).

La Desocupación, que no es sino el Trabajo Impedido, la forzada abstención de trabajar, la forzada no-aplicación del esfuerzo humano a las materias suministradas por la Tierra; la forzada no-adaptación de éstas a la necesidad del hombre, significa, por tanto, el des-

(f) Ha correspondido al siglo XX, siglo de supercivilización y de supermiseria, «inventar» una forma de trabajo que consiste en todo lo contrario; es decir, en el empleo de las fuerzas y la inteligencia de los hombres a la materia, para inutilizarla y hacerla inservible a la satisfacción de las necesidades humanas.....

En el Brasil, a fin de «mantener los precios», y en nombre de la «industria nacional», el Consejo Nacional del Café, ha estado haciendo rociar de petróleo, quemar, y echar al mar, ingentes cantidades de este producto alimenticio.

Y, en otros países, cosas por el estilo.

Aberración económica y «nacionalista» que habría de ser reprimida y sancionada internacionalmente, como el delito de piratería, si los Gobiernos no estuvieran influídos, casi sin excepción, por los «productores nacionales», a los que les importa un ardite el interés de los consumidores nacionales, que son los más.

aprovechamiento, el malogro, de materias primeras, ofrecidas por la Tierra, y que podrían ser adaptadas a la satisfacción de las necesidades vitales del consumo.

Y, además, el malogro, o no-consumo, de ingentes riquezas elaboradas con anterioridad por el Trabajo, a base de la materia suministrada por la Tierra.

Tierra; Trabajo; Desocupación; Consumo: en la expedita conjugación de estos conceptos o factores; en su racional y lógico interfuncionamiento, ha de hallar la Ciencia Económica—cuando sea verdadera Ciencia—la solución del enigma.

En eso, no en otra cosa, hallarán los Gobiernos la directiva de su única acción eficaz, verdaderamente eficaz, contra las depresiones económicas: la que suministre, a las muchedumbres consumidoras, el trabajo normal, no de emergencia, (y, con ello, alimentación, vestuario, habitación, adquiridos, es decir, «comprados», con el sudor de su frente); la que suministre así, por la vía normal, suficiente y permanente mercado consumidor a los productos de las industrias todas, al mantener en actividad laboriosa y útil (no parasitaria y mendicante), y en cabal y normal potencia de comprar, a las muchedumbres proletarias y la que, poniendo normalmente fin a la desocupación involuntaria,—que comporta la merma y cuasi extinción de la actividad consumidora, y, con ello, el languidecimiento y la paralización de las faenas productoras,—habrá, asimismo, puesto fin a la depresión económica universal, resultado y causa, a la vez, de las depresiones nacionales y locales.

En último término—quizá, en primer término—«hombres desocupados contra su voluntad», «consumidores reducidos, contra su voluntad, a un mínimo de su potencia de consumir», quiere decir, «tierras ociosas», —tierras agrícolas, mineras, y de edificación, apropiadas pero ociosas—, y primeras materias inaprovechadas para ulteriores procesos industriales, o en el inmediato consumo.

Que intervenga el Trabajo,—el Trabajo normal, necesario para hacer cosas necesarias y útiles, no el trabajo de emergencia—; que se eliminen los impedimentos suscitados a la aplicación del esfuerzo y del ingenio humanos sobre las materias de la Tierra o Naturaleza, y el Mundo Económico—hombres y materia—habrá recuperado su impulsión vital; habrá entrado en provechoso, y casi se diría gozoso, movimiento, la cadena sin fin... A menos que el egoísmo mamonista y absolutista de los propietarios de la Tierra, o de los dueños del Capital, dé en la novedad aberrante y anticristiana (h) de destruir eso mismo que el fecundo con-

(h) «Novedad anticristiana». Digo esto, porque Santo Tomás de Aquino enseña que el hombre no debe considerar los frutos de sus bienes terrenos como propiedad suya, sino como bien común a todos. Que, por consiguiente, el hombre debe estar pronto a que de ellos participen los demás, según sus necesidades. Que el apóstol San Pablo (Primera Epístola a Timoteo: «Manda a los ricos de este siglo que no sean altivos, ni esperen en la incertidumbre de las riquezas sino en el Dios vivo (que nos da abundantemente todas las cosas para nuestro

sorcio de la Tierra y el Trabajo, ayudados del Capital, había producido para el disfrute de los humanos.

Ahora bien: el Trabajo—animador y accionador del proceso económico, que es casi como decir de la vida universal—sólo puede desempeñar su rol vitalizador ejerciéndose sobre la Tierra, y con materias de la Tierra extraídas.

O, como ha dicho Henry George, puesto que el Trabajo tiene su taller y su depósito en la Tierra, el problema del Trabajo («y el de la Desocupación Involuntaria, o Trabajo Impedido», precisa agregar), no es más que el Problema de la Tierra con otro nombre.

Mientras algunos hombres sean considerados como dueños de la Tierra y los demás hombres sólo puedan vivir sobre ella por la tolerancia de aquéllos, la sabiduría humana no será capaz de vislumbrar modo alguno por el cual, los males de la condición presente puedan ser remediados.

uso); que hagan bien; que se hagan ricos en buenas obras; que den y repartan francamente». Que Dios creó la Naturaleza para alimentar a todos los hombres, y eso hay que lograrlo.

En esos conceptos «está bien patente la doctrina misma de la Iglesia Católica», comenta monseñor Ketteler, en sermón del año 1848, que resume el biógrafo de éste, M. Georges Goyau, en su libro «Ketteler», publicado por (Saturnino Calleja Fernández, editor. Traducción de Enrique Ruiz. Madrid).

«Ni siquiera la sabiduría divina» — agrega, con desgarramientos de su alma grande, Henry George, que fué un hombre bueno, un hombre religioso, un creyente, un cristiano, un místico, y no escribió esas palabras para decir mal de Dios.

Ni aun el Todopoderoso podría hacer nada para impedir la miseria y la inanición, mientras persista el régimen actual de propiedad de la Tierra.

¿Qué podría hacer El?

Aunque El infundiera nuevo vigor a la luz solar, nueva virtud al aire, nueva fertilidad al suelo, ¿no recaerían todos esos beneficios en los propietarios de la Tierra, acarreando, no ya provechos, sino más bien daños, a los simples trabajadores?

Aunque El abriera, ante el espíritu humano, las posibilidades de nuevas substancias, nuevas transformaciones, nuevos poderes ¿podrían éstos hacer más, para aliviar la miseria humana, de los que han hecho el vapor, la electricidad, y todos los innumerables inventos y descubrimientos contemporáneos?

O si hiciera brotar, desde los abismos subterráneos, alimentos, vestidos, todas las cosas que satisfacen los deseos naturales del hombre ¿a quién pertenecerían esas cosas, bajo nuestras leyes?

Lejos de beneficiar al hombre en general, ese aumento y extensión de las bondades del Creador, ¿no serían un azote, al permitir, a las clases privilegiadas, disfrutar más orgiásticamente sus riquezas, y sumir, a las cla-

ses desheredadas, en la inanición y en el pauperismo más desconsoladores? (i)

George avanza más. Es más categórico aún. Más agudamente lógico.

El lector creerá—dice—como yo creo, que hay, más allá de nosotros, un mundo...

Pues bien: ¿cuál sería, en el propio Cielo, el resultado, si los primeros llegados allí hubieran instituído la propiedad privada de la superficie del Cielo, repartiéndosela en dominio absoluto, como lo hemos hecho con la superficie de la tierra?

7.—Pongamos otra vez el recuerdo en la alborada mitológica del mundo.

(i) Sin ánimo alguno irrespetuoso para ninguna creencia, ni para ningún creyente, habría que decir que, mientras sea el mismo actual el modo de concebir y de ejercer el derecho de propiedad sobre la tierra, y el actual sea también el modo de hacer la distribución de los provechos resultantes del trabajo, las rogativas para que caigan lluvias oportunas y proporcionadas, o para que granen abundantemente las espigas de trigo, o para que «carguen» lo más posible los racimos (panojas) en las parras, no favorecerán por igual a los trabajadores y a los propietarios. Ni mucho menos.

Otra cosa debió suceder, naturalmente, en la época en que regía la costumbre, o el sistema, de trabajo llamado patriarcal (porque trabajaba en común toda la familia, dirigida por el padre) y en que la tierra no había sido objeto de apropiación privada.

Sorprendamos al ser humano en sus prístinos contactos con la Naturaleza; en sus primeras interpretaciones de la Naturaleza.

De la entraña divina de la Tierra, de Gea, hizo el Mito Griego nacer a Anteo, el gigantesco y fuerte señor de Libia, quien, ufano de su fortaleza y de su más que prócer estatura, había dado en la vanidosa arbitrariedad de compeler, a los viajeros que, para desgracia de ellos, acertaban a entrar en sus dominios, a luchar con él, seguro de vencerlos: con sus cráneos se había propuesto erigir un templo a Neptuno, su divino progenitor.

Hércules, hijo de Júpiter, ha realizado ya las diez primeras de sus Doce Temerarias Hazañas.

Vencido está el León de Nemea, con cuya lustrosa piel ha forjado el héroe el escudo que porta y el traje que ciñe.

De un solo golpe de arma, ha cortado las cincuenta cabezas de la Hidra de Lerne, insaciable devastadora de los ganados, y, al par, terror de las poblaciones.

Ha dado muerte al Jabalí de Erimanto, y a la Cierva de los Cuernos y Pies de Bronce.

Y exterminado, en el Lago Estínfalo, los pájaros de alas, cabeza, pico y uñas de acero, que lanzaban dardos de fuego sobre sus perseguidores, y cuyo número y dimensiones eran tales, que, cuando volaban en bandadas, obscurecían la luz del sol.

Y domado al Toro de Creta.

Y robado los corceles de Diómedes, cuadrúpedos

que echaban llamaradas por las fauces voraces, y a los que su dueño alimentaba con carne humana, y, en especial, con los despojos, aun sangrientos y palpitantes, de los extranjeros que tenían la mala ventura de caer bajo su férula.

Y perseguido y sojuzgado a las Amazonas, terribles mujeres de guerra, que ejercían torvo y desatentado pillaje en las orillas del Ponto Euxino.

Y, desviando el curso del río Alfeo, limpiado los Establos de Augías (Rey de Elida e Hijo del Sol), donde se hospedaban treinta mil bueyes; establos que desde hacía treinta años no habían sido sometidos a limpieza.

Y vencido y muerto a Gerión, el más fuerte de todos los hombres, al decir de Hesíodo; gigante de tres cuerpos, cuyos rebaños guardaban un perro tricéfalo y un heptacéfalo dragón.

Encamina ahora Hércules, el hijo de Júpiter, sus pasos hacia el Hiperbóreo, donde habrá de robar a las Hespérides, hijas de Atlas, las Manzanas de Oro de su jardín maravilloso.

Ya va hollando las quemantes arenas del País de Libia, cuando, súbito, se le aparece Anteo, el hijo de Gea, y le de tiene y provoca.

Habrá de luchar con él: lucha de héroes o semidioses.

Logra el Hijo de Júpiter derribar al Hijo de Gea, una, y otra, y otra vez.

Pero, al tomar su cuerpo contacto con la Divina

Madre Tierra, recupera Anteo, cada vez, las fuerzas, y se yergue contra Hércules, cada vez más potente.

Hasta que, penetrando en el secreto de esa incessante renovación de energías, alza Hércules a Anteo en sus formidables brazos; lo mantiene, por durable espacio de tiempo, suspenso en el aire; lo estrecha y oprime contra su cuerpo; y así lo ahoga.

Ha faltado a Anteo, con el contacto, el aliento vital de la Madre-Tierra, de Gea.

Las gentes del mundo superpoblado de nuestros días, harían bien en no olvidar el sugestivo Mito de Anteo, hijo de Gea, y desentrañar su significación profunda.

El Mito de Anteo, que ha venido a alcanzar el máximo de su significación, precisamente en nuestros días, en que rige, ineludible, la ley de la interdependencia económica universal; en nuestros días en que se puede decir que está vencida, en lo que tenía de orgánica resistencia al desarrollo de las comunicaciones, la Naturaleza; en que se puede decir que, para tales efectos, han ya desaparecido las distancias y el tiempo.

El Mito de Anteo ha de ser con razón evocado hoy día: porque hoy se vive (y para siempre se vivirá), en universal unidad, una vida económica planetaria; porque hoy se halla establecida—etapa ya definitiva de la evolución de todo—una verdadera mundialización del mundo.

Si, en efecto, hace un siglo el mundo daba la sensación de un inmenso polípero en el cual miles y miles de

empresas yuxtapuestas vivían una vida casi independiente, aferradas a la roca común, según el adecuado símil doble de Francis Delaisi, hoy, por el contrario, el universo ha tomado el aspecto de un gran vertebrado, con sus miembros complementarios—órganos de la nutrición, asimilación y distribución—y sus sistemas vaso-motor y nervioso, centralizados que obedecen a un cerebro único, y cuyos miembros, que se desarrollan conjuntamente, mueren cuando son separados.

Es lo que el Doctor Jaworsky ha llamado, con un nombre que merece conservarse, el Geón: de ge, tierra; y on, ser.

Decididamente, en efecto, las nuevas condiciones de la vida humana tienden—queramos que queramos—a la supresión de las fronteras económicas.

Es toda la tierra,—no un solo país o unos cuantos países de lo que la aviación y las ondas hertzianas han tomado posesión; es toda la tierra—no un país o unos cuantos países—quien tiene necesidad de tal o cual substancia vegetal que sólo determinadas y privilegiadas comarcas producen; de tal o cual mineral que sólo se encuentra en el territorio de uno o dos países; de tales o cuales gigantescas fuentes de energía, que han sido repartidas desigualmente por la naturaleza.

Por haber perdido el contacto con la Tierra, con la Madre-Tierra—es decir, por haberla sometido a reglas jurídicas y económicas irracionales, antinaturales y anticristianas,—está pereciendo la Humanidad, en mí-

nima parte propietaria, sobreproductora y ahita, y, en su porción más numerosa y considerable, depauperada y famélica, (j).

Sólo para cuando renueve y rectifique su trato para cuando haga normal e inteligente su trato con la Madre-Tierra, podrá la Humanidad soñar con una vida más equitativamente abundante, más parejamente culta, y más extensa e intensamente satisfactoria y feliz. ¡Tan feliz como pueda ser la vida de la Humanidad, una vez que el Trabajo deje de estar impedido por la estrangulante y asfixiante tiranía de la Tierra Monopolizada, máximo impedimento del Trabajo!

Sólo para entonces, dócil el ánimo del enfermo al desinteresado y científico dictamen, será lícito esperar que éntre en definitiva curación el mal del mundo.

(j) Aquí he evocado sólo un simbolismo mitológico: el simbolismo griego. Se puede afirmar que, en esto de atribuir tan alta importancia a la tierra, están acordes todas las Mitologías.

P. Sebastián Englert

El finado Don José Dolores Carrasco

(El padre Sebastián Englert, intérprete del Sur de Chile)



LETEANTES las haldas del hábito de misionero, varonil el paso, viva la azul mirada sajona a través del vidrio de los lentes, un puñado de oro las robustas barbas, pasa el padre Sebastián por las desniveladas aceras del poblacho cordillerano de Pucón.

Va, de seguro, a aliviar la desgracia de algún colono, caído en la brega, como la del José Dolores Carrasco de su cuento o a llevar el bálsamo de la fe o de la palabra amiga a una de estas casitas, cuadradas como cajones, patinadas de humedad y de musgo que se han ido enfilando a la orilla de las huellas arenosas que, vanidosamente, pretenden de calles.

Agricultores sórdidos, indios primitivos, ávidas gentes de mostrador, aventureros sin Dios ni Ley y en estos últimos tiempos desocupados veraneantes, han cercado con una marea de abigarradas ambiciones la pequeña Iglesia Románica, evocadora de la católica Baviera que, como un arca de salvación, levanta su torre roja y su severo porche en medio de las chatas habitaciones del poblacho.

Junto a la Iglesia, una modesta casita de tinglados tablo- nes. En la casita, una estancia desnuda como una celda y en la estancia una mesa, encrespada de papeles y revistas, de barro indígenas y viejos libros.

Allí se detiene todas las tardes la infatigable actividad del misionero. Una tregua relativa, es claro. Como el del Cid, su descanso es batallar.

Con una letra menuda, donde en los caracteres latinos se adivinan aún los perfiles góticos, se van acumulando observaciones sobre los araucanos, sobre sus costumbres y sobre su pintoresca lengua, sobre los colonos y pobladores del villorio, cuyas almas el buen capuchino ha penetrado a fondo.

Y por sobre ellos, como una liberación, sus lecturas clásicas. Allí relee a Goethe. La griega serenidad del gran germano templará sus desfallecimientos de luchador. En el equilibrio inteligente de la razón y la materia, del espíritu y del cuerpo encontrará el camino verdadero de la sabiduría y de la paz consigo mismo.

Por eso, junto a las infantiles realizaciones de la alfarería mapuche y a los primitivos productos de sus telares, no desentonarán el Fausto y la Ifigenia, signos de la más alta cultura occidental.

El indio estará presente a cada instante, en la ceja oscura de las selvas lejanas, en el niveo penacho de los volcanes, en los rasgos de sus actuales descendientes chilenos y en las reacciones de la vida cotidiana de la aldea.

Aprenderá a amarlo y a defenderlo de sí mismo y de sus explotadores, al crearle, pacientemente, una responsabilidad.

El gesto franco, el sano consejo, la actitud amistosa serán más eficaces que la sentencia del juez o el mandato del carabiniere. Y ante la pequeña nave de autóctonas maderas chilenas se harán polvo sus rencores y sus mezquindades. La campana, regalada por uno de ellos, tendrá en su volteo habitual un fresco rumor de hojas en la siesta.

El perfil de las hoscas serranías y la sonrisa azul de las aguas le han dado al padre Sebastián su lección de sencillez; de profundidad en la sencillez. Azorin, el claro Azorin, la norma técnica de su convencimiento.

Como versículos bíblicos se tornarán cristalinidad emotiva sus inquietudes de europeo, nutrido en clásicas disciplinas. El escritor castellano, alimentado secretamente por el alemán, nos dará el prodigio de las palabras simples, de las palabras justas, al contarnos las caídas y victorias de sus humildes personajes lugareños.

Los breves relatos sureños del padre Englert tienen, por eso, la cordialidad amable de una conversación; pero su limpia familiaridad nos revela al hombre a través de la gracia del arte realizado.

Numerosos cuentos, entre los cuales figura el que publicamos a continuación y una novela; Jacinto Neculpán, la vida de un joven mapuche educado en las escuelas de las Misiones, forman la obra literaria del padre Sebastián Englert, el de las barbas de oro y el de la buena mirada, reflejo de un corazón sano y abnegado.—Mariano Latorre.



Una casa fría, desmantelada, sin forro abrigador, sin piso de tablas, en el campo. Noche del invierno del sur.

Afuera, lluvia recia y ráfagas huracanadas que hacen crujir lastimeramente las viejas tablas. Adentro, las luces amarillas de cuatro velas, pegadas con su esperma en la orilla de rudos tablones, puestos sobre dos caballetes, a modo de catre.

Dos velas a cada lado y en el medio, un bulto largo, cubierto con un paño de negra percala, donde se pronuncia el relieve de una nariz

Es el cadáver del dueño de casa, Don José Dolo-

res Carrasco, uno de los más viejos colonos de esta región cordillerana.

A la cabecera del muerto están hincadas dos mujeres. Son vecinas, esposas y hermanas de otros colonos que han acompañado a la viuda en la triste etapa del velatorio. Con voces altas y destempladas rezongan interminables rezos funerarios.

De pie, caída la cabeza sobre el pecho y resollando fuertemente como un romadizo, está un hijo del difunto. Cada cierto tiempo se suena con ruidoso aparato. A lo largo de la pared, medio iluminada por las brillantes llamas de las velas, sobre un rudo banco de tabla, suspiran en son de duelo algunos vecinos, en las pausas que hacen las rezadoras. En otra división de la casa, que se comunica con estas habitaciones por un hueco sin puerta, se oyen llantos ahogados de mujeres. Son sus hijas mayores y la viuda de Don José Dolores.

Los niños se han encerrado en la cocina, una casita cercana a la otra, donde una vecina, amiga de la viuda, prepara en una olla grande, colgada con alambres sobre el fogón, la cazuela de media noche para la gente que ha venido al velorio.

Ya están terminando las mujeres sus primeros ofrecimientos. La puerta se abre, de pronto, y entra un grupo de hombres emponchados que saludan a la viuda y murmuran su pésame con voz apagada. En sus mantas peludas traen el olor de la noche y de la lluvia.

Algunos se han sentado en el mismo banco donde

están las mujeres. Otros se quedan de pie, apoyados en las tablas del muro.

Alguien dice:

—¡Por Dios que hace frío!

Luego, una mujer ha traído un bracero con carbones encendidos que chirrian y lanzan chispas. Lo ha puesto en medio de la habitación, entre los hombres y el catre mortuorio.

De pronto, tras un prolongado silencio, un viejo de enmarañadas barbas, condensa sentenciosamente el sentir de todos:

—¡Válgame Dios! ¡Qué haya muerto don José Dolores!

Es la señal. Todos comienzan a hablar en una actitud de profundo sentimiento. Comentan todos los accidentes que rodearon al finado, antes y después del inevitable suceso.

Uno dice:

—Antiayer cuando lo vide, estaba más descansado.

Otro replica:

—Pa l' oración taba boquiando.

Y una vieja, doña Nieves, cerró filosóficamente los comentarios, agregando:

—Tenía que morir no más, porque no le queaba na e vida.

Entre los amigos y deudos lamentan la desgracia. Antes del primer rosario, quisiera invitar al lector unos minutos al velorio del finado Don José Dolores Carrasco.

Alguien ha traído un nuevo bracero llameante. Un tibio calor endulza la lobreguez de este cuarto inhospitalario de la montaña. Quiero contarles algo de la vida de Don José Dolores Carrasco.

* * *

La vida del colono del Sur es ruda y sacrificada. Don José Dolores ha sido colono. Gruesas, negruzcas son sus manos. Con ellas ha trabajado mucho, mucho. Ahora sus manos descansan. Las rezadoras se las han juntado una sobre otra, para que no se suelten más. En el hueco de las palmas le han puesto un crucifijo. Antes, estas manazas empuñaron el hacha, el arado, las riendas del caballo. Con el trabajo se han puesto callosas, deformes. Don José Dolores ha pasado su juventud trabajando. Es uno de los primeros colonos llegados a la selva virgen. Vírgenes eran en aquellos años los valles y cordilleras. Pura mancha de robles y raulíes, como nos contaba con deleitación el colono vencedor. Sólo un estrecho camino, la huella, atravesaba la interminable bóveda de follajes.

Hacía treinta años, repatriado de la Argentina, volvió al solar nativo, arriando un piño de animales: su fortuna. En una carreta venía la familia. Desde el Chubut, en plena Patagonia; dos largos meses de viaje. Al llegar, ocupó un pedazo de selva. Al principio, se construyó una estrecha casita de tablas. Es la que ahora sirve de cocina. Después la agrandaron un poco para

colgar choclos, ajos y cebollas. Muchos ajos y cebollas son necesarios para una familia numerosa.

De estos campos, en los veranos secos, nacieron las humaredas cenicientas de los roces. Nubes de humo impregnaban la atmósfera y hacían irrespirable el aire con su pesado olor a maderas quemadas.

El campo requería muchos roces. A veces, no se quemaban suficientemente, pues el fuego es caprichoso y regodeón. Se abalanza, con estallantes chisporroteos, sobre la indefensa verdura de la quila, la arrasa y la destruye como si celebrara un gran triunfo, pero se detiene, vencido, ante los enormes troncos de pellines y coigües. Los lame con sus mil lengüecillas rojas, golosamente. Destruye toda la pompa de su follaje, pero se muere en ellos. Y los deja en pie, carbonizados, con sus trágicos gestos dolorosos.

Incansable, sonó el sordo golpe del hacha y el grito de los colonos que aguijoneaban a los bueyes con sus picanas, en la ruda labor de la destroncadura. En los inviernos, los árboles podridos se desplomaban sobre el descampado. Y entonces, era preciso amontonarlos en rumas, muchas rumas, para quemarlas de nuevo.

Don José Dolores vigilaba infatigable este trabajo. El mismo empuñó el arado con sus gruesas manos, él mismo arrojó la semilla y manejó la guadaña para cortar el trigo y el pasto. Por su frente morena, por sus mejillas tostadas, rodaba en gruesas gotas el sudor, ese acre sudor que huele a trabajo rudo en los días de cosecha y de labor.

Estas manos eran también fuertes para dar de palos a los mozos lerdos. La lucha con la selva secular requería esfuerzos. Defendía su dominio, tres veces centenario, sobre este suelo y Don José Dolores había resuelto vencerla; y por fin se lo arrebató.

Entre cosecha y siembra, entre siembra y cosecha, hacía viajes al pueblo a vender animales en la feria. Iba a la ciudad, a la Oficina de Tierras y Colonización, a pedir la entrega del campo ocupado. Muchos viajes en pleno rigor del Invierno. Al fin, un día, llegó el agrimensor a mensurar las hectáreas, revisar las fajas y avaluar las mejoras hechas por el colono.

Cada año, Don José Dolores hacía un cerco nuevo y quemaba más troncos. De las sesenta hectáreas de su hijuela, veinte están limpias. De la antigua selva dominadora, sólo quedan en pie algunos esqueletos de coigües. Las raíces obstinadas, las últimas, cerca de las casas, han salido, llenas de tierra húmeda, en la Primavera pasada. Sobre el ocre oscuro del humus, verdes la siembra del trigo. El último triunfo del colono esforzado.

Su ruda misión en la tierra, misión bendita que efectuaron sus manos gruesas, manos incansables, manos de trabajador.

* * *

El trabajo requiere alimento. El finado Don José Dolores ha comido mucho en su vida. La sabia natu-

raleza lo había dotado de quijadas anchas y fuertes. Quijadas de comedor. El azar le destinó dos señoras que hacían muy bien de comer. Hábiles en la preparación de cazuelas y de guisos criollos. Había que verlo engullirse los grandes platos de cazuela y roer las enjundiosas costillas, acompañadas de sopaipillas y tragos de chicha y chacolí en las fiestas de La Cruz de Mayo, San Juan y Novena de San Roque.

Una suerte, una gran suerte que el finado gozara de tan buen apetito. Ha trabajado mucho, pero también ha comido mucho. Lo necesitaba su cuerpo macizo, de abultados músculos.

Hace cinco meses comenzó a sentirse mal. No del apetito, que comía como de costumbre, sino del ánimo. Fué al pueblo y consultó al boticario, que tiene fama de médico entre los campesinos. Este le dió algunas medicinas y le ordenó un régimen estricto. Dieta, abstinencia de pan, carne y vino.

Pero Don José Dolores estaba acostumbrado a los reveses de la fortuna y no tomó a lo trágico la indicación agorera del boticario.

Ese mismo día pasó al pueblo a saludarme. Eramos muy amigos. Como yo nada sabía de su enfermedad, pero sabía de su apetito, lo invité a almorzar. Delante de él hice colocar un azafate bien provisto de fiambres, pan y vino tinto. Mientras comía el pollo, presa por presa, me iba contando la historia de su enfermedad y ya había terminado la carne, el pan y el vino, cuando

llegó al punto culminante: el régimen que se le había impuesto.

Como yo lo mirase con asombro, él me tranquilizó risueño:

—Como no he empezado todavía con el régimen, me he servido un poco.

Pero su buena o mala estrella, le impidió en vida someterse al régimen. Sus poderosas mandíbulas siguieron devorando asados y tortillas, a pesar de las advertencias del boticario. Su apetito no decayó. Sólo vino a perderlo en los últimos días.

Me contaron en el pueblo que del campo vinieron a buscar al misionero para que conferenciara con él. El padrecito es uno de los capuchinos alemanes, de rubia barba y azules ojos ingenuos. El padre le preguntó al mozo que vino a buscarlo:

—¿Cómo sigue Don José Dolores?

Y el mozo contestó:

—Mal, padrecito. Ya no come.

—Caramba, dijo el padre, con esa franqueza característica de los alemanes. Entonces sí que está grave.

Montó a caballo en seguida y al galope se dirigió a la ranca del colono.

* * *

Nuestros campesinos son buenos. Rudos y buenos, pero en el fondo de su alma hay un diablillo, un diablillo astuto, tramposo y socarrón que está siempre de guardia. Ahí, en el fondo de su alma.

El campesino es bueno, ingenuo, desprendido, pero el diablillo le habla al oído, confidencialmente, y le enseña a hacerse el leso, a echar zancadillas. Y al fin resulta que esa bondad se descolora y aparece sólo el aspecto mezquino, zocarrón.

Así son todos en estas montañas. El finado Don José Dolores, como los otros, tenía también su diablillo malévolos y astuto. Claro es que la lucha con la selva les infiltra su mezquindad, su avaricia, su torpeza. Y luego la feria, su embrujo sobre las almas, el regateo insidioso para sacar un precio mejor de cualquier manera.

El día que almorzó conmigo me contó que el boticario le había cobrado veinte pesos por remedios. Veinte pesos es una suma fantástica, sobre todo cuando se ignora si con ellos se recobrarán la salud.

Entonces, don José Dolores le propuso un negocio al boticario.

—Oiga, On Felipe, le dijo. Usté me da los remedios, todos los que me van a sanar. Si sano, le pago cien pesos. ¿Qué ice, On Felipe?

Don Felipe, el boticario, un alemán que ha adquirido a fuerza de vivir entre ellos, todas las malicias criollas, le contestó que no le convenía.

Don José sacó los veinte pesos que tenía atados en un pañuelo de hierbas y los pagó.

Pero, al fin, esta no fué sino una proposición y no tuvo malas consecuencias para el finado. Más grave fué

otro negocio, en que el alma avara de Don José Dolores reveló toda su mezquindad campesina.

Era el finado, tutor de los hijos de un amigo que falleció. Y falleció también la madre. Don José Dolores cuidó de los huérfanos y cuidó también de la hijuela que colindaba con la suya. Hizo negocio con los animales del amigo muerto e implantó mejoras en el campo. En tal forma, que consideró la hijuela como suya, y quiso quedarse con ella. Pero los hijos, grandes ya, defendieron su herencia. Don José Dolores recurrió a tinterillos que lo explotaron. Los billetes ganados en la feria pasaban a los bolsillos insaciables de los leguleyos lugareños.

Este pleitear mezquino fué poco menos que su ruina. Por esto su fortuna, holgada y sin trampas, ha mermando mucho. Ya se verá lo que resta de su esfuerzo tenaz de agricultor, cuando lleguen las cuentas de los despacheros del pueblo.

Manos gruesas, poderosas mandíbulas, alma mezquina.

Ahí tenéis el vivo retrato de Don José Dolores Carrasco, colono chileno de la montaña. Dadle, señor, el eterno descanso.

* * *

El rosario ha empezado ya. Es el primero. Son muchos. Rezarán toda la noche y mañana todo el día y otra noche entera. Dos noches y un día. El cuerpo lo pide, dicen.

Muchos son los que rezan. Casi todos los vecinos de la montaña. Este es el consuelo de la familia del finado. El velorio ha sido un gran velorio.

Pero no hay que pensar que todos los que han concurrido al velorio querían a Don José Dolores. Más bien, lo temían. Pero asisten, porque gustan de los velorios. El velorio de un hombre como Don José Dolores tiene que ser bueno. El mismo colono, pocas horas antes de morir y dándose cuenta de su estado, ordenó carnear una vaquilla, un cordero y degollar varias gallinas. Es mucho esto, pero un gran velorio así lo exige.

—Que no vengan a decir después que no ha sido bueno el velorio, comentan los deudos, esposa e hijos del finado.

El mosconeo interminable de las rezadoras continúa. Se oyen, de improviso, voces altas que imploran a la virgen.

—Ruega por alma del cuerpo presente y por todos nosotros.

Muchos sufragios ha de necesitar el alma del colono. Recemos con ellos este primer rosario y pidamos por él:

—Salvad el alma del finado José Dolores Carrasco, Santa Virgen María.

Padre Sebastián Englert.

Pucón.

Delmira Agustini

Apuntes para una conferencia dada en la Sorbona



APESAR de que el Uruguay cuenta con muchos poetas admirables, de mayor nombradía que ellos son las poetisas del Uruguay. Desde Adela Castell, nacida en 1864, a Raquel Sáenz, florecida en las últimas primaveras, en la tierra de Rodó, ha habido una serie de musas jóvenes y apasionadas que pudiera servir de diadema a la frente pensativa del continente americano. Cualquiera de estas mujeres con fuego en el corazón, pudiera ser tema de conferencias y de estudios críticos, y si yo elijo la figura de Delmira Agustini, es porque ésta une a sus aptitudes de escritor genial, características de vida y muerte sobradamente especiales para ser gustadas en pleno sabor por el paladar de París, hecho a manjares envenenados.

Si esta mujer hubiera nacido en Francia y no en Montevideo, su existencia «romancée» estaría exhibiéndose, hoy, en todas las librerías, y su silueta hubiera dado margen a comentarios sin fin. Barbey d'Aurevilly,

en el otro siglo, y Remy de Gourmont, en este, hubieran amado a Delmira Agustini, y hubieranla hecho predilecta de cierto público: del que gusta descubrir, a través de las heroínas a personas que en verdad han existido y han vivido novelas íntimas azarosas. En nuestros días, Colette hubiera podido situarla entre las figuras más picantes de uno de sus últimos libros: «*Ces plaisirs*»...

.....

Delmira nació en 1890 y murió en 1914. A pesar de su ruta de meteoro, ejerció influencia considerable en la literatura femenina de América, sin que ella sufriera influencia alguna. Era ella. Desde sus primeros versos cantó el amor sensual. «Soy una bacante, decía, y hablaba con orgullo de «la flor ardiente de su cuerpo». A la publicación de su libro inicial, «*El Libro Blanco*», siguió estupor en el ambiente uruguayo. Hondura mental, magníficas formas imaginativas, expresadas por una muchacha de poco más de quince años; muchacha que jamás hiciera estudios serios ni frecuentado aulas académicas. Vaz Ferreira, el filósofo, escribió entonces a Delmira: «Si hubiera de apreciar con criterio relativo, teniendo en cuenta su edad, calificaría su libro, sencillamente, como un milagro». Luego agrega: «Cómo ha llegado Ud., sea a saber, sea a sentir lo que ha puesto en ciertas páginas, es algo completamente inexplicable». En verdad, los versos de Delmira revelaban profundidad metafísica, y el milagro estaba en que ella carecía de cultura, de filosofía aprendida y, naturalmente, de expe-

riencia. El «caso» Delmira escapábase a la comprensión inmediata y se escapa hasta ahora, salvo que comulgamos con Alberto Zum Felde, su prolijo comentarista: ayudado éste de la psicología intuicional instituída por Henry Bergson, piensa que en la conciencia de Delmira obraron factores más profundos que los del intelecto.

¿Fué intuitiva, Delmira?... Sí, porque quienes la conocieron de cerca, afirman que «nació sabiendo». Otros, los deslenguados, dicen que alcanzó a «aprender» antes de lanzar sus libros. En todo caso, no alcanzó a saciarse. Y de esta ansia inmensa, siempre insatisfecha, nació, acaso, la fuerza de sus versos... Parece que fué, en efecto, niña precoz. Hablaba al año no cumplido y a los diez escribía versos. Nunca fué al colegio, que no le interesaba, si bien aprendía en su casa, entre palomas y junto a su madre, dos lecciones: francés y piano. Fué música excelente y estuvo dotada para el manejo de idiomas. Callada, melancólica, retraída y orgullosa, no tuvo amigas. Pasaba sus días leyendo, imbuyéndose de poetas y de novelistas decadentes. Antes de lanzar el «Libro Blanco» colaboraba en revistas como «La Alborada», que colgaban en primera página, cual campana sonora, composiciones de esta Delmira Agustini, escandalizadora de la mayoría, intérprete de las jóvenes sinceras y espoliadora de la imaginación masculina. Al primer volumen siguieron sus «Cantos de la Mañana» y, luego, «Los Cálices Vacíos». Este fué auspiciado por Rubén Darío, quien predijo en el pórtico:... «Va a asombrar a nuestro mundo de habla española». Muerta,

Delmira, sus herederos publicaron «El Rosario de Eros», una de cuyas secciones, «Los Astros en el Abismo», contiene composiciones de los primeros años de la poetisa:

«Sé mi bien o mi mal, yo viviré en tu vida.
Yo enlazo a tus espinas mi hiedra de ilusión...
Seré en ti una paloma que en una ruina anida:
Soy blanca, y dulce, y leve: llévame por la vida
prendida como un lirio sobre tu corazón!»

No logró satisfacer esta ansia. Alguien ha escrito, interpretándola acaso, «era demasiado artista para conformarse con el amor de un solo hombre». Y otros, aun más audaces, han llegado a insinuar que Safo hablábale al oído... Dejó este mundo a los 24 años, después de haber paseado su belleza, su originalidad y su bohemia por los sitios nocturnos de Montevideo. «Fiera de amor, cantaba, yo sufro hambre de corazones». En los posteriores meses de su vida, desgranó versos por los cafés de mala muerte, sin dejar nunca de inspirar pasiones locas, azuzadas con sus actitudes hieráticas y sus excéntricas de linda mujer desprejuiciada... Especie de musa de Barrio Latino.

.....
A Luisa Luisi, uruguaya como la Agustini, y que a más de poetisa es crítico nada vulgar, oí, hace años, en Buenos Aires, una conferencia sobre la obra de Enrique González Martínez, el poeta y diplomático

mexicano, ante el propio González Martínez. (Espectáculo curioso: el vate azteca asistió a la consagración de su monumento intelectual). Y dió a pensar. Luisa Luisi, cuando aproximadamente dijo: «Mientras los poetas se espiritualizan—González Martínez, Rabindranath Tagore, Maeterlinck, Amado Nervo—las poetisas experimentamos cierto íntimo placer zabulléndonos en la sensualidad y exhibiéndonos desnudas». El público pensó que se refería a la sombra de Delmira Agustini, proyectada sobre las poetisas de hoy. Y un crítico argentino, Suárez Calimano, en estudio publicado más tarde en «Nosotros», afirma, no lo da a entender, afirma que Delmira es la creadora del narcisismo en la poesía americana. Dice que la notoriedad a que la Agustini fué ascendida en poco tiempo, tuvo por causa, más que el genio de la escritora, el genio de la especie, o sea, que sus libros se agotaban, como ciertas ediciones de París, por las elucubraciones impúdicas que exhibían... Suárez Calimano la fustiga por presuntuosa, por ególatra, por su narcisismo, en suma, y recuerda la audacia con que dijo cuando publicó su primer volumen: «Si seis personas me comprenden, me sentiré feliz»... Menos mal que el crítico argentino reconoce lo excepcional de algunas frases de Delmira, y cita aquel verso admirable: «es un cuerpo mullido, un diván de delicia»...

Adviértese contradicción en lo que Suárez Calimano sostiene y en la forma de sostenerlo. Si Delmira hubiera pensado atraer al público con frases *non sanctas*, ¿hubiera aspirado a ser comprendida por seis personas

siquiera?... ¡Hubiera previsto gruesas ediciones! La verdad es que ella era perfectamente audaz y perfectamente sincera, y perfectamente indiferente a cuánto de ella o de sus versos se prejuzgara.

.....

«El Libro Blanco» de Delmira, es el libro de la adolescencia, pero el de una adolescencia precoz. El pensamiento aparece maduro, las reflexiones profundas, «las ideas cruzan por él como aves de pesado vuelo». Pero sus sueños son platónicos aun. Sólo al final de él palpita el instinto. Zum Felde, dice que en este final entreábrese la túnica severa de que aparecía revestida la poetisa y deja ver su muslo tentador. Es, apenas, un anticipo de lo que va a dar en «Cantos de la Mañana» y, principalmente, en «Los Cálices Vacíos». En ambos libros, Delmira ya no es estatua de mármol, sino de carne, y de carne estremecida por cierta fuerza dionisiaca que la empuja a darse... Pero no a darse al primero que venga a solicitarla ni al primero que pase cerca de ella en la pretendida hora psicológica — que no es otra, por lo demás, que hora fisiológica — sino que alarga los brazos, yergue el seno y ofrece la boca a un hombre ideal, si así pudiera decirse, a un super-hombre, con cuyo encuentro sueña y cuyo abrazo aguarda para perderse en él, sacrificando, en un amor loco, el orgullo de que está poseída... Hija espiritual de Goethe, de Schopenhauer o de Nietzsche, la llaman los mismos críticos que le niegan cultura aprendida alguna. Hija de nadie, habría que decir; fruto esporádico e incapaz

de generar una raza, en lo físico ni en lo espiritual, puesto que murió sin descendencia en cuanto a hijos de la carne, y atendido que la serie de poetisas americanas venidas tras ella, y que han pretendido imitarla, no han pasado, generalmente, de ser su caricatura... Se equivocó, Delmira, en el final de su poema a Eros:

Así tendida soy un surco ardiente
donde puede nutrirse la simiente
de otra Estirpe, sublimemente loca»...

Escribe, Estirpe, con mayúscula, convencida de que salida de su carne, será la suya una gran familia, marcada por el apasionamiento sexual, desnudo, claro, sin coqueterías ni tapujos... Y, naturalmente, no podía profesar tales teorías, aunque sólo fuera por escrito, sin escandalizar al mundo en que actuaba; ni podía, tampoco, atrapar con sus propios brazos un ideal realizado, ajeno a la época artificiosa que la vió crecer y que seguramente nos verá morir a nosotros mismos. Y si bien nosotros vamos estando conformes, ella no lo estuvo nunca. Fué una rebelde. Y como no buscó en la práctica la calma de su instinto o no la halló en la práctica, por ser Delmira tan profunda en lo psíquico como desprejuiciada en lo sexual, escapose, como por una válvula, en los versos que la han hecho célebre y que han sonrojado, seguramente, no tanto a las criaturas tímidas cuanto a las que en ellos se han sentido interpretadas. ¿A qué sonrojarse?... Delmira no fué grosera de expre-

sión, fué audaz, fué atrevida. No siempre alcanzó estilo soberano, es cierto, pero siempre estampó verdades. Verdades irrealizables, si se quiere, intangibles, pero compuestas de esos huéspedes inquietantes que rondan los lechos hollados por una sola persona... Y composiciones hizo, que parecen resultado de un «sonambulismo lúcido», sonambulismo del cual olvidábase una vez vuelta del sueño. Difícil imaginar como suyos esos acentos profundos y roncós, en que tantas veces se expresaba. Porque, graciosamente, pagana lo fué en raras ocasiones. «Imposible imaginarla con pámpanos sobre la frente, rodeada de faunos flautistas». Emergiendo, sí, de las sombras, en actitudes trágicas y estatuarias; ansiosa de encarnar las imágenes que en sueño concebía, y que llegaron a adquirir contornos monstruosos... Criatura dotada de psiquis rica, honda, extraña, no podía realizar sus quimeras en el plano físico, y por eso sus voces fueron amargas, y por eso su vida despeñose desde la cima a la sima, hasta resolverse ya no en tragedia sentida ni pensada, sino en real tragedia... Mujer hasta la médula, hubo, sin embargo, instantes en que sus reflexiones, sus anatemas, son más bien propias de un hombre inteligente. Sensible hasta la extenuación, alzabase, en ratos, dominadora como una fiera. Hecha de contradicciones, de altiveces y de renunciamientos, presa de una búsqueda eterna de realizaciones de antemano imposibles, apura su propia vida como un trago mucre, ofreciendo, sin embargo, a los demás, sus mieles de mujer hechicera. ¡Histérica! le han gritado algunos. Sonám-

bula, como escribe Zum Felde, porque cuando despertó de su gran sueño, cuando se persuadió de que la existencia no podría darle tanto cuanto ella reclamaba—corazón abierto y brazos extendidos—perdió el equilibrio indispensable y se derrumbó como preciosa estatua estremecida por viento huracanado. Victoria de Samotracia, de la literatura femenina americana, perdió la cabeza en el combate consigo misma, pero nos dejó el andar de diosa. . .

El afán que mortifica a los críticos por encontrar rastros de influencias en la obra artística, ha hecho que algunos hallen, en los versos de Delmira, influencias de Darío, de d'Annunzio, de Baudelaire, de Poe. ¿Afirmarlo? . . . ¿Negarlo? . . . Puede ser que los haya leído y que hasta haya dormido con volúmenes de ellos bajo la almohada. Pero sospecho que si así fuera, impulsola antes bien que el fervor intelectual, el fervor físico hacia esos hombres que sacudían su sensibilidad y a quienes, seguramente, deseaba encontrar en su camino. Pero encontrarles en carne y hueso. . . En todo caso, si en parte nutrieron ellos las raíces profundas de su inspiración, es difícil reconocer el aporte de cada cual, que el genio sabe beber en todas las fuentes, y luego secarse los labios con perfecto disimulo. . . Claro está que obedeció, Delmira, a los gustos reinantes en su época, y que pudiera ser clasificada—¡demos gusto a los críticos!—clasificada entre los decadentes. Pero no fué esclava de la medida ni del ritmo, no aprisionó sus expresiones en las cárceles del metro, y cuando comienza a someterse, a encerrarse

entre los cuatro muros de los metros socorridos; cuando tiéntase de entornar su puerta a la pasión, temerosa de que arrase con todo, escápase violentamente, como cualquiera chica sin principios, escápase, resueltamente, por la ventana. Y no huye su torre por escalas medioevales ni puentes de quita y pon, ni siquiera en sigilo, sino que se lanza a campo traviesa, a grito destemplado, reclamando de la vida cuánto le ha hecho imaginar... Ebria de sí misma, «soy una bacante», «soy una bacante», va gritando por los caminos y estampándolo luego en su obra literaria. Es tan sincera en lo vivido como en lo escrito. Sus «originalidades» escandalizaron a la burguesía uruguaya, a la cual pertenecía la Agustini, y la burguesía la miró de soslayo. Mejor para ella, pues cesó de frecuentar a gentes insulsas. Redujo su vivir cotidiano al «círculo de familia», y ganó tiempo y espacio suficientes para desplegar su espíritu.

.....

Como mujer fué bella, de belleza opulenta. Rubia leonada, de ojos verdes como el mar y azules como el cielo — ojos cambiantes, ojos de gata — ensombrecidos por el toque violáceo de las vigiliass, inconfundible con el del lápiz... Había en ella algo de misterioso y de dominante... Todos los que la amaron — con buenas intenciones, se entiende, pues era señorita destinada a matrimonio — acercábansele como dispuestos de antemano a ser sus víctimas. Y ella ni se interesaba, dicen... Vivía, generalmente, como en un mundo aparte, y ha llegado a insinuarse que muchas de sus composiciones

fueron escritas en estado de trance. Aquí hay exageración, sin duda. Todos conocemos nuestra América y podremos concebir la América de hace veinte años. La niña era viva y sabía despistar a los papás... Una señorita «bien» que se permite escribir y aun publicar cosas audaces, debe estar en trance, si no quiere herir los intereses y la situación de la familia, y es justo que, por entonces, se disimularan ciertos atrevimientos de la señorita Delmira Agustini, arrastrada por sus padres, en busca de novio, a pasearse a la calle 18 de Julio o a la plaza Cagancha de Montevideo... Pero continuar con iguales convencionalismos cuando se le juzga como figura intelectual, más aún, como primera fijura literaria del Uruguay de nuestros tiempos, sería ridículo. Más vale dejar de lado ese y otros trances, y decir francamente: Delmira Agustini sabía muy bien lo que escribía. Afirmación es ésta que conviene a ella tanto como a la literatura que de ella se enorgullece.

Su instinto de mujer-mujer, no de mujer-poetisa, la llevó un día a complementarse con un buenmozo, torpe, dicen. Con un hombre que deseaba en ella a la hembra, y que no paró mientes en los versos admirables que hacía la Agustini. Casáronse, a la moda burguesa, y se separaron de modo lírico. Al mes de casada, regresó ella al hogar. La realidad del matrimonio no encontró ambiente en Delmira y, según dicen, queriendo apasionadamente a su marido, no pudo tolerarlo... Inicióse divorcio... ¿Qué había sucedido?... ¡Misterio!... La psicología, la fisiología, ¿cuál tuvo parte en este rompi-

miento?... ¡Vaya uno a saberlo!... El hecho es que los cónyuges ensayaron la reconciliación, pero no la discutieron en conciliábulos familiares ni a través del confesor. La ensayaron cara a cara, cuerpo a cuerpo—si se me permite insinuarlo—y, de acuerdo con el espíritu lírico de ella, marido y mujer jugaron a los amantes, diéronse cita en cierta casa dudosa, como si ambos traicionaran a alguien, y llegaron hasta allí protegidos por la sombra... No tan espesa, por cierto, como la sombra que habría de cobijarles para siempre, pues, cuando transcurrieron las horas y la pareja aparentemente equívoca no abandonaba el sitio de rendez-vous, hubo que forzar la puerta. El lecho estaba enrojecido. Dos ríos de sangre joven mezclaban su caudal. Un revólver, aun caliente, explicaba el drama, es decir, la muerte de Delmira Agustini y la de su marido.

«¿Quién disparó?» interrogose todo el mundo. ¿Quién mató a quién?... ¿Suicidio doble, previo acuerdo mutuo?... Si hubo asesino, ¿quitose éste, luego, la vida, presa del remordimiento, víctima del temor?... La policía, los jueces, los familiares, la prensa de entonces, quisieron echar luces sobre el asunto, y resolvieron, por fin, que el marido, viendo alejarse para siempre a la mujer sin la cual no podía vivir, había tomado la resolución trágica. Es posible, y ello no hace sino aumentar, en alto grado, el poder de seducción de esta mujer semi-maldita. Otros, creen que ella se suicidó y que él decidió acompañarla en el viaje dantesco... Y hay quienes afirman que hubo un oportuno traslado del arma, es decir, de las

manos débiles a las manos fuertes... Quizá. Aun no estaba de moda ultimar al marido, pero ¡quién sabe!... ¿Asesina?... ¡Horror! gritarán por ahí. Yo no experimento calofrío alguno. Recordemos que ella escribía: «Sufro hambre de corazones»... ¿No tendría el raro capricho de beber sangre?... En el terreno de las suposiciones podríamos ir muy lejos, tan lejos cuánto van los biógrafos actuales para compilar vidas «romancées»... Pero no nos dejemos tentar, si bien es forzoso establecer algo inequívoco: ambos murieron, víctimas de uno solo: ¡de ella! Y digamos, también, que acaso no fué ansia de sangre el móvil de su gesto, sino la realización de un deseo expresado en la composición «Intima»:

«Ah! tú sabrás mi amor, mas vamos lejos,
a través de la noche florecida;
acá lo humano asusta, acá se oye,
se ve, se siente, sin cesar la vida.

Vamos más lejos en la noche, vamos
donde ni un eco repercute en mí.
Como una flor nocturna, allá en la sombra,
yo abriré dulcemente para ti».

Montevideo se indignó con Delmira Agustini. Las señoras de la burguesía recordaron que el hombre muerto era un buenmozo y un posible «bel ami», pues ya había franqueado la edad máxima del «gigolo», y envidiaron, en secreto, la orgía roja de Delmira. Tuvieron ver-

güenza las de su sexo, y quisieron que el nombre de la pretendida mala mujer callara para siempre: exigieron condenar el cuerpo de Delmira al cementerio de los réprobos, pues no se pudo establecer, a ciencia cierta, si era suicida u occisa. Al fin, se transó por una resolución no mucho más valiente: la de echar los restos mortales de la poetisa en un nicho común, común a «la familia de Santiago Agustini», o sea, a la de su padre. Ignoro si se ha reparado esta injusticia. Habría que imitar a Colombia, que ha sacado a José Asunción Silva, del hoyo en que lo echaron, por suicida, y le ha alzado, hace poco, un monumento. ¿Suicidas, muertos, asesinos, los poetas como Delmira y José Asunción?

Ni muertos, ni asesinos, ni suicidas: sobrevivientes, sí, sobrevivientes! ¡Eternos sobrevivientes, para placer nuestro y orgullo de nuestra tierra americana! ¿Que estuvieron poseídos, en vida, por el demonio?... Puede ser así, pero ya se las habrán arreglado ellos al franquear este mundo. Allá les habrán ajustado cuentas definitivas, que el juicio no nos está reservado a nosotros... Y entiéndaseme bien que no ando a pesca de almas, ni, siquiera, del alma de los poetas «ausentes», puesto que me refiero a sus cuerpos, y si aspiro a que Delmira cuente con un domicilio póstumo conocido, es para que el pobre grupo de hombres desalentado por penas de amor, que deambulea por el globo, tenga, en América del Sur, sitio en que detenerse en su itinerario sentimental, y pueda ir hasta la sepultura de Delmira Agustini a estrellar la frente contra una losa, y no

necesite llegar hasta París, en actitud más o menos convencional de turista yankee, junto a los restos de Alfredo de Musset, de Oscar Wilde, de Abelardo y Eloísa, de la Dama de las Camelias... Al fin y al cabo, Delmira supo de todos los amores... Los más recalci-trantes no podrán oponerse a este propósito mío, ya que trasladar cuerpos, no es trasladar almas. Y puede ser que el alma de Delmira crepita para siempre, no tanto por erótica y por desorbitada, como por selecta, pues mientras más veo, leo y oigo, más convencido quedo con no sé cuál escritor español, de que la mejor sociedad se da cita definitiva en el infierno... Creo haber expresado, así, mi deseo de que volvamos a vernos por allá algún día... Se entiende que cuánto más tarde, mejor!

París, 1934.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción, correspondiente al año 1933.

(Continuación)

MEMORIA DEL MOVIMIENTO HABIDO EN LA TESORERÍA GENERAL

Paso a informar a usted del movimiento habido en esta Tesorería General durante el año de 1933.

PRESUPUESTOS

Los presupuestos generales de la Universidad durante el año ppdo., ascendieron a la suma de \$ 4.599.000.00. Su inversión está anotada en detalle de tal manera que se puede comprobar en cualquier momento juntamente con los documentos de cada giro.

PETICIONES DE PAGO

Se tramitaron 3.302 peticiones de pago. Descontando los días feriados y vacaciones da un promedio bastante apreciable de tramitaciones diarias.

PAGO DE SUELDOS

Se revisaron y pagaron 120 planillas de sueldos por un valor de \$ 2.278,602.77.

IMPUESTO RENTA 5.^a CATEGORÍA

Durante el año se integró en arcas fiscales por el capítulo de Impuesto Ordinario a la renta de la 5.^a Categoría y Extraordinario a la renta, la suma de \$ 58,716.36.

CAJAS DE PREVISIÓN

Se depositó por el capítulo de imposiciones al personal en la Caja de la Universidad la suma de \$ 129,753.86 y en la Caja de Previsión de Empleados Particulares \$ 89,148.68, lo que da un total de \$ 218,902.54.

ENTRADAS PROVENIENTES DE LOS SORTEOS

Las entradas provenientes de las utilidades de los sorteos de la Lotería de Beneficencia Pública ascendieron a la suma de \$ 5.717,294.49, que se distribuyeron: a sostenimiento de la Universidad \$ 3.463,458.79; a Capital de Reserva \$ 422,594.19 y a las Instituciones varias \$ 1.831,241.51.

RESULTADO DEL BALANCE

El Balance en 31 de Diciembre de 1933 dió un Activo de \$ 23.108,828.37 y un Pasivo de \$ 22.048,121.24, arrojando una utilidad de \$ 1.060,707.13, que agregada al Capital de 1.^o de Enero de 1933 ascendente a \$ 8.636,008.53 forma un total de \$ 9.696,715.66, que constituye el capital actual de la Universidad.

FONDOS DE RESERVA

En 31 de Diciembre de 1933 los Fondos de Reserva acumulados ascendían a la suma de \$ 12.527,602.24.

UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

BALANCE GENERAL EN 31 DE DICIEMBRE DE 1933

A C T I V O

P A S I V O

Caja	\$ 14,097.19	Participantes Lotería	\$ 384,510.47
Banco Concepción Cta. N.º 1.	46,441.59	Préstamos.....	500,000.00
Banco Concepción Cta. N.º 2.	78,414.70	Fondos de Reserva	12,527,602.24
Banco Central de Chile.....	32,091.60		\$ 13,412,112.71
Acciones.....	17,720.00	Capital.....	8,636,008.53
Bonos en custodia	12,316,740.39	Ganancias y Pérdidas.—Uti-	
Muebles y Útiles	2,966,208.80	lidad	1,060,707.13
Farmacia Modelo.....	95,474.73		
Propiedades Raíces	6,899,737.13		
Operaciones Pendientes.....	623,565.49		
Anticipos	600.00		
Seguros de Empleados	17,736.75		
	\$ 23,108,828.37		
	\$ 23,108,828.37		\$ 23,108,828.37

GANANCIAS Y PERDIDAS

MCD 20-8

Las cuentas que han dejado pérdidas:		Las cuentas que han dejado utilidad:	
Cruz Roja Chilena.....	\$ 144,135.45	Desarrollo Enseñanza y Edificación	\$ 3,463,458.79
Subvenciones	6,300.00	Farmacia Modelo.....	2,440.84
Muebles y Utiles	5,055.91	Clínicas Escuela Dental	31,286.30
Revista «Atenea».....	63,844.10	Erogaciones.....	4,718.00
Escuela de Educación	22,482.72	Intereses	943,306.32
Escuela de Medicina.....	113,544.25	Teatro Concepción.....	2,233.70
Escuela Dental	145,040.52	Derechos de Matrícula.....	130,390.00
Escuela de Farmacia	129,318.79		
Escuela de Química	22,670.17		
Escuela de Leyes.....	9,978.15		
Instituto de Fisiología.....	29,112.60		
Extensión Universitaria	13,814.10		
Gastos de Administración...	316,980.76		
Jubilaciones.....	22,285.65		
Sueldos	2,278,602.77		
Arriendos.....	26,400.00		
Gastos de Construcciones ...	167,560.88		
Utilidad			
	\$ 3,517,126.82		
	1,060,707.13		
	\$ 4,577,833.95		\$ 4,577,833.95

MEMORIA DE LA ESCUELA DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES

ALUMNOS.

Los que se inscribieron en el libro de matrícula de la Escuela durante 1933 alcanzaron a 160. De estos alumnos, 26 fueron licenciados que asistieron solamente en el carácter de supernumerarios u oyentes, pues, de conformidad con lo dispuesto al respecto por los reglamentos universitarios vigentes, sólo los jóvenes que tengan el título de bachiller pueden incorporarse a las clases en calidad de alumnos efectivos.

La Escuela tuvo, como se ve, una población total de 134 alumnos con todos los requisitos reglamentarios. De estos alumnos, algunos se retiraron en el curso del año por enfermedad, por cambio de domicilio o por otras causas. Por esta razón, la matrícula final alcanzó a las siguientes cifras.

I año.....	41 alumnos
II año	28 »
III año.....	31 »
IV año	6 »
V año.....	12 »
Total	118 alumnos

De estos 118 alumnos, 109 fueron presentados a los exámenes de fines de año.

SEMINARIOS.

La organización de esta importante repartición de la Escuela se prosiguió durante 1933, funcionando un Seminario de Derecho Procesal a cargo de un Director y de tres ayudantes.

En la sección Jurisprudencia se estudiaron sentencias y casos prácticos y se obtuvo un total de 228 fichas.

De acuerdo con el reglamento, los alumnos fueron obligados a presentar Memorias o Monografías sobre diversos temas legales. El número de estos trabajos llegó a 23.

También funcionó durante 1933 la sección de Consultorio Jurídico, para lo cual fué necesario arrendar un local adecuado, mejor ubicado y más cómodo que el anterior, y en vista de que en el edificio que ocupa la Escuela, demasiado estrecho para las necesidades ordinarias del servicio, resultaba de todo punto imposible instalar el Consultorio.

PLANES DE ESTUDIO.

Los trabajos de profesores y de alumnos se desarrollaron durante 1933 con arreglo a tres planes de estudios diversos. En los dos primeros cursos rigió el nuevo plan de cinco años; en el tercero y el cuarto el plan de cuatro años y en el quinto, el antiguo plan de cinco años.

Esta irregular situación, que no ha dejado de producir ciertas complicaciones y dificultades en el desarrollo de los programas y en las promociones de los alumnos de un curso a otro, terminará del todo en dos años más. Actualmente ha desaparecido ya el antiguo plan de cinco años y para 1935 no habrá más el de cuatro, con lo cual los estudios se harán otra vez con entera regularidad en lo tocante a distribución de asignaturas en un plan que se desarrollará nuevamente en un quinquenio.

ALUMNOS EGRESADOS.

Durante el año escolar a que se refiere esta Memoria han terminado estudios en la Escuela 13 alumnos. De ellos, cinco egresaron del curso de cuatro años y 8, del de cinco.

PROFESORADO.

El cuerpo de profesores del establecimiento no ha experimentado variación con respecto al que prestó sus servicios durante 1932, fuera de la que se produjo con motivo de haberse creado la clase de Política Económica en el segundo año, lo cual obligó a designar un nuevo profesor que la tomara a su cargo.

MEMORIA DE LA ESCUELA DE EDUCACION

En 1933 han funcionado en esta Escuela las siguientes secciones:

CURSO PARA PROFESORES DE ESTADO EN INGLÉS.

Con los cuatro años que exige el plan de estudios y la siguiente matrícula:

1er. año	10 alumnos	1 hombre	10 mujeres
2.º »	12	»	4 »	8 »
3er. »	10	»	1 »	9 »
4.º »	10	»	1 »	9 »

CURSOS PARA PROFESORES DE ESTADO EN FRANCÉS.

Con un 3er. año:

3er. año	12 alumnos	1 hombre	11 mujeres
----------	------------	----------	------------

CURSO PARA PROFESORES DE ESTADO EN MATEMÁTICAS.

Con un 1.º y 2.º año:

1er. año	9 alumnos	0 hombre	9 mujeres
2.º »	12	3 »	9 »

CURSO PARA PROFESORES PRIMARIOS.

Con un 1.º y 2.º año:

1er. año	43 alumnos	10 hombres	33 mujeres
2.º »	39 »	5 »	34 »

En este año dieron su examen de grado, 25 alumnos del Curso Normal.

Los exámenes dieron los siguientes resultados:

	Alumnos presentados	Alumnos aprobados
1er. año de Inglés.....	9	6
2.º año de Inglés.....	11	5
3er. año de Inglés.....	10	7
4.º año de Inglés.....	10	7
3er. año de Francés.....	10	10
1er. año de Matemáticas ..	6	6
2.º año de Matemáticas	10	9
1er. año Curso Normal	43	40
2.º año Curso Normal	39	25

ESCUELA ANEXA.

Funcionó con un curso de párvulos y cinco cursos primarios. Los exámenes fueron tomados por comisiones nombradas por la Dirección Provincial de Educación Primaria y dieron los siguientes resultados:

	Alumnos presentados	Alumnos aprobados
Kindergarten	18 alumnos (13 hombres y 5 mujeres)	12 alum.
1er. año.....	29 (11)	18) 21
2.º año.....	21 (10)	11) 21
3er.año.....	18 (9)	9) 17
4.º año.....	16 (7)	9) 15
5.º año.....	9 (5)	4) 9

LICEO NOCTURNO.

A cargo del Centro de Educación bajo la Dirección de don Oscar Gacitúa. Funcionó con un 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º año de Humanidades con una matrícula de 150 alumnos de los cuales se presentaron a examen 48 alumnos, siendo promovidos 47.

En estos años han obtenido su título de Profesores de Estado, en Inglés, las señoritas: Olga Suazo Figueroa, Raquel Muñoz Muñoz, Elsa Hermansen Pereira, Raquel Vera Solano y los señores Rodolfo Zañartu Arratia y Eduardo Campos Pinto.

Obtuvo su título de Profesora de Estado en Francés la señorita Clara Bórquez Gómez.

MEMORIA DE LA ESCUELA DE FARMACIA

FUNCIONAMIENTO.

Durante el presente año el Instituto de Histología y el Laboratorio de Bacteriología, que funcionaban en nuestro mismo edificio, fueron trasladados a sus propios locales. Con estos cambios, hemos podido ampliar el Instituto de Farmacia, con un recetario modelo y un laboratorio para Farmacia Industrial, y, asimismo, se ha instalado una sala de óptica. Al Instituto de Botánica, también, se le han dado nuevas reparticiones.

Las demás secciones y los distintos laboratorios funcionan normalmente.

PLAN DE ESTUDIOS.

Las materias correspondientes a los cuatro años de estudios, se desarrollaron normalmente, aplicándose el nuevo reglamento de exámenes aprobado por la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de Santiago.

MOVIMIENTO DE ALUMNOS.

Fué el siguiente:

Cursos	Matric. Gral.	Retirados	Matric. efectiva
Año I.....	22	4	18
Año II.....	23	1	22
Año III.....	10	1	9
Año IV.....	14	1	13
Totales.....	69	7	62

De los 69 alumnos matriculados, 61 fueron mujeres y 8 hombres.

EXÁMENES.

El nuevo reglamento de exámenes reemplazó la promoción general, por exámenes separados de cada asignatura, estableciendo que, para ser promovidos al curso superior, deben haber rendido satisfactoriamente todos los exámenes del curso anterior, excepto para el tercer año, los cuales pueden ingresar al Cuarto Año con ramos atrasados, siempre que hayan obtenido los pases respectivos.

El resultado de los exámenes fué el siguiente:

AÑOS DE ESTUDIO	N.º de alumnos	Presentados a exámenes de Diciembre	Aprobados	Presentados a exámenes de Marzo	Aprobados	% Promovidos
<i>Primer Año.</i>						
Física	18	13	10	4	1	61%
Química	18	12	9	2	..	50%
Botánica	18	15	9	4	3	66%
Biología	18	14	13	2	1	77%
<i>Segundo Año.</i>						
Química Analít.	22	12	10	11	6	72%
Id. Orgánica ...	22	17	10	11	3	59%
Bacteriología ...	22	21	16	5	3	86%
<i>Tercer Año.</i>						
Farmacia Gal. .	9	9	7	2	1	88%
Farmacia Quím.	9	7	6	1	1	77%
Farmacognosia ..	9	9	8	1	1	100%
<i>Cuarto Año.</i>						
Bromatología....	13	12	12	92%
Farmacia Ind. .	13	12	6	6	6	92%
Legislación	13	13	11	2	2	100%
Química Biológ.	13	13	8	5	5	100%

ALUMNOS TITULADOS.

Durante el año de que doy cuenta, han obtenido su título los siguientes alumnos egresados de esta Escuela:

Herminia González Vega.—«Estudio químico de la peperomia *Inaequalifolia* (Congona)». Memoria aprobada por unanimidad.

Ester Pinto Zúñiga.—«Métodos de Valorización del Sulfo-guayacolato de Potasio». Memoria aprobada con distinción mínima.

Ana Palma de Bravo.—«Estudio sobre el poder antiséptico y antitóxico de los jabones». Memoria aprobada con distinción mínima.

Olga Ramos Quezada.—«Métodos de determinación de la acidez volátil en los vinos». Memoria aprobada con distinción mínima.

Celmira Rebolledo Sepúlveda.—«Contribución al estudio de la fluorescencia de las grasas a la Luz Ultravioleta». Memoria aprobada con distinción mínima.

Raquel Rivera Aguilera.—«Estudio Químico y Botánico de la *Colletia Spinosa-Crucero*, Junco Marino (Yaqui o Llaqui). Memoria aprobada por unanimidad.

Mercedes Segundo Aguilera.—«Contribución al estudio Físico-Químico de los aceites de tollo y de pescada». Memoria aprobada con distinción media.

Elsa Valdebenito Palma.—«Valorización de la Saponina en las Plantas por el Método Homolítico». Memoria aprobada con distinción mínima.

Caridad Wortsman Toperberg. «Absorción de ungüentos de salicilato de sodio por la piel y estudio de los excipientes que favorecen este fenómeno». Memoria aprobada por unanimidad.

FARMACIA MODELO.

El movimiento de esta Farmacia ha sido muy satisfactorio, tomando en cuenta la situación económica general del país.

El número de recetas despachadas ha ascendido a 12,002, ejecutando este trabajo el personal de la Farmacia y los alumnos que hacen su práctica.

Según el balance enviado a la Tesorería General y a los Impuestos Internos, la utilidad fué de \$ 4,881.68.

LABORATORIOS CENTRALES.

Estos Laboratorios, dependientes de la Escuela a mi cargo, funcionaron regularmente, y las existencias de éstos arrojaron los siguientes valores:

Dirección	\$	7,480.95
Portería, Galería, Hall y Patio		16,832.35
Secretaría y Bóveda		6,001.25
Sala de Profesores y reservados		2,587.20
Salas de clases		33,841.98
Biblioteca y sala de sesiones		12,033.47
Almacén y Varios		17,131.76
Laboratorio de Química General		26,518.05
Laboratorio de Química Analítica y Bromatg. ..		38,176.74
Laboratorio de Química Orgánica		9,655.25
Laboratorio de Química Industrial		23,698.23
Laboratorio de Química Biológica		17,847.07
Laboratorio de Física		87,976.68
Instituto de Botánica		29,767.09
Instituto de Farmacia		57,072.80
Total	\$	386,620.87

BIBLIOTECA.

Debido a las dificultades para adquirir letras al extranjero hemos tenido que vernos privados durante el año de muchas revistas.

ACTIVIDADES VARIAS.

A fines de este año, se empezaron los trabajos para la instalación de un Jardín de cultivo de plantas medicinales en la ciudad universitaria. Este jardín, dependiente del Instituto de Farmacia, nos permitirá hacer los cultivos de todas aquellas plantas nacionales y nacionalizadas que tienen un uso medicinal frecuente, pero que no se conoce aún exactamente cuáles son las condiciones necesarias para su justo cultivo ni se sabe su valor científico preciso.

* * *

Muchos de los trabajos que se hacen en los distintos Laboratorios, se han aprovechado como temas de memorias de alumnos que han optado al título de Farmacéutico, algunas de las cuales han sido aprobadas con distinción, llamando la atención, especialmente, la referente al Aceite de Tollo. Sobre este tema se sigue trabajando activamente.

Algunos Laboratorios, además, han publicado temas de su especialidad en distintas revistas nacionales y extranjeras. Asimismo, profesores de la Escuela han tomado parte activa en Congresos y reuniones científicas celebradas durante el año.

SEÑALES

Revolución

□ Otra más. Una de la que apenas nos habíamos dado cuenta, porque no revestía caracteres detonantes, (ni en estampidos de fusilería, ni en desfiles extraordinarios), porque se va realizando con una sencillez de procedimientos que no resaltan. Y sin embargo, ahora, después de leído el libro de Robert de Saint Jean, nos convencemos de su decisiva importancia. Y sobre todo, de que le viene bien la palabra: Revolución.

Robert de Saint Jean acaba de publicar, (a nuestra distancia, un *vient de paraître* supone un par de meses), su libro titulado «La verdadera revolución de Roosevelt», en las ediciones de Bernard Grasset. El autor, curioso y no queriendo dejar de la mano el contacto con aquello que ha de exponer, anda de un lado a otro, se mete en todas partes y acaba obteniendo una visión de los Estados Unidos tan llena de actualidad como de vida. El combate, ya decidido, se libra entre Roosevelt y sus partidarios, por una parte y Wall Street y sus secuaces, por otra. Es una muestra más de la indudable crisis del capitalismo, tal y como se ha entendido hasta ahora y de la necesidad de un cambio. Que este cambio se puede realizar sin detonaciones, que se puede llevar a cabo de muchas maneras, existiendo una cabeza que dirija los pensamientos y la acción de un grupo, lo demuestra este libro reciente.

Hay en él una importantísima demostración latente: que el Presidente Roosevelt combate al grupo de Wall Street. Que los

partidarios de la N. R. A. tienen como enemigos decididos a los grandes financieros. Hay que tomar en cuenta todas las enseñanzas del mundo y mientras más hacederas y fáciles sean las rutas, más importantes son las consecuencias del camino emprendido. La verdadera revolución de Roosevelt es tan intensa y profunda como cualquiera de las otras. Y el hombre, aun erigido en dictador para ciertos fines, no tiene ese carácter que tanto hace crecer la antipatía de los otros. «¡Qué lejos estamos—dice el autor, comentando una escena de mitin en el que toma parte como espectador—qué lejos del fanatismo alemán o de la excitación italiana!»

Uno de los trozos más interesantes del libro es el capítulo titulado: «Savonarola contra Morgán»... Es un Savonarola muy especial y muy relativo, este presbítero Charles E. Coughlin, uno de los más firmes propagandistas del rooseveltismo. Su oratoria, llena de fuego, arrebatada en todo lo que es susceptible de ser arrebatado un norteamericano, a los oyentes. El clérigo, que sólo por un cuello cerrado demuestra esta clerecía, termina casi todos sus alegatos con un Abajo Wall Street!, que es coreado por la multitud. Otros capítulos, dedicados al matrimonio Roosevelt, al Trust del Cerebro, a la gran campaña de la N. R. A., completan el panorama de una nación que se revuelve y se revoluciona, teniendo como única característica de publicidad revolucionaria, que la pueda asemejar a otros países en situaciones parecidas, el gran número de águilas azules que se ven por todas partes, en todos los muros y rincones, en todos los productos y vitrinas, como se ve la cruz svástica en Alemania, la hoz y el martillo en Rusia, el haz de los lictores en el dulce país de Santa Lucía Lontana. Pero aun en esta semejanza, Robert de Saint Jean hace notar que hay un carácter diferente. Algo que neutraliza a la revolución de Roosevelt de la parte teatral de que adolecen las otras. Algo, en fin, simpático.

Aguas tropicales

□ Y tan tropicales!... Pero narremos un poco el argumento. El libro se llama «Tropical Waters»; su autor es Ronald Fraser y el editor Jonathan Cape, 30, Bedford Square, London.

Dos caballeros que vienen hacia América, encuentran a una señora que también viene en la misma dirección que ellos. La señora es la esposa de un tal Pino, sudamericano, que dió el pesantazo a los pocos días de su matrimonio, dejándolo todo para venirse a Sudamérica y hacer revoluciones. O por lo menos, para tomar parte en ellas. La señora viene en busca de Pino, porque sospecha que la huída de éste obedeció a que ella no había sabido retenerle y ahora piensa prodigarle sus encantos a ver si consigue encadenarle para siempre y que abandone las ganas de meterse en líos políticos.

En todas partes, en cualquier puerto a donde arriban los dos caballeros y la señora, al preguntar ésta por Pino, la gente sufre de una conmoción nerviosa espantable. Pino debe ser un ogro. Ha hecho una porción de revoluciones y proyecta otras tantas. En Río Janeiro no está Pino. Decepción. En Buenos Aires no está Pino. Angustia. Los tres compañeros de viaje deciden pasar a Chile. A todo esto, uno de los caballeros se está enamorando de la mujer de Pino. Pasan la cordillera, (donde Pino, entrevisto, entrehablado, hace una de sus peculiares barbaridades) y llegan a Chile.

«Llegamos entonces a Caracoles y vimos la bandera chilena... Santiago estaba en una época de disturbios, con soldados, a caballo y a pie, patrullando por las calles». (Para algo se supone que Pino estaba ya en Santiago, fabricando una revolución; N. del T.).

«Entramos al Crillón. Me dieron un ancho cuarto, verde y oro, con baño y todos los detalles de la comodidad moderna. Charlamos con algunos amigos de Hog, fuimos al cementerio y subimos a lo alto del San Cristóbal, una colina junto a las afueras

de la ciudad, con una colosal estatua de la Virgen en la cumbre. Tuvimos mucha dificultad en hacer conocimientos y amistades con chilenos, porque como en cualquier parte de Sudamérica, *the british who favour the country with their presence, do not mix with the natives beyond what is necessary for business or official purposes*». (Casi le consta al que señala que Ronald Fraser conoció a muchos *nativos* y se deshizo en cumplimientos con ellos. Desde lejos, la contraria. N. del T.).

Después de estos lances, siguen los tres juntos, los dos caballeros y la dama perseguidora, la ruta que suponen llevará Pino. Y en efecto, al llegar a Lima, se encuentran con que hay revolución y Pino está tomando parte principalísima en la revuelta. Para terminar, porque todos estamos hartos de Pino, y de Fraser, uno de los dos caballeros acompañantes de la señora, mata a Pino. Y no tiene el buen gusto de matar al autor.

No hay que indignarse por estas patochadas. Tienen interés. Las aguas tropicales son sin duda, las que Fraser utiliza por las mañanas, al darse la ducha que le prepara para pergeñar otras narraciones por el estilo. Hay quien no hace sino hablar por hablar y quien se dedica a escribir por escribir. Al que señala le gustaría, para su propio regocijo, que el autor de «Tropical Waters» hiciera una novela española con los toreros diciendo misa entre dos bandidos, o una novela rusa con mujiks, isbas, kolokol y varios comedores de niños crudos llamados de segundo nombre, inevitablemente, Ivanovitch, y pertenecientes a la Cheka.

Francia pregunta

□ Coincidiendo—por azar, probablemente—con las informaciones primeras del asunto Stavisky y siguiendo hasta estos días, abrió «L'Intransigeant» una encuesta rotulada: «*Que pensez-vous de la France ...*». Y dirigió su pregunta a gente de esta calibre: Ivan Bunin, Aldous Huxley, Heinrich Mann, Thomas Mann, Rudyard Kipling, Theodore Dreiser, Salvador de Mada-

riaga, Gertrude Stein, Stephan Zweig, C. F. Ramuz, Maurice Baring... A cuantos extranjeros figuran en la fila primera de los escritores actuales.

Algunas respuestas son dignas de reproducirse, al menos en su parte principal.

Huxley dice amar a Francia, no sólo por demostrarlo viviendo en ella una gran parte del año, sino por ser un país donde se conserva el respeto a la libertad individual, cuyas ventajas, compensan de más, los defectos económicos y políticos que lleva anejos. Porque Francia permanece fuera de las histerias colectivas que dominan a otros países.

Ivan Bunin, no cree que pudiese vivir en otro país que no fuéese Francia. Por las mismas razones que expone Aldous Huxley: porque allí existe la libertad de pensar y decir, que no podría tener en otras partes. Para él, esta libertad es el ideal de un pueblo y lo que le hace apetecible para vivir en él.

Maurice Baring dice: «Si la civilización estuviese encaminada fatalmente a la derrota, el último cartucho lo quemaría Francia».

Ramuz: «Francia es uno de los pocos países donde el pensamiento no es un monopolio del Estado».

William R. Seabrock: «Francia es el único país cristiano y civilizado donde un hombre puede vivir con tranquilidad y hacer bien el trabajo para que sea capaz».

Theodore Dreiser: «Mi admiración por el pueblo francés y por su maravilloso país, es, a priori, considerable. Los orígenes de Francia, sus aspiraciones, su gusto nacional, sus hombres de Estado, sus reyes fantásticos, y sobre todo, sus escritores y artistas son dignos de la más grande admiración. En todo caso, no conozco lo suficiente vuestro arte y vuestra literatura para hablar de ello de una manera definitiva. Aprecio vuestra hermosa arquitectura, vuestros encantadores paisajes, pero, después de haberos tributado todos estos cumplidos, estoy obligado a decir que la dificultad esencial que se tiene con los franceses proviene

de la profunda ilusión que ellos se hacen de sí mismos. Por otra parte, los franceses están alimentados en esta ilusión por todos los extranjeros, incluso aquellos que no gustan de Francia. En una palabra, ésta ilusión de que París es la más atrayente de las ciudades, que París es el centro de la civilización europea; que, consecuentemente, la raza francesa es la más inteligente de todas, la más artística y la de mayor cordura; que posee una ciencia del buen humor y de la urbanidad que otras naciones no consiguen alcanzar... Entre vosotros, ni se viaja, ni se estudian los idiomas extranjeros...».

Esta opinión de Dreiser, que se prolonga con unos comentarios desfavorables a los porteros de París, tiene gran parte de razón. Pero no una excesiva importancia al lado de las anteriores. Hay que tener presente, además, que al principio de la respuesta, el autor de «Una tragedia americana» confiesa: «No tengo la costumbre de entenderme sobre aquello que no se usa en América». Preámbulo sincero e importante.

De toda esta serie de preguntas y respuestas que ha formulado el popular diario parisién, hay una deducción que campea sobre las otras que puedan hacerse: Que Francia es un país donde la libertad tiene una importancia básica. Admirable.

—¿Qué tiene Francia sobre los demás países,—me preguntaba un amigo, discutiendo, el otro día, en una comida—qué tiene para que usted le profese esa admiración?...

—Sería muy largo de exponer,—respondí—Pero me bastan pocas palabras: Tiene lo mismo que la Marsellesa tiene sobre todos los demás himnos nacionales.

Helba Huara

□ Esta danzarina ha desorientado a los espectadores europeos. A los espectadores dignos de consideración, que son los susceptibles de sufrir una desorientación interesante.

Las danzas de Helba Huara han caído de improviso, como una

novedad extraña; y en la relatividad de las primeras impresiones, unos la llaman española, otros azteca, otros peruana, otros, en fin, influída por la escuela rusa de bailes.

El caso es que la bailarina americana ha producido una sensación extraña, y por lo tanto, sugestiva y llena de curiosas posibilidades. El uso de las castañuelas ha servido para que, comparándola con la Argentina, quede a un nivel más bajo. Sin embargo de todo esto, la danza americana ha entrado en Europa, y ha entrado rodeada de un interés desorientador. Uno de los comentaristas más hábiles de los bailes de Helba Huara, admira sobre todo la facultad que tiene para bailar haciendo desaparecer los brazos, prescindiendo de sus movimientos en la danza y considerándolos como una parte superflua en el ritmo.

Desde luego, debe ser difícil producir esta sensación. En las danzas incas es donde ha producido la mayor sorpresa. Danzas que algunos han relacionado estrechamente—René Daumal, entre ellos—con las danzas indias del otro lado del mundo, las que se relejan en el golfo de Bengala.

Algunos libros

□ James M. Kain, ha vendido bien su novela «The Postman always rings twice», (El cartero siempre llama dos veces), editada por Knopf. La obra es truculenta como pocas. El asesinato está a la orden del libro y destaca la mancha roja en cada página. Son las aventuras de un individuo llamado Frank, vagabundo, ladrón, chantagista y sinvergüenza, que llega a casa de un griego, casado con una denominada Cora, que odia a su marido. Frank propone a Cora, después de haber obtenido trabajo a cuenta del griego, que entre ellos dos maten al marido. Cora acepta. Y lo matan. Y después, el fantasma del muerto persigue a la pareja de asesinos. Cora no ama, quién sabe por qué, a Frank, durante mucho tiempo. Hasta que un día le dice que sí, que está enamorada de él. Y ese día, para no desmentir la marcha general de la

novela, ese mismo día, Cora muere en un accidente de automóvil. A veces—muchísimas—los éxitos de venta están en razón inversa de la calidad del libro. Esta es una de esas veces. La novela llegó precedida de una aureola de difusión y de haber sido devorada por el alfabeto pueblo norteamericano.

□ «The unforgotten prisoner», una nueva obra de Ray Corton Hutchison, ha salido de las prensas de Farrar y Rinehart. Es una historia cuyos lances transcurren en tiempos de la gran guerra y en los siguientes, desfilando por sus capítulos más de una generación. En ambas generaciones, la guerra, o la enemistad de dos países, rompen dos idilios que estaban en su apogeo, desastrosamente. Y como la historia se repite, los dos idilios rotos tienen relación estrecha. El primero, entre un inglés y una alemana; el segundo, al cabo de años, entre un muchacho alemán, (hijo del inglés anterior y de la alemana que separaron de él por la fuerza, al comenzar el conflicto europeo), y una muchacha inglesa. Son notables las descripciones de la guerra, las escenas de combates y la vida del frente, pintadas por un hombre que, como Hutchison, tiene ahora veintisiete años y no pudo haber tomado parte en la contienda, por excesivamente joven, en aquellos días.

□ Un desconocido que se oculta bajo el seudónimo de «Criticus», ha publicado en un volumen varios estudios, bajo el rótulo común de «Le Style au microscope». (Ediciones de la Nouvelle Revue Critique, París). El libro consiste en una minuciosa visión—microscópica, ciertamente—de los estilos literarios de algunos escritores franceses contemporáneos: Arnoux, Bourget, Benoit, Boylesve, Colette, Delteil, Duhamel, Jaloux, Mac-Orlan y Machard. A pesar de estar hecha con buen sentido y de tener una calidad de observación curiosa, la obra debe ser muy del agrado de tantos ojos malignos que andan buscando tres pies al gato de la literatura. Después de pasar por el microscopio de

Criticus, los autores que mejor parados quedan son: Arnoux, Colette, Giraudoux y Duhamel. A Bourget le coge buenas piezas, gazapos que huyen buscando escapatoria; a Benoit y Delteil, también. Al fin y al cabo, es una obra divertida.

□ Pierre Benoit nos obsequia, para nuestra distracción agradable, también para cierto regocijo de aventuras lejanas, e incluso para un análisis psicológico de buena ley, su «Monsieur de la Ferté». (Albin Michel, editor). Las tres características de más arriba lucen en esta obra, y se nos antoja que por ese orden de importancia. Distracción agradable, porque la novela cautiva y mantiene un interés extraordinario. Aventuras lejanas: El Gabon, las cacerías, los misterios de la selva, las rivalidades colonizadoras... Y además, personajes delineados con la mejor de las habilidades y de un valor individual excelente: Monsieur de la Ferté, hombre sincero y caballeroso, modesto, de una timidez casi femenina que no deja de atraer a las mujeres. Es decir, a una mujer, esposa del teniente Soubeyran, de guarnición en la colonia. Este matrimonio y el teniente alemán von Wernert forman con el protagonista la primera fila de los caracteres estudiados en la obra. La sinceridad independiente de Monsieur de la Ferté, le mueve hasta comprender la semejanza de ideas que le une con el teniente alemán, su enemigo, y ayudarle a una doble evasión en la que llegan a la zona española de la Guinea, huyendo ambos de un enemigo común: la guerra entre los hermanos de raza blanca, en desmedro de su dominación sobre los pueblos que colonizaba. Esta tesis, que aparece emborriada en los lances novelescos, presta una actualidad destellante al libro, ahora cuando la querrela racial adquiere síntomas desagradables.

Señal de peligro

□ Por muy civilizado y progresivo que sea un país, siempre necesita del contacto con los demás. Por muchos medios que po

sea para desenvolverse interiormente, siempre quedará un resquicio en el que falle su cerrazón de fronteras. En estas señales, se trata de presentar de una manera resumida y expositiva, lo que sucede en el ambiente cultural de otros países lejanos, para dar una cuenta somera de todo ello y acicatar el espíritu de curiosidad por el pensamiento universal.

Pero si las trabas se complican, difícil es procurar este contacto. Los libros, ese material de primera necesidad, aunque se niegue su importancia en ciertos sectores y aunque haya una tendencia recién nacida a formar hogueras con ellos, necesitan de una circulación libre y abierta, tanto más cuanto que muchas naciones no producen lo suficiente para considerarse satisfechas de su recolección literaria o científica, porque las cosechas no lucen aún con destellos extraordinarios.

Esta señal manifiesta el peligro de esas trabas y protesta contra las detenciones de la literatura que llega de afuera, contra el precio que se hace adquirir a una obra necesaria, por los trámites de un cambio que podía tener un arreglo favorable si se quisiera, por la imposición de grillos y cadenas a la inteligencia *importada*; rompiendo curiosidades altísimas y trabando de pies y manos el avance de un derecho que la civilización coloca en primera línea: el de adquirir conocimientos nuevos y expandir la cultura.

Otras señales

□ «Contra los pintores de hoy día» se llama el ensayo de Maurice Sachs, publicado en la N. R. F. de Julio. Una catilinaria contra el arte actual. Hecha con talento, discreción, conocimiento de causa y buenos materiales... de destrucción. Maurice Sachs dice que la pintura moderna, desde Renoir, ha olvidado la calidad esencial del cuadro: la materia. Es decir, la misma pintura como tal pintura, destacándose en el cuadro, fuera del dibujo, de la figura, la sombra y el color. Algo que en Rembrandt y en el Tintoretto alcanzó su expresión máxima y que ahora parece olvida-

do. La pintura actual es demasiado cerebral para conceder los fueros necesarios a la materia, a lo físico. Un pintor sin materia no le parece un pintor, sino más bien un teórico del dibujo y la composición. El pintor está obligado a que se haga, materialmente, en su obra, carne de colores, entendiendo carne en todos los sujetos, a parte del desnudo. Picasso, Braque, Lhote, Leger forman un grupo demasiado intelectual. Después Dalí, Masson, Miró, Arp y Ernst, queriendo utilizar otros procedimientos, caen asimismo en la teoría excesiva. Maurice Sachs sostiene que es necesario volver a la materia. Su estribillo es la materia pictórica. No niega a Picasso, por ejemplo, concediéndole un talento extraordinario para la pintura, sólo superado, según el autor, por Rafael; pero afirma, hipotéticamente, claro está, que de la obra del gran malagueño permanecerá muy poco en el futuro por falta de calidades materiales. El estudio de Maurice Sachs merece ser discutido y es de esperar que alguien, (nos imaginamos que André Lhote tiene la palabra), le conteste. Pero tiene este ensayo dos buenas posibilidades: la de la discusión sobre un tema de alto interés, que siempre dará luz y la exposición de una crítica negativa, hecha con talento y dando a cada cual lo que le corresponde. No es un discurso vacío sobre el arte actual ni un alegato en favor de las mediocridades que se creen en lo cierto. La prueba está en que al hablar de pintura actual, no surge en el estudio ningún premiado en la Royal Academy, ningún autor de cromos para hogares honestos y caballerosos, ningún brochagorda paisajista de medio pelo. No. La pintura de hoy día tendrá aspectos discutibles, pero la pintura de hoy día parte de Picasso y se llama... los nombres que se citan más arriba en este mismo párrafo. El señalador, al exponer, advierte que no está conforme con Maurice Sachs, a pesar de las admirables sugerencias que hay en su estudio.

□ El cinema nos ha traído dos películas que es necesario citar como dos obras de arte. Distintas y casi alejadas, pero cuajadas

de verdad artística y de belleza. «Señoritas en uniforme» y «Cuatro mujercitas». Ambas tienen la base de una excelente dirección. Con tonalidades diferentes, siendo la una yanqui y alemana la otra, dejan una impresión igual de obras admirables. En una, el romanticismo ingenuo de una época que nos parece a ratos prehistórica, a ratos muy cercana. Las cuatro hijas del Doctor Marsh forman un delicioso ambiente, lleno de ternura sin almíbar. Sobre todo, Jo, encarnada por Catherine Hepburn, es una creación admirable. ¡Pardiez, qué gran actriz ésta, que va envolviendo en brumas, con su naturalidad, a ese témpano con calefacción llamado Greta Garbo y a esa «trois-quarts-de-vierge» de Marlene!... (Sin negar a esta última su admirable «Angel Azul»). La Hepburn se conquista un primer plano desde «Morning Glory», por esa naturalidad indefinible, que no deja de ser natural siendo artística, que dista tanto de lo teatral como de lo cotidiano, que identifica la vida con el arte, que coloca, en fin, al espectador en un paisaje de verdad y de ficción entremezcladas, el ideal de la escena. Todo el film es bueno. Paul Lukas tiene un papel espléndidamente desempeñado. La vida luce en esta obra, a pesar de lo lejana que se nos aparece en determinados momentos. Ese algo invariable y fuerte que se ríe de las mudanzas y de los cambios accidentales.

□ «Señoritas en uniforme» es también un film de los que marcan su proyección con una fecha inolvidable en la historia del cinema. Dorotea Wieck, (a la que ya están tratando de echar a perder con canciones de cuna), comparte el triunfo con las colegialas. Todas ellas, al menos las que toman una parte destacada, merecen un aplauso por su trabajo. La fotografía es admirable. Pero, por encima de todo, los efectos «puramente cinematográficos», que no pueden darse sino en el cine y que le caracterizan, que debían ser la base del llamado séptimo arte, son maravillosos: esa busca de Manuela, por todas las alumnas corriendo por los tránsitos vacíos, subiendo y bajando escaleras. Esa angustia

de penumbra dolorosa que se apodera del espectador, valen bien por una temporada—y más aún—de sandeces revisteriles y canciones al borde de cascadas. Por supuesto, la película no hizo mucho efecto en el público grande. Unas señoras la encontraban inmoral y un caballero que dice discursos, la juzgó aburrida. Lo cual prueba que es la mejor película del año.

Agosto

□ En Agosto de 1913 se inauguró el Palacio de la Paz, en presencia de la reina de Holanda y Mr. Carnegie. En Agosto se declaró la guerra Europea, al año siguiente. Es un mes de contrastes: León y Virgo se dividen el Zodíaco. La hermosa y la fiera.

En los augurios astrológicos es el mes de mayor benevolencia, quizás el de mejor anuncio para los que nacen en sus días. Las mujeres que nacen en Agosto son bellas, con los ojos dulces y luminosos, tienen los trazos regulares y el rostro ovalado de una madona. Si se casan jóvenes, tienen hermosos hijos, disponen de un corazón excelente, y (oh, completa dulzura del mes de Agosto), están un poco encaminadas a la melancolía. En cuanto a los hombres... en fin, también los beneficia el signo estelar; y basta, que no estamos fabricando un almanaque.

Agosto es cuando la cigarra pasa el tiempo cantando, sin hacer provisiones. La única falla de la buena cantora admirable, es ir a pedirle comida, después, a un animalillo mequetrefe, sin dedicarse a morir de hambre dignamente.

Su nombre de emperador hace que nos lo imaginemos joven y dominante, con una mano alzada, dirigiendo al mundo, mientras a su sombra se inaugura el Palacio de la Paz y se inicia el Paisaje de la Guerra.—JOAN DE SELVAS.

ASTERISCOS

El premio literario «Marcial Martínez» de la Universidad de Chile, fué concedido este año a Joaquín Edwards Bello, por su novela *Criollos en París*. Homenaje muy merecido para el autor de *El Roto*. Recordamos ahora que la novela premiada obtuvo un gran éxito artístico y de librería. Pocas veces y de pocos autores nacionales puede decirse esto mismo.

* * *

La Mancha de Don Quijote, de Augusto D'Halmar, el primer libro publicado por este escritor, después de su regreso al país, ha constituido desde luego, un éxito. *La Mancha* no es un libro para públicos folletinescos. ¿Cómo entonces el éxito? Libro de lento paladeo, no fácilmente accecible, un poco cargado de erudición cervantesca. Libro para voluptuosos, para enamorados de la Biblia castellana. Como eran muchos los que en Chile nada habían leído de D'Halmar—sus primeros libros están agotados—este que acaba de aparecer era esperado con ansiedad. D'Halmar ha ocupado la atención pública muchos días. Sus conferencias bellísimas congregaron un público devoto. Su voz y su presencia hicieron lo demás. Pero *La Mancha* es libro difícil para públicos que carecen de familiaridad con el Quijote.

* * *

Un nuevo libro de Emilio Rodríguez Mendoza: *La Estrella sobre los Mástiles*. Título que es ya una promesa porque es un

hallazgo. Rodríguez Mendoza escritor de fuerte entonación criolla, rastrea aquí—si es que en el mar puede rastrearse—la historia de nuestra vida marítima de Cochrane a Prat. Aun no conocemos el libro, aunque conocemos al autor. En menos de dos años, Rodríguez Mendoza ha publicado tres considerables estudios. Desmiente la leyenda del chileno indolente, pasivo, que está con el arma lista, esperando que alguien asome su cabeza por la tapia para disparar.

* * *

Papá y Cagliostro, de Vicente Huidobro, han desencadenado como todo lo de este escritor, una serie de protestas y elogios. Libros finos y profundos, cargados de imágenes, llenos de luz, de alegría—no alegría de rostros—sino de la otra más rica, interna, como de agua de montaña. Huidobro parece un disparate y es un lógico. Tira su flecha a la luna y apunta a la luna. No usa los recursos manidos de la literatura. Se ríe un poco de esta literatura solemne, estirada, inmóvil como un maniquí ortopédico. Han juzgado a «*Papá*» como el diario corriente de una niña corriente. De ahí los equívocos. Y *Cagliostro* es todo risa, todo ironía. ¿Qué más?

* * *

En una elegante edición ha entregado el poeta Chocano su *Primicia de Oro de Indias*. El musculoso poeta de *Alma-América*, de *Cantos del Pacífico* y tantos otros libros que activaron el pulso de las generaciones americanas, enamoradas del verso poderoso y rotundo, nos da en este volumen que acaba de aparecer, lo mejor de su producción última.

La sociedad de Escritores de Chile va a rendirle en estos días un homenaje íntimo. Chocano es huésped de Chile desde hace tiempo y se ha conquistado entre los escritores afectos muy sinceros.—*Oberon*.

LOS LIBROS

CONFERENCIA

OMER EMETH Y DADA

Omer Emeth hace, en la Universidad Católica, un curso libre sobre la literatura francesa de la post-guerra.

En la segunda conferencia, titulada «Dadaísmo y Superrealismo», no alcanzó, por falta de tiempo, a hablar sino del Dadaísmo. Omer Emeth da gran importancia a esta escuela, ya que, disponiendo sólo de media docena de horas, le dedicó la segunda de ellas, por entero. ¿Qué es el Dadaísmo para Omer Emeth? Un movimiento literario que se caracteriza por la obscuridad y la incoherencia. Una de sus expresiones favoritas, después de leernos cualquier trozo, era: «pura incoherencia».

Me inclino a creer que Omer Emeth está equivocado. El Dadaísmo era apenas un movimiento literario, y la incoherencia no fué su característica; fué sólo un modo intencional y agresivo de proclamar su desprecio por la literatura. Los dadaístas no tenían más que un objeto: negarlo todo, destruirlo todo. Identidad de los contrarios, igualdad del sí y del no, de la inteligencia y de la estupidez, de la vida y de la muerte. No querían admitir compromisión alguna con esos prejuicios vetustos que consisten en obrar, en producir, en pensar. Georges Ribémont Dessaignes, uno de los jefes del movimiento, publicó en 1931 en la *Nouvelle Revue Française*, fragmentos de la «Historia de Dada»: allí dice:

«La quiebra es el lema de Dada». Poco tardó en quebrar. En 1916, Tristán Tzara inventó la palabra «dada», que tenía como único mérito no significar nada; pero fué sólo en 1919 cuando la idea tomó cuerpo: a fines de 1919 el grupo dadaísta organizaba sus primeras manifestaciones en París: André Breton, Luis Aragón, Francis Picabia, Paul Eluard, Ribémont Dessaignes, Tristán Tzara—padre de Dada—y otros discípulos nuevos se divertían en escandalizar un público, que cándidamente trataba de comprender. (Me temo que parecida aventura esté sucediendo ahora a Omer Emeth). En 1922 Dada había muerto ya. Fiel a sus principios no dejaba una sola obra, ningún dadaísta había agregado una sola palabra a la literatura francesa.

Del punto de vista literario, Dada no tiene importancia. Para el psicólogo, para el moralista, sí, puede tener interés, porque es una de las manifestaciones del desequilibrio engendrado por la guerra y de la desesperación y del nihilismo moral que se apoderaron entonces de la juventud. Los buenos apóstoles de la «prensa seria» nos habían anunciado que el espíritu de guerra daría los más hermosos frutos: abnegación, altruísmo, desinterés, amor de la patria. Dada les contestó y su respuesta era amarga.

Para el historiador, Dada tiene también su sentido. —En 1914-1918, una civilización está moribunda y no ha nacido otra todavía; una inquietud enorme, una confusión absoluta se adueñan de los hombres. Nada simboliza tan bien como Dada esa noche del espíritu.

Mi impresión es que, al escoger como tema el Dadaísmo y el Superrealismo, Omer Emeth ha cedido, más que todo, a la tentación de poner en tela de juicio a todos los poetas difíciles, llámense Rimbaud o Claudel, Mallarmé o Valery.

En la primera parte de su conferencia, ha recorrido tres siglos de literatura francesa para buscar antepasados a los dadaístas. ¡Vana búsqueda! Pues Dada es por esencia antiliterario. Creo que sólo dos nombres podrían citarse: Artur Rimbaud—el Rimbaud de «Une saison en Enfer» y de las «Illuminations»—, e

Isidoro Ducasse: bajo el nombre de Comte de Lautreamont éste publicó en 1869 «*Les Chants de Maldoror*», enorme poema en prosa, lleno de gritos pueriles, muecas grotescas, obscenidades: tinieblas donde afloran a veces las fosforescencias del genio. Pero, sin duda, para los dadaistas, Rimbaud y Lautreamont no eran poetas, sino visionarios de un mundo misterioso desconocido por el vulgo, y profetas del desorden y de la destrucción.

En cuanto a los demás poetas citados por Omer Emeth, no tienen nada que ver con el dadaísmo: ni La Fontaine de quien leyó algunos versos de flúida música; ni Gérard de Nerval con su soneto famoso:

«Je suis le ténébreux,—le veuf,—l'inconsolé,

«Le prince d'Aquitaine á la tour abolie».

ni Paul Verlaine—, cuyo «*Arte Poético*» es el antípoda del Dadaísmo. «*De la musique avant toute chose*» aconseja Verlaine; Dada aborrece la música. —«*Prends l'éloquence et tords lui son cou*» dice también Verlaine; y, precisamente la elocuencia es tal vez la única concesión de Dada a la literatura: cierta elocuencia bufa, hiperbólica y teatral que divierte en los «*Manifestos Dada*»:

«*Avant de descendre parmi vous afin d'arracher vos dents*
«*gatées, vos oreilles gourmeuses, votre langue pleine de chan-*
«*cres,*

«*Avant de briser vos os pourris,*

«*Avant tout cela,*

«*Nous allons prendre un grand bain antiseptique,*

«*Et nous vous avertissons:*

«*C'est nous les assassins*».

Nerval, Verlaine, y con ellos Mallarmé y Valery, y tantos otros citados al paso por Emer Emeth, podían tal vez haber motivado más bien un estudio del debate que sobre la «*Poesía*

pura» suscitó hace ya cinco años otro presbítero, que también se ilustró en la crítica literaria: el abate Henri Brémond. Allí podrían haberse confrontado útilmente las dos tendencias: claridad absoluta, vigor, elocuencia, por un lado, y por el otro, media luz, fluidez, refinamiento; podía haberse mostrado como, desde cuarenta años, desde el apogeo del simbolismo, esta segunda tendencia predomina y va haciendo de la poesía francesa un arte accesible sólo a los iniciados. Pero, es mucho atrevimiento de un simple aficionado, el querer indicar el conferencista sus temas. Omer Emeth sabrá perdonármelo.—MAURICIO FABRY.



«LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA DICTADURA BOLCHEVISTA», por
Enrique Molina.

Llamaron la atención, hace poco, las conferencias sobre Rusia que dió en la Universidad de Chile el Presidente de la de Concepción, don Enrique Molina; el interés que despertaron en el público fué tanto, que muchas personas se quedaron sin oírlas: la sala repleta antes de la hora hacía difícil hasta el acceso del mismo conferenciante.

Un doble motivo provocó ese movimiento.

Por una parte, el prestigio del maestro que iba a tomar la palabra, su fama de orador, la reconocida ecuanimidad de su criterio, la amplia versación filosófica, histórica y sociológica que le confieren elevada autoridad y los estudios especiales que sobre la materia ha realizado.

Por otra parte, era valentía abordar esta materia en un ambiente que no se distingue por la benevolencia ni por la tolerancia aun hacia las más altas personalidades, cuando media la sospecha de que sus ideas no se conforman exactamente a las suyas o a las que reciben nombre de tales. Experiencias recientes

inspiran a otros, que habrían aportado luces al debate, una prudencia bastante explicable.

La sabiduría no tiene por qué juntarse al heroísmo.

El señor Molina pronunció la serie completa de sus disertaciones.

Ahora tenemos su texto: un volumen de casi doscientas páginas, editado por las Prensas de la Universidad de Chile, que abarca, en seis capítulos, todos los aspectos esenciales de la Revolución Rusa y la Dictadura Bolchevista. Primero, los antecedentes, el despotismo imperial del régimen zarista, los abusos de la autocracia; las complejidades del alma rusa con observaciones de Waldo Franck, Dostoyewsky, Turgueneff, Paleologue; la guerra mundial y esa conjunción de fatalidades que provocaron un Emperador débil, una Emperatriz fanática y el siniestro monje legendario. Después, la hecatombe de 1917 y las dictaduras de Lenín y Stalín, que son, exactamente, la tiranía autocrática aplicada por otros hombres con otros nombres.

Son páginas serenas de pensamiento y nutridas de documentación que convencen a cualquier espíritu sin prevenciones doctrinarias.

El señor Molina comienza afirmando que no se forja la ilusión de que pueda pronunciarse la última palabra acerca del problema ruso. No hay todavía juicio histórico definitivo sobre la Revolución Francesa, ni sobre la Reforma, ni sobre el Renacimiento, ni siquiera sobre la grandeza y decadencia del Imperio romano. El alma humana es demasiado compleja para que alguna vez llegue a agotarla el análisis. Y en estos procesos colectivos son millones de almas, a más del misterio del alma colectiva, las que se niegan a entregarnos su secreto. Toda conclusión, aun la de apariencia evidente, debe quedar en calidad de hipótesis.

Pero sería renunciar a la facultad del pensamiento abstenerse de opinar a la vista de hechos indiscutibles, de los cuales se sacan todos los días deducciones de alcance práctico y aplicación inmediata.

El señor Molina emite su juicio con entera franqueza y condena a los adeptos de la revolución bolchevista, que desearían presentarla como un ejemplo universal.

Dice:

«Perdónenme los que tal piensan que no vea en esa actitud
« nada más que falta de solidez intelectual, carencia de reposado
« espíritu crítico en estos problemas de carácter sociológico y
« embotamiento de la capacidad de reflexionar, a causa de un en-
« tusiasmo inquieto, no libre tal vez de pequeñas pasiones po-
« líticas».

He ahí bien definidos los principales rasgos del típico «re-
volucionario ruso» que vemos a cada paso.

Son hombres que «tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen». Ignoran las diferencias profundas que separan al pueblo moscovita de los pueblos occidentales. Nunca, ni en los épocas peores, han sufrido éstos la tiranía aplastante que ha dado a los rusos esa tristeza sin esperanza, esa sumisión resignada, esa fuga hacia el mundo místico que reflejan sus grandes escritores. La novela picaresca española resulta un juego alegre ante el drama sombrío de «La Casa de los Muertos», donde no se conoce la libertad.

En Rusia faltan elementos psicológicos esenciales que la historia ha ido dejando en Occidente: Rusia no ha recibido la influencia del Derecho Romano, escuela de razón y de orden; no ha conocido el Renacimiento que exaltó al individuo hasta la fuerza y la belleza; no supo de las revoluciones inglesas, ni oyó la Declaración de los Derechos del Hombre, esa carta fundamental de la dignidad humana, que «han asentado como uno de los valores esenciales de la vida el respeto a la personalidad». En Rusia el individuo político no existe. Solamente el rebaño anda, se detiene y padece.

Se quiere proscribir la democracia en nombre de la economía y se ataca la representación popular como una farsa. Se dice que el estado democrático se ha demostrado incapaz de resolver los

problemas de la nueva industria, de la nueva máquina, y que el hambre del proletariado herido por la desocupación exige nuevas formas de gobierno. Bien, Reconozcamos que así sea. ¿Qué ofrecen, en cambio? La derecha, tiranía fascista; la izquierda, tiranía comunista. Ambas, esclavitud de miles de hombres sujetos a un hombre o un grupo de hombres.

Esto, en nombre del progreso, de las ideas modernas y también, a veces—porque la inconsecuencia no reconoce límites—en nombre de la misma libertad.

Cierto que suele agregarse «de la libertad económica» o de la «liberación económica del proletariado», como si pudiera existir o durar un minuto la libertad, de cualquier clase que sea, cuando la libertad política ha desaparecido.

Combate también el señor Molina el concepto de la lucha de clases lanzado por el marxismo no como doctrina sociológica, sino como disparo de alcance político para enconar pasiones y con visible falacia. La existencia de las clases sociales constituye, ante todo, un fenómeno natural, producto de la diferenciación humana, ineluctable resultado de que haya unos hombres más altos, más fuertes, más hábiles, más previsores, más inteligentes, más honrados, más útiles para la creación o conservación de valores sociales y destinados, por tanto, a triunfar en la lucha o a servir a la colectividad junto a otros más bajos, más débiles, más imprevisores, perezosos, deshonestos o inútiles que, inevitablemente, ocupan otro puesto y no pueden disfrutar de condiciones iguales, aunque el organismo social se dé vueltas veinte veces al año. Luego, las clases sociales constituyen un fenómeno benéfico, siempre que no estén cerradas como las castas hindúes, porque estimulan la energía individual, permiten el ascenso de los mejores y precipitan el descenso de los inferiores, es decir, realizan la verdadera justicia que consiste, no en tratar a todos por parejo, sino en premiar a los buenos y castigar a los malos. La «equidad» es lo contrario de la justicia si se aplica sin discernimiento, como la igualdad puede oponerse a la

selección natural y detener el progreso de la especie o retraerla a la barbarie primitiva.

Desgraciadamente, la misma democracia liberal ha abierto el camino a la muerte de la libertad democrática mediante el abuso del sistema que consiste en amplificarlo demasiado. Sucede aquí lo que Diderot proponía a los ateos: «Hay que extender la idea de Dios hasta hacerlo reventar». El panteísmo equivale al ateísmo, el sufragio universal, sin calificación de personas, conduce directamente a la tiranía, porque, así en el orden de la acción como en el pensamiento, «los extremos se tocan».

La sabiduría consiste en guardar el equilibrio.

Ni tiranía de las derechas, ni tiranía de las izquierdas, ni dictadura fascista, ni dictadura comunista. Esta provoca aquélla por algún tiempo, como la enfermedad exige la pócima; pero tan imposible sería la existencia normal con fiebre alta permanente como bajo un régimen continuo de inyecciones.

Un maestro de la antigua escuela liberal que, desde su retiro de estudioso, sigue apasionadamente la evolución social contemporánea, respondía a un amigo que le pedía su concurso para uno de los muchos partidos reaccionarios o semi-reaccionarios que intentan salvar al país mediante los sistemas de «mano fuerte»; pero que no distinguen la necesidad inmediata y excepcional impuesta por las circunstancias de la ley inmutable, fundada en la observación de la naturaleza humana:

—Muy bien, muy bien, a condición de que no quieran ustedes instalarse en la casa para siempre: yo me resigno a que, mientras haya comunistas, haya también anti-comunistas, porque de otra manera nos devoran, lo mismo que, si me duele la cabeza, tomo aspirina, y si hay ratones, les echo el gato; pero una vez que se me ha quitado el dolor y los ratones han desaparecido, la aspirina al botiquín, el gato afuera, para que no me rasguñe los muebles...

He ahí una muestra de amable buen sentido.

Las pasiones exaltadas no permiten conservar esa lucidez

sonriente. El hombre exaltado no razona: resuena. Y cuando la voz se ha enronquecido y los ojos se han vuelto, blancos, hacia el cielo, ya no hay nada que decir. Sólo queda apretar las amarras del buque, recoger las velas y esperar que la tormenta pase, sin naufragio.

El señor Molina declara que no ha ido a Rusia, pero que no lo siente, porque son muy pocos los viajeros que llegan allá desprevenidos y pueden ver la realidad del espectáculo. Desde el Ministro Potemkin hasta los danzarines rusos, no ha habido en el mundo maestros en el arte de la decoración comparables a los moscovitas. El engaño resulta inevitable.

Nos ha tocado, sin embargo, en suerte conversar con un testigo irrecusable que sentimos no poder nombrar a causa de su alta investidura. Habitó durante un año entero en Rusia. No se trata del simple turista. Por otra parte, su ilustración, sus trabajos de índole política y social, su experiencia y sus dotes de observador lo capacitaban excepcionalmente para ver bien, y la independencia que su situación y hasta sus años le confieren, prestan autoridad a sus palabras.

Le preguntamos cómo lo había pasado en Rusia.

Contestó:

—¡Admirablemente! Yo no sé cómo no va más gente a ese país. Los mejores hoteles, teatros magníficos, mujeres muy bien vestidas, comida de primer orden, en fin, todos los goces de la existencia civilizada. ¡Claro que se necesita dinero! Mientras más dinero tiene uno, mejor lo pasa, como en todas partes. Hay pobres, desocupados, hambrientos, infelices, de todo, como en el resto del mundo.

He ahí una sencilla verdad, que no entrará en cualquier cerebro. Unos negarán que haya pobres, otros que haya ricos.—
ALONE. (De «La Nación»).

MINUTO MUERTO, Poemas, por Gerardo Chiriboga. Editorial Eban. Quito.

Cada día entiendo menos esta poesía modernista. Desprovista de conceptos y medida, y casi siempre de sentimiento, bases fundamentales de una sólida poesía, se sostiene solamente en uno que otro arranque de sugerencia, que hiere un instante la imaginación, y después... nada. Palabras únicamente, palabras que se agrupan sin ton ni son, como un desbarajuste de palabras; cataclismo de ideas, de entre cuyos escombros se escapan a veces, raras veces, destellos del fuego creador. Y después, de nuevo lo caótico.

Representativa de una época desorientada y sin representación clara ideológica, el leerse uno de sus libros es como caminar por sobre hacinamientos de piedras: Después de andar a tropezones acá y allá, se encuentra uno al fin alguna fugaz amapola lírica.

Si es que se la encuentra. Como en este libro de Gerardo Chiriboga, en el que, tras de romperse un poco las narices la paciencia, en el trayecto, se logra coger, entre página y página, algunas sorpresivas flores de imaginación, que, además de su belleza artificial, tienen un natural aroma de sentimiento:

«Sangre de horizontes fundióse en mi sangre.
Y con los pinceles de mis nervios rotos
trazo la acuarela de mis pensamientos».

(Poliedro, pág. 13).

«Polen de estrellas abeja de la luna
trajera en sus alas».

(Flor de Té, pág. 79).

Pero, nos alzamos luego, con la flor en las manos, y seguimos, deseosos ahora de lo imprevisto, la lectura de *Minuto Muerto*. Y lo imprevisto viene a ser en este libro el que, más adelante, nos encontremos a menudo con la corriente, con la vieja poesía retórica, llena de afeites modernistas. Y, —¡oh contrasentido!— en estos caminos parejos, sólo crecen a ras del suelo, conceptos demasiado parejos:

«Flor de Té
al verte soñé:
que fuiste una Ñusta del Imperio del Sol»,
(Ñusta Soñada, pág. 70).

«El indio es HOMBRE... ¡y entonces
que viva como los HOMBRES!!!»
(Alborada del Indio, p. 88).

La mejor poesía de este libro—una amapola muy roja—es, a nuestro parecer, el *Sátiro* y la *Ninfa*, digna de parangonarse con la *Casada Infiel*, de García Lorca. Por su índole y extensión, no la reproducimos en esta nota.

En general, hay una cierta medida, rara en los poetas modernistas, en este poeta ecuatoriano. Cierta diapasión de pensamientos, ni muy alto ni muy bajo. Hasta su tendencia ya indecisa-mente de lo nuevo a lo... viejo (iba a decir a lo «eterno»); de lo viejo a lo nuevo: su brújula oscila entre los sólidos continentes y los atrabiliarios mundos irreales. El tiempo definirá sus horizontes.—G. K.



ROMANCERO, por *Daniel de la Vega*. Ed. Ercilla, Santiago.

Veintiocho libros, como veintiocho medallas, condecoran la labor literaria de Daniel de la Vega. ¡Ponderable e imponde-

rable labor! Justo es pensar que entre estos veintiocho títulos esté el Toisón de Oro del poeta: ¿Cuál sería?... ¿Las Montañas Ardientes? ¿Cielo de provincia? ¿Los Momentos? ¿Las Instantáneas?

No creemos que lo sea este Romancero, obra última del autor. Por el tono, por la calidad y, acaso, por la intención de la obra, más parece ésta, hazaña primeriza, una Cruz de Hierro de secundaria clase. Lo decimos, sin hacer acepción del soldado, refiriéndonos sólo a la obra. Y esta obra, es decir, este Romancero, tiene la forma arrogante y moceriles bríos, como si el poeta hubiese bebido en la fuente de Juvencio del espíritu. Pero, a esa perenne condición habría que agregarle, o mejor, restarle, otra condición: Eso hueco y desacorde que suele tener generalmente toda obra de juventud.

No hay en este libro cosas del valor indestructible y perentorio de esa «Ménade», de esa «Oriental», y de esas «Instantáneas», que merecen ser eternas. A la firme y armoniosa poesía y a la seria gracia (ausentes ahora) de tantas páginas anteriores del poeta, substituye aquí intrusamente un verbalismo sonajero y efectista, que en pocas ocasiones logra adquirir el ritmo interno de la verdadera poesía. Se sospecha algo de precipitado, en el intento de este libro. Algo de precipitado y de premeditado, que le restan efecto artístico al lirismo bizarro y bisoño de sus estrofas sonoras. Y algo también de escénico.

Porque, las poesías de este Romancero son más esbozos dramáticos que poesía pura; más grandilocuencia lírica que dramatismo. Sólo en una que otra composición aparece el poeta hecho y derecho, como en esa poesía a VERÓNICA, en la que gustamos cierto diluído sabor a la Gabriela Mistral:

«Risa que vino a mi vida
por tus caminos me vino.
Si ha hallado calma mi sien
sobre tu regazo ha sido.

Verónica,
en tu pañuelo con lágrimas,
mientras me dure la vida,
irá mi angustia y mi cara...» (Pág. 53).

A veces, entre nobles alardes de belleza, tiene alardes traicioneros de mal gusto:

«..... pero yo,
soldado de la vieja guardia de la belleza» (pág. 63).

o bien, incongruencias, y mal gusto a la vez:

«No te asomes al molino
cuando pase mi caballo
revolviendo bravamente las piedras de tu camino»

«Tengo un desilusionado
pechazo de marinero,
y al puerto que ya he dejado
no volverá mi velero...» (pág. 11).

La incongruencia de este marinero de «pechazo» desilusionado, es, a nuestro ver, el pasar a caballo caracoleando por delante del molino de la pobre molinera...

Como se ve, hay un exceso de romanticismo juvenil en este Romancero, del que el prestigio del poeta ha de hacerse responsable. Es un libro que el espíritu de Daniel de la Vega tenía escrito probablemente desde hace veinte años. Hace veinte años, lo habríamos tal vez alabado.—G. K.



LA ALCANCÍA DE CRISTAL, por Rosa María Rojas Guerrero.

No sabemos si es este el primer libro de Rosa María Rojas Guerrero, escritora peruana que visitó Chile últimamente y que dió, según creemos, algunos recitales en el Club de Señoras de Santiago. Por su contenido, más bien dicho por el lenguaje, que demuestra permanentes titubeaciones en el sentido de captar y expresar el motivo lírico como asimismo por la inopia general prevalecente en el volumen en cuanto a valor estético, parece que así lo fuera. Ahora, basándonos en un retrato de la autora inserto en una de las primeras páginas y que, francamente, adorna el libro por la belleza facial que prueba poseer Rosa María Rojas, no es aventurado inferir que esta es ya persona adulta, distante de la adolescencia, edad de las improvisaciones y promesas. Además, si tomamos en cuenta la esencia motival de varios de los poemas publicados en esta obra que indican cierto conocimiento y experiencia de la vida, podemos apoyar con más elementos nuestra afirmación anterior. Como consecuencia, entonces, casi aseguramos que ya no es cuerdo esperar dentro de la dimensión del verso más calidad expresiva (o de cualquiera otra índole), cuando este lo construya Rosa María Rojas. Faltaría saber ahora si *La Alcancía de Cristal* (1), está hecho a base de composiciones ejecutadas algunos años antes de su publicación. En este caso podríase con facilidad ser más optimista respecto a la labor futura de Rosa María Rojas pues en su obra es posible encontrar algunos elementos promisorios para un principiante.

Es fácil observar en *La Alcancía de Cristal* dos aspectos bien señalados y diferenciados en cuanto a la esencia misma de la obra y los que la caracterizan en dos modalidades disímiles: el uno, en el que domina la condición objetiva y el otro, la subjetiva. En este último aspecto, seguramente, donde se encuentra

(1) Lima, sin pie de imprenta.

lo mejor del libro, pues Rosa María Rojas evidencia cierto vigor en el desarrollo del motivo y en su pintura. Una composición característica en este sentido es *Paisaje de Otoño*.

A la luz oblicua de un sol en derrota
los tallos de caña madura y cortada
parecen casquillos de cobre. Las tierras
son un desvastado campo de batalla.

Dispersos fragmentos de viejos calderos
una artillería deshecha simulan,
tras la barricada compacta que fingen
dos filas contiguas de sacos de azúcar.

La acequia en declive, de lodosas aguas,
es un chorro hirviente de fundido plomo,
y hasta los guijarros en su cauce ruedan
belicosamente... Y es humeante el polvo...

Pero hacia el oriente, surge otro paisaje
que de opuesto modo la vista impresiona,
como frente a frente, míranse en la vida,
el mundo que lucha y el mundo que goza...

En ambiente sano que entona y depura
los cañaverales son verdes y frescos:
párvulos que juegan, trenzando sus hojas,
bajo la azulada pupila del cielo.

Periódicamente un sople de brisa,
cuando por las cañas trémulas se filtra
produce un murmullo medroso y burlesco,
como si estallaran clandestinas risas.

Y hasta la luz juega con el vapor de agua,
pintando dos nubes redondas y espesas,
que son dos borrones de rosada tiza,
sobre la pizarra de la cordillera.

Sin duda la composición transcrita sugiere la impresión de que en Rosa María Rojas existen algunas cualidades latentes, aunque en sí mismo *Paisaje de Otoño* está un tanto distante de lo que estimamos debe ser y es la poesía, pues el tono descriptivo, tal vez demasiado preciso y un tanto anticuado, poco propio de estos tiempos en este género literario, le subtrae a la composición su verdadero carácter poético. En el fondo quizás no sea otra cosa sino incapacidad ingénita para darle contorno y expresión en el sentido señalado, ya que a través de todo su volumen Rosa María Rojas no logra destacar un temperamento más o menos concreto. Al contrario, hasta el simple balbuceo lírico, hasta la insuficiencia definitiva, no es extraño a ella. De ahí que quisiéramos creer que la mayoría de los versos que componen *La Alcanfía de Cristal* fueron escritos en la adolescencia de la autora, porque a una persona adulta no es posible justificarle la publicación, como algunos que vamos a copiar:

Sobre mi pardo velador, los frascos
de químicos menjurjes
se alinean, por orden de tamaño.
Unos, llenos aun; otros, vacíos
y los más, inconclusos,
esperando su turno,
frente al reloj despertador insomne:
barcillón carilleno,
puntual, conciso, técnico y discreto,
que chilla sin fallar, cada tres horas,
cuando debo ingerir la inútil droga.

Pero yo sigo enferma,... más que nunca!...

¡Para qué me ha servido esta basura?

¡Cuánto tiempo gastado sin objeto!

¡cuánto afán y dinero...!

Dolencia, páginas 43 y 44.

No debemos extender la cita. Versos como estos son demasiados frecuentes en *La Alcancía de Cristal*, resultando el libro en su conjunto simplemente malo, ni siquiera mediocre.

Antes de poner término a este comentario deseamos refrendar lo dicho anteriormente: si este volumen es producto de la adolescencia de Rosa María Rojas Guerrero, no está demás incubar una breve esperanza respecto a posibles obras de esta escritora, porque puede todavía desarrollarse; si es el resultado de su labor última, debemos manifestar que es inútil nuestra intención de confianza pues sus condiciones habrían llegado a su desenvolvimiento máximo. Con franqueza, Rosa María Rojas, preferimos que sea efectivo lo que apuntamos con prioridad.—
A. T.



MOSKO-STROM, Novela por Rosa Arciniega.—Imp. Prot, Madrid.

Uno de los personajes básicos de esta obra, Jakie Okfurt, conversando con el ingeniero Max Walker, otro de los protagonistas, describe casi al final de la novela el significado de Mosko-Strom, «fenómeno de las aguas furiosamente agitadas en torbellino, que por mucho tiempo no había tenido explicación científica para los hombres.

Se le conocía por varios nombres, dado de acuerdo con el de las islas entre las que se desarrollaba. Para unos era el Mosko-Strom; el Malstrom o Maelstrom para otros, y su origen era debido a los formidables choques entre las grandes corrientes de agua que descendían inversamente desde el Polo y desde el Ecu-

dor, encajonadas en los pasos angostos. Estos choques formaban violentos remolinos de fuerza extraordinaria y terminaban en un embudo colosal en perenne hervor, en un vértice furioso y aspirante a donde iban a parar con increíble violencia peces, maderos, barcos, hombres, todo cuanto se ponía al alcance de su sima succionante, para ser arrojados después, rotos, hechos trizas, por debajo de las aguas, a las costas desérticas de Noruega. Otras veces, cuando se desencadenaban las terribles tempestades de Occidente, eran los gigantescos torbellinos, los cónicos pezones acuáticos, altos como montañas y rápidos como el viento, los encargados de barrer toda la superficie de aquellos mares en constante escarceo, para terminar después hundiéndose también en la boca del fatal sumidero».

Pero Jakie Okfurt no encuentra al maelstrom marino, el verdadero maelstrom. Este está en Cosmopolis—ciudad imaginaria y tentacular que simboliza las grandes urbes contemporáneas, y donde se desarrolla la acción de la novela—, hervidero humano sacudido por las más violentas pasiones y por los apetitos más soeces y más puros, por las ambiciones más desenfrenadas; donde se agitan millones de vidas dinámicas pero sin aspiraciones desinteresadas; vidas sin un ideal—ideal en el sentido hegeliano, apuntamos—; vidas derrotadas para la acción del espíritu.

En el ingeniero Max Walker pretende Rosa Arciniega sintetizar, condensar, al individuo característico de nuestra época: materialista (en el sentido más simple, más elemental que se acostumbra dar a esta palabra), sin vida interior dignificadora, sin preocupaciones de carácter filosófico, sociológico, artístico, religioso. Max Walker no cree sino en la «Religión de la Ciencia y del Progreso humano» y está preocupado, estrictamente, sólo de un nuevo invento que acrecentará de manera formidable la potencia económica de una gigantesca usina de la cual él es el ingeniero jefe. Tal invento, una vez alcanzado, desplazará del mercado del mundo, toda probable competencia.

Sin duda alguna, este no es el tipo símbolo de la época, pues

no es posible desconocer que paralelo a esta clase de individuos existe otra que, comprendiendo el actual desequilibrio de la sociedad humana, vive en un ardiente y constante inquietud que esta encauzada en una nítida dirección, en un sentido claro y definido, de darle a la humanidad una consistencia permanente, una organización duradera dentro de la cual el reparto de la riqueza se haga de manera más equitativa que al presente. Y esta clase de individuos vive agitada por todos los problemas profundos, auténticos, de nuestra época, luchando por implantar las nuevas concepciones económicas, sociológicas, filosóficas, artísticas, etc. nacidas de la realidad ardida y circundante. No es pues Max Walker y los tipos que simboliza, el hombre standard de estos tiempos. Es sí, tal vez, el símbolo de cierta organización económica y social que se encuentra en su período final de crecimiento, en su desarrollo máximo y absoluto.

De todas maneras, nos parece intensamente interesante que en esta novela de Rosa Arciniega—que dista mucho, es cierto, de ser extraordinaria—se enfoquen problemas de actualidad cada día más creciente, de actualidad cada día más dominadora. El hambre, la miseria, el lujo, la ambición, el egoísmo, la ausencia de una ética de fuerte capacidad orientadora y controladora, aparecen en «*Mosko-Strom*», dándole a la novela una acentuada categoría humana. Es verdad que Rosa Arciniega, por boca de sus personajes, sobre todo del médico Jakie Okfurt, anatematiza a la sociedad contemporánea, saturada de vicios y de podredumbres morales debido al avasallador materialismo que hoy la envuelve, según la autora. La anatematiza, pero sin profundizar las causas que han sido capaces de originar los efectos ya que nos parece un tanto infantil suponer que sea sólo el «materialismo», la dominación de la técnica, de la ciencia esencialmente calculadora, los causantes del actual estado de cosas.

Debemos hacer presente que no pedimos para la obra artística, la novela en este caso, las condiciones concretas, precisas de un estudio o de un ensayo. Pero creemos es posible exigir

cuando se tocan algunos problemas, capacidad de sugerir el origen auténtico, amplio, no unilateral de los referidos problemas. Rosa Arciniega no lo ha hecho tal vez por ciertos prejuicios ideológicos.

No intentamos afirmar que Rosa Arciniega haya pretendido escribir una obra de tesis con esta novela. Pero lo efectivo es que, el final de ella plantea de manera abierta una conclusión evidente: el ingeniero Max Walker después de algunos descabros en su hogar, si es que así pudiera llamarse éste, del divorcio que solicita su mujer y que le es concedido, abandona la fábrica y la vida febril de Cosmopolis, lanzándose al campo donde se casa nuevamente, tiene hijos y vive una vida feliz. ¿Creerá Rosa Arciniega que en el retorno a la tierra, en la vuelta a la naturaleza se puede encontrar la salvación de la humanidad? A lo menos así lo deja entrever el final de su obra.

Sea como fuere, la verdad es que la novela de Rosa Arciniega vale la pena de ser leída, pues existe en ella varios aspectos que están enfocados en forma amena e interesante.—A. T.

PUBLICACIONES PEDAGOGICAS HECHAS EN VALPARAISO

Desde hace dos años, Valparaíso viene siendo un pequeño centro de publicaciones pedagógicas, útiles para los estudiantes secundarios de todo el país.

Abrió el ciclo el señor Héctor Gómez Matus con un libro de inglés, destinado al 1er. curso, texto que además de emplearse en las clases, puede utilizarse por quien carezca de profesor, conjuntamente con una serie de seis discos.

Una «Nomenclatura química», publicó el señor Alfredo Nazar, libro que haciendo innecesario el de la química de Lan-

glebert, volumen recargado de inútiles descripciones de maquinarias, enfoca en forma concisa la materia de estudio.

Con bellas ilustraciones en colores, con secciones musicales litografiadas, a principios de este año, el señor Gómez Matus—aprovechando la capacidad de magnífica presentación de la editorial «Universo»—ha impreso por cuenta de dicha empresa y con el pseudónimo de Ektor Franko un nuevo libro de inglés para 3er. año de Humanidades: volumen tan hermoso como los vistosos y artísticos libros escolares impresos en Italia, donde un libro es como una delicada flor o una fina copa de cristal.

Al haber del señor Gómez Matus (fuera de su texto de inglés, 2.º año, publicado en Santiago), hay que añadirle una libreta, impresa también por «Universo», anexo diario entre el liceo y el hogar. Por medio de dicha libreta, cada padre de familia o apoderado puede seguir, paso a paso, la materia enseñada hora por hora, las tareas señaladas para el día siguiente y las anotaciones de deficiencias del niño.

Con experiencia pedagógica y cuidadosa atención en el desarrollo de las lecciones, los profesores señores José Molina Guzmán y Abelardo Carreño han ofrecido a los niños de último curso de escuela primaria un texto de inglés, con la materia en tal forma presentada que queden en disposición de hacer en esa asignatura un primer año de humanidades más denso y más extenso que en la actualidad, por llegar el niño totalmente ignorante del idioma extranjero.

En éste y en el del señor Yáñez Bravo, de que se tratará a continuación, el libro pierde la grave intocabilidad de obra concluída, debido a las páginas en blanco dejadas para que, como en su cuaderno usual, haga el niño los dibujos correspondientes.

El señor Carlos Yáñez Bravo, profesor de Ciencias, cierra el ciclo con un texto de Biología, publicado por su cuenta y destinado al 4.º año de Humanidades.

El señor Yáñez Bravo, si ha hecho una obra especialmente útil para los alumnos de 4.º año, ya que en el índice aparece la

materia completa del nuevo programa, ofrece además una amena y fructuosa lectura a toda clase de personas y sobre asuntos relacionados con la vida y la salud, ya que el citado profesor tiene un bagaje de abundantes lecturas y para la elocución, y como escritor conocido en la localidad por su pseudónimo de Paul Vareta, su expresión está exornada de la cordialidad expresiva inherente a quien maneja la pluma o la máquina de escribir.

Aunque el profesor indicado, en su libro—el último en ser lanzado a la publicidad—dice, en el prólogo, que cumple con el programa que ahora en el 2.º ciclo trata *únicamente* de preparar alumnos para la Universidad, el señor Yáñez, para quien ha debido ser una realidad pedagógica trabajar en presente y considerar que la educación secundaria tiene una finalidad en sí misma para un valioso período de existencia (no olvidemos que es la educación del período de la pubertad y que, por razones económicas, hay un alto porcentaje que sin ir a la Universidad sale con una alta cultura—mayor que la adquirida en una simple escuela primaria—del liceo a la vida misma), ha elaborado una obra escrita con estilo urbano, en armonía con la índole del autor; será agradable para el alumno y de trabajo activo, mediante las investigaciones de zoología y botánica que sugiere y, como en el libro de los señores Molina Guzmán y Carreño, abundantísimos dibujos por los propios alumnos mezclarán el temblor de la mano infantil a la tinta de imprenta.

* * *

Los señores Gómez Matus, Nazar, Molina Guzmán, Carreño y Yáñez Bravo han exornado, pues, desde hace dos años en la región, la labor pedagógica con estas publicaciones que no responden al decantado mercantilismo, a la explotación del alumno con ediciones sucesivas y apenas diferenciadas, ya que para ninguno de estos libros había obras anteriores y acequibles

a los niños: no había un libro de inglés, adaptado a la mentalidad del niño chileno y con discos; no había desnudamente una nomenclatura química: no había un libro de inglés con secciones musicales; no había, para la transición entre la escuela y el liceo, un libro de inglés, y no había, finalmente, un libro de biología para el nuevo programa en vigencia y sembrado de las hojas dispuestas para los dibujos del estudiante.

Es necesario señalar este trabajo editorial conjunto, que implica horas de lectura fuera de la cátedra y producción intelectual que orilla con brillo el esfuerzo continuado hecho dentro de clase, y que como no sale de las murallas no va, lleno de vida, sino a las mentes, a los corazones de los niños, en tanto muchos adultos desconocen la esencia, el arabesco, el despertar de personalidades, la creación vívida de ese acendrar de miel en colmenar.

Valparaíso, 1, 1934.—RAFAEL CORONEL.

MUJERES DE LA HISTORIA AMERICANA, por Héctor Pedro Blomberg.

□ Un libro del poeta argentino, Héctor Pedro Blomberg, «*Mujeres de la Historia Americana*», (1) publicado hace poco, realiza en cierto modo una de las formas mejores de divulgación de la vida americana en los diversos períodos de su historia. Nadie lo había hecho, nadie había reparado en que América ha producido también santas y guerreras, mujeres humildes y soberbias, angélicas y satánicas, desde Marina, el amor de Hernán Cortés, a Luisa Linch, la mariscal de sangre, compañera del tirano Francisco Solano López en la sangrienta guerra del Paraguay. No puede considerarse este libro de Blomberg como una

(1) Librería Anaconda. Buenos Aizes.

obra perfecta. Ni habría para qué exigirle tanto. El destino de este libro lleva en sí mismo su más segura trayectoria de éxito. Blomberg encontró estas heroínas en sus lecturas históricas. No desdeñó el rico caudal que ofrece la historia americana, en materia de tipos, a los que se resuelvan a investigar en los episodios turbulentos, en las revoluciones bárbaras, o en la etapa de los tiranos. Se encuentra siempre una mujer de doloroso o trágico destino, lo mismo en la tienda de campaña de los guerreros que en los estrados de las reales Audiencias o en las horribles matanzas que promovieron los tiranos americanos. De la memoria de Rosas, no puede desprenderse ni a su hija Manuelita Rosas ni a esa víctima dolorida y romántica que se llamó Camila O' Corman, sacrificada por el ensañamiento brutal del gaucho dominador de Buenos Aires.

Blomberg limita su obra al retrato breve de sus heroínas. Son presentaciones, escorzos de mujeres altivas, o sanguinarias, o dulces, o bellísimas en su santidad y en su sacrificio. En ellas se condensa un poco de la historia atormentada de esta América, víctima desde la colonia del egoísmo de los caudillos. No hay un país de América hispana en el que no haya florecido una mujer digna de tentar la pluma del novelista. Los episodios de Catalina de los Ríos, la vampiresa colonial, según Blomberg, apenas estudiada por nuestros investigadores, ni siquiera arrancada totalmente al secreto de los archivos, simboliza la más bella y, al propio tiempo, escalofriante historia de nuestro período colonial, tan rico, por otra parte, en sucesos magníficos para tentar el esfuerzo de los novelistas chilenos. Los escritores han dado mayor importancia al hombre en la creación o en la interpretación novelesca de los personajes históricos. No obstante, la mujer ha determinado en la historia de América corrientes impetuosas, cambios bruscos en la mecánica de los sucesos políticos. El libro de Blomberg lo demuestra. Cada uno de los episodios narrados a propósito de diversas mujeres—Lucía Miranda, Santa Rosa de

Lima, Antonia Santos, Manuela Sáenz, Javiera Carrera, Luisa Linch, Manuelita Rosas, Pancha Garmendia, Juana Azurduy, etc., son más de treinta las heroínas que Blomberg presenta, de todos los países americanos—cada uno de los episodios, condensa capítulos admirables por el dramatismo, por la belleza de la pasión que hincha el corazón de las mujeres, por el profundo sentido del sacrificio, de la fe o del amor y por la violencia pasional de sus actos, que merecerían ser abordados por los novelistas americanos.

Yo insisto en que el libro de Blomberg no agota la materia. Falta mucho aun para eso. Blomberg sacrificó a la brevedad de sus relatos, a la concisión, quizá apresurada, el entero dominio de las heroínas en una estructuración más completa de los caracteres. Este libro es un itinerario magnífico para los que aspiren o quieran conocer lo que a las mujeres debe América, en la formación y en la vibración de sus etapas históricas. No fueron solamente los hombres los que desviaron en muchas ocasiones el curso de la evolución. No fueron solamente los generales, los tiranos, los caudillos, los políticos, los que imperfecta o brutalmente, trataron de levantar este andamiaje de América, cuyos cimientos se apoyaron y se condensaron sobre torrentes de sangre y sobre cuerpos mutilados por el hacha, la espada, la lanza, el látigo y la codicia.

América está llena de motivos admirables para el novelista. Yo he dicho ya en innumerables ocasiones, y me será permitido insistir, que nuestra historia aun no ha sido abordada por los escritores, por los creadores de la expresión novelesca. Los tipos andan locos detrás de los noveladores. Los asuntos más bellos esperan desde hace tiempo a los que se interesen por la historia para entregarse llenos de pasión y de vida. Sólo muy escasos escritores han querido ver la realidad palpitante que contienen las etapas del proceso de crecimiento de Chile.

Este libro del poeta argentino revela la riqueza del contenido humano en la mujer de América. Es, además, un libro que servirá

grandemente no sólo a los especialistas de la historia, sino a todo lector que quiera pasar instantes agradables. Su lectura es fácil, es amena, es interesantísima, instructiva. Un libro en suma de significación evidente. Si Rodríguez Mendoza construyó uno más denso y más amplio sobre los caudillos de la barbarie americana, Blomberg ha escrito uno que puede ser el complemento de aquel.

—D. MELFI.

Libros recibidos

ROBERTO FABREGAT.— *Incursión*.— Montevideo. Imprenta Uruguaya.

MARCOS VICTORIA.— *Teatro de Cámara*.— Buenos Aires, 1934.

MANUEL C. DE LA GUARDA.— *Una vida vivida*.— (Novela). Editores Bandera. Santiago de Chile.

EDGARDO GARRIDO MERINO.— *La saeta en el cielo*.— Espasa Calpe. Madrid, 1934.

AUGUSTO D'HALMAR.— *La Mancha de Don Quijote*. Editorial Ercilla, 1934. Santiago.

CONDE DE KEYSERLING.— *La revolución mundial y la Responsabilidad del Espíritu*. Editorial Ercilla, 1934. Santiago.

MARÍA CRISTINA MADRID.— *Los poemas del amor perdido*. Editorial Nascimento, 1934. Santiago.

